BLANCA RIESTRA

ÚLTIMAS NOCHES *del* EDIFICIO SAN FRANCISCO

En 1957, Tánger es ya una flor enferma. La colonia extranjera ve con desconfianza el final de los privilegios de la zona internacional, y se resiste a abandonar su vida libre. Mientras William Burroughs remata el Almuerzo salvaje en su habitación del Hotel Muniria, los Bowles se acuestan con sus sirvientes marroquís, a sabiendas de que estos los esquilman. Barbara Hutton festeja su enésimo divorcio en Dar Hosni, su casa de la casba. Francis Bacon va todas las noches a escuchar a su amante, que toca el piano en el Dean's bar. Carmen Aribau, primera ganadora del Planeta, llega a Tánger para separarse de su marido. Pero al mismo tiempo, ocurren otras cosas: una niña bien crece y se enamora, un niño pobre espía a una mujer desnuda, un hombre de veinte años jura aprender a leer y lo consigue. Varios adolescentes se pasean por los prostíbulos, juegan a la ruleta rusa y se disfrazan de mujer. Los generales y los extraperlistas fuman hachís en los bares y discuten. Burroughs escribe, Bowles escribe, todos escriben. Sólo Jane y Carmen no pueden escribir, algo no las deja, se dedican entonces a coquetear con la noche y con la muerte.

Blanca Riestra

Últimas noches del edificio San Francisco

Título original: *Últimas noches del edificio San Francisco*
Blanca Riestra, 2020

-

Revisión: 1.0
27/07/2021

Para Rédouane y para Nina, tangeaouis como yo

1
INTERZONA

«*I am getting so far out, one day I won't come back at all*».

William Burroughs

I

CENÓ QUE LOS CANTOS DE LOS MUECINES CREAN

Dentro de la atmósfera, que horadan el viento, el aire estancado, los corrientes, y que su vibración, penetrando los cerebros de propios y extraños, los transforma. También los nazarenos sentados en las terrazas, a la caída del sol, fumando ducados, luckies o bisontes, bebiendo cerveza o *gin*, están siendo penetrados por el espíritu del mundo aunque ellos no lo sepan.

En una esquina de la rue de la Liberté, un mendigo calla y mira hacia arriba. Parece que olisquea la tarde o que espera algo, quizás esté solo contando los céntimos que lleva en un bolsillo, quizás no sea más que un comerciante de otra ciudad, que, disfrazado, disfruta fingiendo ser el otro.

En la acera de enfrente, un puesto ambulante ofrece una amplia variedad de juguetes. El vendedor, apoyado en la vitrina de una pollería, en medio de la calle, también mira al cielo. Algunos dicen que el canto de las ballenas llama a la oración, que el sonido de los planetas, al girar sobre sí mismos, no es imperceptible sino que se escucha y es un gemido sordo, que recuerda al Dohr, a la llamada de la noche cerrada, y, así, no es casual que el ritmo de las mareas adopte su ritmo pausado y repetido.

II

CARMEN DESHIZO LA MALETA A TODO CORRER. Había repasado sus planes durante el viaje. Pero si su hermana la viese ahora, ¿qué hubiese dicho? Se sentía culpable, ridícula en sus pretensiones. Le daba la impresión de que tratar de imponer su voluntad era un pecado. A Carleton lo conocía desde niña. Él era aquel tipo encantador, muy correcto y quizás un poco frívolo fiero ¿qué más le daba a ella? Ahora se alegraba de contar con su ayuda para soportar aquella situación. Y él le había dicho que no se preocupase: siempre había creído que el mundo, en su inmensa complejidad, tiene arreglo.

Ahora ella echaba de menos a los niños, pero lo peor era que algunas veces los olvidaba por completo y se sentía como había sido antes de tenerlos. En aquellos momentos de terror, volvía a experimentar aquel burbujeo de ligereza e irresponsabilidad, el mismo que le había llevado a dar vueltas ciegas por Barcelona en autobús o a saltar en un tren sin billete y escaparse a Valencia o a Bilbao. Pensaba que aquel deseo de huida, aquella trivialidad no estaban bien. Miró a su alrededor. El apartamento que ocupaba su marido, cerca de la plaza Amrah, era, como él le había adelantado, inusual. Pequeño, con molduras andalusíes y suelos de terrazo, estaba situado en la parte alta de la casba. Desde su azotea era posible contemplar a 360 grados el estrecho de Gibraltar y las costas de España que, por las noches, sobre todo cuando hacía buen tiempo, resplandecían como guirnaldas navideñas. Aquella tarde, en

el puerto, había visto otra vez las bandadas de niños que fumaban con los pies en los roquedales, soñando con Europa. Oliver se lo había dicho:

—Aquí todo el mundo está dispuesto a cualquier cosa por dinero.

Y esos niños, acodados en la vieja fortaleza, contra las verjas del puerto donde hacía noche un ferri, eran como alimañas enfermas. Ella no se encontraba bien así, imaginando aquella presencia sorda a sus espaldas. Temía que fueran a saltar sobre ellos, a devorarlos en cuanto se descuidasen. Hordas de niños salvajes, transfigurados por el odio y el deseo. Se pasó la mano por la frente para ahuyentar la imagen.

Había venido sin saber muy bien a qué. Ella misma tampoco se lo explicaba. Hubiese podido ponerle un telegrama. Su viaje era innecesario y arriesgado. Quizás había venido a averiguar en qué punto estaban sus vidas. A intentarlo por última vez. Él no parecía sentirse ni contento ni molesto por su llegada. Puede que un poco sorprendido. En casa, en Madrid, su hermana esperaba noticias.

Por ahora, solo lo había visto, comprobando que seguía igual de bien afeitado. Las camisas se las lavaban en la ciudad nueva, en el Mershan. Una anciana se ocupaba de que el piso estuviese impecable. Cuando se conocieron la mujer no la saludo: bajó la cabeza y Carmen vio que tenía unos puntos azules tatuados en la frente y en las manos. Y tuvo la impresión de que rehuía su mirada. Alguien le había hablado de cómo la brujería trazaba lazos subterráneos debajo de la ciudad, redes invisibles, destinos y fatalidades. Estuvo segura de que la anciana era una bruja, de esas que envuelven trozos de uñas y pelos y los ponen debajo de las almohadas o en el fondo de los armarios bajo la ropa.

Cenaron a la luz de las velas. Carmen se había vestido con sencillez, iba descalza. Después se sentaron sobre el diván. Se sentía incómoda, culpable. Él pareció contenido, tan formal como siempre.

La anciana les trajo aceitunas, una jarra de leche de almendras.

Ella tuvo que haber hablado entonces. ¿Por qué dejar que las cosas se complicasen? Tenía ganas de preguntarle por sus planes de futuro, de decirle ¿qué vamos a hacer? Pero, en vez de eso, abundó en los rumores que había oído y dejó que la cháchara saturase el ambiente y lo volviese picante y agridulce. Desgranó tópicos, naderías. Que la ciudad estaba llena de millonarios de incógnito, de artistas y de gánsteres. Que Cary Grant había terminado la noche con el Aga Khan y con Wallis Simpson en una bañera en El Minzah o en el Villa de France. Que Barbara Hutton, la heredera de Woolworth, se alojaba en siete palacios, cerca de las callejuelas adyacentes de la casba, en la escalera de Sidi Hosni, donde decían había vivido antes un santo.

Oliver la escuchó un poco cansado y se esforzó en responder. Porque ella era cándida y blanda, carecía de estructuras. Él, en cambio, era un crítico respetado, para quien Menéndez Pidal seguía siendo una referencia ineludible. No en vano, había sido él quien había corregido su primer libro, aquel que fuera su gran éxito.

—Cuentan de Hutton muchas cosas, casi todas exageraciones, supongo. Que la llevan en andas cada vez que quiere moverse por la ciudad, que desayuna *whisky*, que apenas come, que se alimenta de pastillas.

A su vez, ella reiría. Estaban coqueteando, sabía reconocer bien la sensación. Se avergonzó como si aquello fuese inapropiado. En la distancia había supuesto que él no quería que viniese, como si ella fuera a interrumpir algo, alguna cosa. Pero ahora, después del largo viaje, lo encontró afable, incluso divertido, él que había sido a veces tan rígido. También Charlotte, que se había ofrecido a enseñarle la ciudad, parecía una mujer encantadora y había dotado de normalidad aquella atmósfera que ella había imaginado siniestra. Después de cenar se sentaron en la azotea, bajo las estrellas y Oliver empezó a hablarle del kif. Le dijo:

—Prueba.

Ella pensó que si aceptaba, él la admiraría. Pero pudo su prudencia. Él no insistió.

Se oyeron sirenas en el puerto y maullidos de gatos disputándose en la calle.

—Haces bien —prosiguió él, un poco más recostado en el diván bajo la esfera celeste, el kif empezaba a hacerle efecto y se sentía de maravilla. Era junio y ya los días se alargaban y las noches empezaban a mostrar esa calidez que obliga a trasnochar—: Vienes de Madrid y esto se rige por otras lógicas —Carmen lo escuchaba atenta. Y África le pareció un animal manso que se dejase acariciar, que bostezase—. Y cada sociedad tiene su droga. La droga occidental es el alcohol, que es eminentemente social, excitante. Pero, aquí, en el norte de África, no se utiliza. Las razones, no me las preguntes, son oscuras, no podría decirte, quizás fisiológicas.

Siguió hablando y Carmen de pronto perdió el hilo, dejó de escuchar, le ocurrió algo incómodo y es que no fue capaz de visualizarse, tuvo la impresión de estar perdiendo los contornos. Ahora mismo le parecía que su marido hablaba sin decir nada, como una marioneta en manos de un ventrílocuo. ¿Quién era el ventrílocuo que movía los labios de Oliver? Se sobresaltó y luego pensó en las manos azules de la sirvienta. La posibilidad de que durmiese en la cocina se le antojó horrible. Acostada en el suelo, a lo peor, como un perro.

—Se aducen motivos religiosos pero yo creo, sin más, que el hachís sienta mejor a la constitución de los árabes. Aquí se utiliza el kif, no con propósitos de socializar o de festejar, sino como modo de introspección, para viajar en uno mismo.

—Estoy cansada —dijo Carmen, levantándose del diván, envuelta en una chaqueta grande. Saber que su marido había empezado a drogarse con regularidad se le hizo intolerable, como si otro estuviese tomando posesión de su persona, como si ya ninguno

de sus actos pudiese imputársele. Solo a aquella sombra que asomaba detrás de él, igual que un eco negro. El otro se quedó recostado mirando al cielo y ella tuvo la impresión de que un manto pesadísimo estuviese cayendo sobre él y recubriéndolo. Se volvió a mirarlo, y ya la impresión de aplastamiento había cesado, dejando lugar a una plácida suficiencia. Aquella noche ella lo esperó despierta, pero él no vino. Después ya no supo si se había acostado, pronto o tarde, si había dormido con ella o si se había instalado en el diván.

Pues cuando abrió los ojos, de mañana, él ya no estaba. Hacía un sol extraño, velado por una bruma espesa. Se tomó el té en la terraza, mientras en la cocina la anciana se ocupaba tarareando sus canciones que eran como una cantinela sorda. No le gustaba aquella sensación de deriva. De hecho, estaba casi segura de que la mayoría de la gente no tenía que lidiar, en sus vidas, con tal volumen de incertidumbre. Empezó a pensar que alguna cosa estaba mal en ella, que había en ella alguna grieta.

III

NO ENGAÑEMOS, NO SE TRATA NUNCA DE ESTO: aquello. Eso lo hemos aprendido todos con el tiempo. Las cosas no funcionan con acelerones o frenazos sino que se deslizan como si se derramasen por superficies lisas o combadas: se remansan, se estancan, nos engañan y solo mucho después, cuando los años han ido pasando inevitablemente, solo entonces, uno entiende su sentido.

Aquella mañana, Antonio Oliver tomó, como de costumbre, su café cortado en un bar andaluz frente a la redacción de la calle Cervantes. No se sentía mal, instalado en su rutina. Trataba de entender hacia donde el mundo se iba encaminando pero de vez en cuando la zozobra de lo que habían sido sus ideales de requeté le producía dolor de corazón. Pidió unas porras. El dueño siempre lo saludaba y le hablaba de toros. Después iría a afeitarse al barbero de la rue de Fes. Miró la calle tocada por esa luz caliente. Estaba claro lo que Carmen había venido a hacer a Tánger: quería ver si era posible una reconciliación. Pero para él no había habido ruptura alguna. Las rupturas no entraban dentro de su horizonte de expectativas. Él era un hombre serio. Irían solucionando las cosas de una en una. Ahora, él estaba allí en su presente. Solo existía ese malestar que la atravesaba a ella de parte a parte y que la había convertido en una esposa incómoda y fallida. Él no podía soportar ya su boca apretada, su sonrisa infeliz. Las mujeres se habían convertido para él en un problema. Pensó que, en verdad, si le

quedaba un poco de vergüenza, ella tendría que quedarse, traerse a los niños, reunir a la familia. Ese era su deber como mujer y como madre. Y ella era bien consciente de ese deber suyo. Por eso parecía torturada.

Miró a su alrededor. En junio, los días de la ciudad blanca empiezan a ser aplastantes. En los barrios de la periferia, en grandes bulevares adornados por palmeras y naranjos, los occidentales fingen que su vida prosigue. Pero si le preguntas a un cuentista, a un cadí, a un médium, a uno de esos hombres sabios que viven en pueblos perdidos cerca de Alkasar kevir o de Chefchaouen, pueblos donde hay árboles mágicos, te dirá que la vida de los *nemrasi* no existe, porque viven en el mundo de prestado. Como los muertos, continúan repitiendo rutinas sin ser conscientes de su invisibilidad, continúan simulando afanes en un entorno cerrado a cal y canto. Los marroquís sienten pena por los forasteros: les entristecen los fingimientos inútiles en los que se complican, para ellos ya están muertos de antemano.

En las oficinas, los belgas, los ingleses firman sus últimos negocios millonarios; en las peluquerías, barberos con corbata retocan a clientes; las damas pasean por el bulevar y miran los escaparates de los comercios de estraperlo, regentados por indios, o escogen perfumes en Madini; los niños de la Medina, delante de los puestos del mercado, revuelven entre la escoria buscando pan o fruta; hay que besar el pan antes de tirarlo, ya lo saben. Otros niños persiguen a un melenudo cegato que busca en su mapa la ubicación del hotel El Muniria, situado en la ciudad nueva, justo detrás del hotel Rembrandt, en una cuesta que cae sobre el puerto, donde hay montañas de escombros y un sofá destripado en que se sientan los gatos: «allí me espera un amigo, quizás lo conozcáis, es el hombre más inteligente de América», dice el poeta. Y los niños no saben si arrojarle piedras o reírse.

Los marroquís sienten pena y risa por los *nemrasi* pero luego los

nemrasi van y organizan una fiesta y los marroquís se enternecen porque el lenguaje de las fiestas es algo que entienden muy bien y que comparten. En los aledaños de la casa de los Aquino, un ciego mendiga y un grupo nutrido de niños y mirones escruta a los que llegan, con mezcla de admiración y desafío.

Charlotte Aquino recibía aquella noche. Solo los preparativos le habían llevado más de dos meses. No era tonta Charlotte sino bien consciente de que su fiesta significaba el pistoletazo de salida de la temporada de verano. La ciudad también tenía su vida diurna, lo han dicho muchos. Una vida administrativa y comercial, familiar y alegre, tranquila y confiada. Pero el ocio en la ciudad era una ocupación a tiempo completo que requería inteligencia y poesía, y también mucho dinero y trabajo incalculable. Era una carrera contra el vacío. Fuegos de artificio, aquellos fastos. Ahora nadie puede entenderlo. Es como si entonces todos hubieran sido ciegos, bobos, depravados.

Aquella noche, criados con caftanes distribuían aperitivos entre los huéspedes, algunas parejas de mediana edad y muchas señoras de edad provecta se sentaban en los divanes amarradas del brazo y conversaban. Había americanos, españoles, franceses, algún inglés. Todos ellos compartían orígenes sociales más bien heteróclitos, pues ya se sabe que la lejanía de la metrópoli desdibuja las relaciones entre clases. Comerciantes, actrices de *cabaret*, inglesas de clase media, profesores de los colegios francés o americano, portugueses del tres al cuarto se codeaban con condes y exministros. La cuota local estaba representada por el personal de servicio y por un par de caballeros vestidos con chilaba de gala —un Saadi y un Mernissi, le dijeron—, que parecían disfrutar sobremanera con los bailes y los excesos alcohólicos de los occidentales. En un estrado improvisado, cerca de la terraza, el pianista cantaba «Angelitos negros».

Los grupos se hacían y se deshacían a través del salón mientras el marido de Charlotte, un viejo coronel tolosano, superviviente a la

pacificación del Rif y a la última guerra europea, observaba la formación de las capillas con indulgencia. Era un hombre serio pero imaginativo. Contra toda previsión, los afanes sociales de su mujer le complacían: eran el contrapeso perfecto a su propia rigidez, a su tristeza. Se decía a sí mismo que la familiaridad con la muerte produce melancolía. Por eso, él, era un hombre melancólico. Pero amaba el Rif y a los rifeños como a su propia carne, puesto que, en algún episodio bélico, en el 25, su regimiento magrebí lo había salvado de una muerte segura. Así, no podía considerar la posibilidad de vivir en ningún otro lugar del mundo. En alguna ocasión le habían propuesto regresar a Toulouse con una pensión dorada, pero la idea de volver a la metrópoli se le antojaba un castigo. Por eso, se habían quedado.

Miró a su alrededor: las fiestas son siempre crisoles de historias. Detrás de los cortinones carmesíes, su hija Sophie, de trece años, suplicaba a Abdelatif que le dejase probar el cóctel temático de la *soirée*. Desde la esquina, Jean-Mich se mofaba de su hermana.

«*Hmar*», pensaría Abdelatif. Y era su pensamiento como un dirigible que surcase la sala hacia latitudes desconocidas. Alguien que contemplase los pensamientos de todos los asistentes se hubiese sorprendido de su diferente carácter, colorido.

Al chico lo acompañaban dos compañeros del Lycée Reygnault. Los tres se retorcían de risa, Laurent iba descalzo, Farid calzaba unas babuchas azafranadas impecables. No era su primera fiesta pero aquella noche los tres se sentían adultos, peligrosos.

«Mal acaba lo que mal empieza», pensaría quizás Abdellatif.

La mujer de Oliver, atrapada en una discusión entre Pepe Carleton y Emilio, observó con desconfianza los tejemanejes de los chicos. Eran casi de su edad, aunque ella no recordaba haber sido nunca así. Era como si un océano separase su propia juventud de la juventud de los otros. Sobre el espejo de la entrada, su perfil parecía ya el de una mujer infeliz: una responsabilidad agria sobrevolaba el

gesto líquido. Quizás pensase en los cinco niños que la esperaban en Madrid y sintiese pena de sí misma. No entendía bien cómo había llegado hasta aquel punto.

El honorable David Herbert, segundo hijo del duque de Pembroke, era tan charlatán que podía reanimar él mismo la conversación de varios grupos sin necesidad de desplazarse. De vez en cuando extraía de su bolsillo un pañuelo color de añil y se enjugaba la frente. Hoy venía acompañado por una mujer bastante mayor, con el cabello color ala de cuervo y un vestido con estampado geométrico. Parecía una de las parcas, con ese pelo y el ademán serio e impaciente. Carmen me dijo después que había tenido desde el principio la sensación de que ella le guiñaba un ojo cuando nadie las miraba. La mujer se despidió de Herbert con un beso en la boca y luego utilizó el mismo gesto para despedirse de Charlotte:

—No te olvides de lo que te pedí, chata.

Carmen la consideró mientras salía por la puerta. Era desde luego un personaje particular. Y entonces, un caballero alemán insistió en que bailasen un aire de moda, nada del otro mundo.

—Esta ciudad no se conoce nunca del todo —quizás le dijo. O —: Más que una ciudad, Tánger es una especie de hospital de degradación del espíritu. Casi nadie de los que aquí ve desearía regresar. Porque ninguno encajaría ya en sus sociedades de origen.

Entonces, todos percibieron la agitación de los criados. Pasaba algo raro, quizás Carmen tuviese la impresión de que todos sabían algo que ella ignoraba. Emilio consiguió arrancarle una risa con la historia de las pegatinas, que el honorable Herbert llevaba desde tiempo inmemorial en el bolsillo:

—Las va pegando, en cualquier descuido, sobre la parte de atrás de cualquier mueble, en casa de mengano o zutanito. Luego solo tiene que esperar a que su dueño fallezca, todos lo hacen, y entonces va y telefonea a los herederos para decir que el difunto guardaba tal mesa o tal silla para él. —Emilio fue a buscar una limonada.

—Querida —le aclaró Charlotte, después, en el tocador, mientras ambas se empolvaban las mejillas—, en esta ciudad lo habitual es la infracción, el crimen, el deseo del crimen. Bueno, quizás yo esté exagerando. Pero, es verdad que aquí nada resulta asombroso para nadie. Todo es una simple eventualidad.

—No te entiendo.

—Te sorprenderías. El matrimonio no es solo un acuerdo de intereses económicos, es también una asociación de defensa de intereses mutuos. Mírame a mí. Yo soy una gran partidaria, pero no espero de él cosas que no puede darme. Creo que incluso me disgustaría que Bertie pretendiese cosas que no está en sus manos el pretender, gracias a Dios.

Todos aplaudieron cuando el criado se abrió camino desde las puertas del recibidor con una gigantesca pástela, rellena de carne de tórtola. Un murmullo aprobatorio se elevó entre el público. Carmen se excusó y fue a servirse un vaso de agua. Las grandes puertas estaban abiertas sobre el jardín y la noche se asomaba a través de las cortinas. ¿Quién puede resistirse a un patio frondoso en las primeras noches de verano? Emilio la vio vagar por el jardín romántico, adornado con muselinas y farolillos. A lo lejos, en la presentida oscuridad de los dédalos de calles, se oían, como siempre, los tambores.

Enseguida Ángel Vázquez se le acercó. Estaba como siempre mal vestido, acongojado y borracho, y anunció a Emilio que se iba, que ya no pintaba nada allí, dijo. No estaba airado, solo parecía que su humildad natural lo corroía por dentro como un ácido. No era rencor de clase ni revanchismo, era la pobreza misma, que es estímulo para algunos pero que aniquila en otros toda esperanza. Metió las manos en los bolsillos flojos como si no supiese bien qué hacer con ellas. Hablaba con voz inaudible. El otro se distrajo. Ninguno de los dos escuchaba el sonido de los tambores que provenían de los precipicios, de las murallas, de las cuevas colgadas sobre el Atlántico, tambores que no cesaban nunca, que eran un

poco como el inconsciente de la ciudad que trabaja contumaz, construyendo pasadizos y túneles y lazos y razones.

Carmen se sentó sobre un macizo empedrado, entre las gardenias, y permaneció muy quieta. Todo estaba oscuro. De pronto percibió la presencia de alguien que escrutaba sus movimientos, que escuchaba: una respiración suave y un ligero perfume a ámbar y a tabaco rubio. Restalló el ruido del encendedor de aceite y parpadeó el lunar de un cigarro.

—*Bonsoir*. ¿Con quién tengo el gusto…? —A ella le pareció percibir, que no ver, una sonrisa. La desconocida pasó entonces, del francés, a un español muy bueno con acento andaluz—. ¿La mujer de Oliver? Ven, siéntate a mi lado, querida. Cuánto me alegro de haber sido la primera en conocerte. Antes de que te devoren las hienas, quiero decir.

—¿Cómo?

—No me hagas caso.

Le tendió una mano con gesto principesco:

—Me llamo Theresa: en algunas ocasiones.

—¿Theresa?

—Oliver parece un buen tipo. Aunque no estoy segura de que existan buenos tipos. Tipos que sean buenos, quiero decir.

—¿Cómo?

—Digamos que Oliver es un tipo razonable, lo cual es más de lo que se puede esperar de muchos —Jane aspiró—. ¿Sabes cómo lo conocimos yo y mi marido? Pues él nos ayudó a salvar un dinerillo que teníamos bloqueado en la aduana.

—¿Sí?

—El dinero es raro, inmaterial y vaporoso, pero en el fondo es el dinero y no otra cosa lo que da la libertad. Bueno, yo soy muy mala con los números, nadie me enseñó a ahorrar, supongo que por una razón bien precisa. Ahora que pienso en ello, me digo que a alguien le interesaba que yo no supiese arreglármelas sola.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y Carmen

distinguió a una mujer de pelo corto y perfil chato. Sentada en el suelo, con una botella entre las piernas, agarraba el cigarrillo como un hombre, entre los dedos pulgar e índice.

—Aunque ahora eso no tiene ninguna importancia. Fíjate bien. Lo único hermoso de esta ciudad patética son estas noches de principio de verano. Solo por eso estoy dispuesta a quedarme aquí y dejar que me crucifiquen —se calló, buscando las palabras—: Aquí una tiene la impresión incesante, de que todo es aún posible. Eso me encanta. Pero eso ocurre también en otros sitios, me vas a decir. Por ejemplo, en Costa Rica, o en París —dio una profunda calada —. Aunque, en París, solo en primavera y en zonas concretas, por ejemplo, entorno a los bares de la rue de Seine o de Faubourg Saint-Antoine. Y dura poco, el 30 de junio se acabó lo que se daba —habló sin darse un respiro—. Un amigo mío amplía el plazo: dice que la ebriedad dura en París hasta el baile de bomberos del 14 de julio. Pero eso son *foutilles* —ahora sí, respiró—. Tampoco te llames a engaño, cuando yo digo que todo es aún posible quiero decir que aún es posible acostarse con una persona o con otra y enamorarse, que aún es posible eso.

Carmen la seguía perturbada, perpleja. No le gustaba hablar, pero escuchar se le daba muy bien.

—¿Has vivido en París? —Sin darse cuenta, la había tuteado.

—Con un amigo. Yo cocinaba en un hornillo sopa. Parecíamos longanizas a capas, cubiertos de jerséis y de gorros.

—Me gustaría vivir en París algún día.

—Mientras uno está vivo, eso es todavía posible. Y eso es bueno. —En la penumbra, percibió que la mujer le clavaba unos ojos como estacas—. Tú aún eres joven. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Llegué el viernes pasado.

—Mal día para llegar, un viernes. Aquí el fin de semana dura tres días. Todas las tiendas de postín están cerradas a cal y canto. Un despropósito. —Extrajo un segundo Bisonte de su pitillera y lo encendió en sus labios, luego se lo colocó a la chica entre los suyos. Carmen aspiró con placer. Ella también era fumadora—. Bueno,

tampoco es que haya muchas tiendas de postín. Esta ciudad es un vertedero. Pero en el fondo es esa idea lo que nos divierte. La idea de que nos hemos venido a vivir al infierno —se rio con unos dientes conejiles—. Aunque esto de infierno no tiene mucho, ¿no te parece? —A su alrededor se oía el sonido de las cigarras y una placidez de ultramundo hizo que Carmen se sintiera bien, por primera vez desde hacía mucho tiempo, y aquello la asustó. Pensó que le hubiese gustado quedarse así para siempre, en aquel ambiente de humedad y plantas verdes.

—Tengo billete de vuelta para el 30 de julio.

—Y ¿te pierdes el agosto tangerino? La recepción de los Bedaouis, la recepción de los Miller, la orgía de Gysín, la fiesta del Trono, el festival de la Asunción, la fiesta del hospital inglés… y lo que surja.

—Me esperan.

—Enhorabuena. A una siempre debiera esperarla alguien.

Carmen expelió el humo dorado y ronco. Por primera vez empezó a pensar que aquella ciudad podía ofrecerle otras cosas. ¿Qué había dejado en Madrid? La Sección Femenina, cinco niños, las ganas de quedarse en casa y de estar callada para siempre. Una temporada social pacata donde nada podía salir mal.

—¿Y si todo sale mal? —preguntó sin saber bien qué preguntaba.

—Bueno, si te fías de mi experiencia, ya sabes: si algo puede salir mal, saldrá mal.

—¿Y entonces?

—Hay cierto placer en eso. Mi marido que es un agorero dice algo como: «En la vida hay que alcanzar ese punto en el que resulta imposible encontrarse y que al mismo tiempo no podríamos soportar abandonar». Creo que se lo plagió a alguien. También dice que las cosas que salen mal son siempre las más interesantes.

—Tu marido parece todo un caso excéntrico —titubeó Carmen.

—No lo sabes tú bien.

Y seguían. La noche avanzaba igual que un acorazado sin esperar por nadie, ese barco enorme abriéndose camino entre las masas negras y untuosas que son los vivos con sus planes y sus desencuentros. Cuando Carmen regresó a la fiesta, nadie estuvo allí para recibirla. No era el alcohol lo que la hacía renquear, sino un malestar creciente, la sensación de haber interrumpido una partida de cartas cuyas reglas ignoraba. Charlie le había dicho que, en todas partes, los roles estaban distribuidos pero que, luego, cada uno hacía con ellos lo que bien podía. Ella sobrentendió que Charlie no estaba enamorada de su marido. ¿Quería implicar además algo sobre su relación con Oliver? Y Theresa, esa mujer tan extraña que luego resultó llamarse Jane, le había dicho que, en la vida, lo único importante era divertirse. ¿Divertirse? ¿Se divertía ella?

En el salón, varios invitados se pusieron a bailar una conga. En una esquina una pareja de hombres se besaba. Miró a la anfitriona y vio que le pedía con un ademán que se acercase. Buscó a Emilio con la mirada pero Emilio seguía discutiendo con Angel, y, probablemente, ella no se sintió con fuerzas para irrumpir en su riña. Se sentó cerca de la puerta junto a una anciana con gafas negras y uno de aquellos chicos, que esta vez parecía disgustado. Carmen contemplaba el movimiento de las parejas. La música terminaba y el pianista la emprendió con una cumbia. El chico joven parecía absorto en sus propios pensamientos, en sus propios celos amistosos o amorosos. En cambio, la anciana ciega se arrimó a ella. Carmen se enderezó molesta.

—¿Y tú quién eres? —le dijo la otra en un español chapurreado. Hablaba como en sueños. Los amigos del chico habían cogido un cucharón y una ensaladera llena de ponche de frutas. Se creó un pequeño revuelo. Abdelatif se lamentaba. Dos italianos rodearon a una chica muy flaca disputándose su atención.

Y entonces, desde el fondo de la sala, hizo aparición la coja. Venía del jardín y, esperando producir un efecto teatral, paseó su mirada sobre el conjunto de invitados. Levaba a gala un aura trágica

y tormentosa y el sombrerito ladeado con una pluma. Emilio, que la conocía bien y la apreciaba, acudió desde el otro extremo del salón. Al verlo, sus ojos llamearon de ironía y luego se amansaron.

A sus espaldas, Carmen, en silencio, seguía los bailes de las parejas de ancianos, de los jóvenes granujientos, de las mujeres nerviosas, de los rusos, los belgas, los italianos y se tapaba los oídos con fuerza como si los otros se agitasen a un ritmo siniestro, helador. Pero luego vino el servicio, y la danza se detuvo: sirvieron el café y el té en las grandes terrazas abiertas a la noche.

IV

DESPUÉS, CUANDO YA OLIVER HUBO METIDO A SU MUJER en un taxi y sólo quedaron algunos borrachos al piano y los chicos bañándose en la piscina en calzoncillos, como no le atraía la idea de dormir, el coronel se fue a pasear. De noche, las calles de Tánger están llenas de gente: todos se resisten a acostarse y callejean hasta muy tarde —mujeres, ancianos, niños— como si estuviesen sujetos todos a una especie de frenesí interior.

Viniendo de la pequeña montaña y dejando atrás las tumbas fenicias y el hospital francés, el coronel tomó la rue du Télégraphe Anglais hasta entrar casi sin pensarlo en el café Colón, en la rue de la casba. Allí buscó un sitio libre y se sentó al fondo. Los hombres enracimados, bultos dormidos, se dejaban ir como en un cuadro orientalista. Él dudaba sobre cuál era el mundo verdadero, si el suyo o el de los otros. Mil veces le habían explicado que los *nesrani* eran figurantes en una pieza que no se representaba para ellos. A él, la teoría no pareció disgustarle sino que se le antojaba más bien lógica, una justificación a aquel desfile teatral de despropósitos que se presenciaba cada día en la Interzona. Era como si todos se empeñasen, con todas sus fuerzas, en dejar huella de su paso, en existir: que lo consiguiesen o no era otra cosa.

El camarero le trajo, sin preguntarle, un café con leche en vaso. Enseguida Thami Bedaoui, se acercó a saludarlo. Thami era un gorrón confirmado, pero el coronel lo apreciaba. Paul terminó

convirtiéndolo en personaje secundario de un cuento suyo de final horrible: «Let it come down». A menudo, le proponía relojes de contrabando, anillos de latón que hacía pasar por piezas de Cartier o barcos de vela para navegar hasta Málaga en el día. Además, casi siempre era mensajero de cotilleos y *ragots* sin sentido que el coronel ignoraba, aún sabiendo que su esposa sería feliz al escucharlos:

—Bedaoui, ¿cómo andamos?

Thami parecía hoy en forma y contestó muy lentamente, ya llevaba fumadas dos pipas, tenía los ojos colorados y una sonrisa plácida:

—Siempre *avanti*. ¿Qué tal ha resultado la fiesta de hoy? ¿Ha disfrutado su esposa?

El coronel aspiraba ya de su propio *sebsi* bien cargado, esperando las palabras que llegarían, como nubes de algodón.

—Las esposas disfrutan de lo que pueden disfrutar.

—Yo la mía se la regalaría a cualquiera a cambio de nada. Nunca he visto a nadie más malintencionado. Pero sabe que, si me mata, se quedará sin sustento. Sobrevivo solo gracias a ese miedo suyo.

Estuvieron unos largos minutos en silencio contemplando las blancas volutas perfumadas.

—¿Qué me dices, Thami? ¿Qué se puede esperar de la temporada estival?

Thami sacó de debajo de su americana un rollo de tejido afelpado. Lo abrió con mimo y exhibió su mercancía.

—Yo le puedo ofrecer relojes de oro a precio de ganga o proponerle parte de un negocio de *import-export*.

—¿Tabaco?

—Entre otras cosas.

El coronel se relajó, la conversación le resultaba confortable porque respetaba un turno previsible. Era como meter los pies en una buenas zapatillas escocesas. En el fondo todo se reducía a un trámite, confirmando su posición social de privilegio. Sonrió al

pensar en el susto que se llevaría Thami, si un día él aceptaba participar en sus chanchullos.

—Los soldados viejos como yo nos sentimos incómodos hablando de dinero.

El coronel dio un buen trago a su café y miró al techo donde un riel de bombillas desnudas titubeaban. Dejaron pasar un instante, uno de esos instantes que, en occidente, se identifican con el paso de un ángel y que, en oriente, por contraposición, anuncian el paso del diablo.

—Sabes. Más que el dinero, siempre me ha preocupado otra cosa, déjame que te explique. —Ahora llegaba el momento de las reflexiones, todos los hachisinos adoran esta parte—. Y es que uno siempre tiene la impresión de que su vida va en ascenso, empujamos, empujamos con la esperanza de alcanzar un punto álgido de plenitud, la cumbre de la montaña, como quien dice. Pero ocurre que uno se encuentra siempre subiendo y nunca llega, no hay meseta, ni descanso, ni lugar de llegada, hasta que después ya uno cae en picado y no hay remedio.

Thami se quedó unos minutos en silencio, feliz por el giro que había tomado la conversación. Apreciaba sobremanera el carácter quejoso de su contertulio —otros dirían melancólico—. Reflexionó un poco tratando de formular bellamente una respuesta:

—Hay muchos poetas que hablan de la inutilidad de buscar un destino, todo es tránsito, ya sabe.

—Supongo que así es.

—Lo decía el hombre gordo de los mil brazos. El que tenía iluminaciones debajo de los árboles.

—¿Qué decía?

—Pues decía, y con razón, que la felicidad es la ausencia de deseo y el infierno es el deseo.

—Entonces nuestra ciudad es el infierno.

Bertie pensó en los acontecimientos de los últimos tiempos. El regreso del rey, la reunificación de Marruecos, el fin del

Protectorado.

—¿Tú crees que tendremos que irnos?

—No lo sé.

Así se dejaron llevar durante minutos en silencio. Aunque quizás hubiesen pasado ya dos horas. La gente iba y venía. Todos hombres. También alguna puta, de vez en cuando, salía a buscar a alguien, parloteaba con los camareros, reía, suspiraba. Todos conocían su nombre.

La noche avanzaba densa, opaca. En el diván contiguo, un hombre joven recién llegado del campo contaría una historia sobre un fumador feliz, un fumador tan feliz que amaba a todo el mundo y todos lo amaban a él, hasta que un día, su esposa, que estaba cocinando, lo mandó a comprar aceite y él fue a la tienda, con las manos en los bolsillos y saludó al tendero y se sentó con el tendero y lo ayudó a terminar su *sebsi* y luego el tendero preparó otro y fumaron otro y otro y cuando se dieron cuenta ya era de noche y su mujer ya había comido y lo esperaba para cenar y el fumador feliz salió de la tienda y se dio cuenta de que la ciudad entera estaba inundada por el mar y regresó a nado a casa, arrastrándose por el suelo y llegó a casa así, con los ojos abiertos como platos y diciendo: el mar lo cubre todo, pongámonos a salvo.

V

COMO EN ESAS COMEDIAS BURGUESAS QUE LE GUSTABAN, por entonces, Charlotte encendió un cigarrillo rubio en la cama. Oliver, medio desnudo, no parecía tener prisa. Le gustaba dormitar con los ojos entrecerrados entre las sábanas de algodón grueso que los Aquino traían de Portugal. Desde hacía años, Charlotte era su fiel compañera y una amante poco celosa. Todos lo sabíamos. Ambos formaban una pareja donde la lujuria debía de hacer acto de presencia solo de vez en cuando, para alegrarles alguna velada, supongo. A él, que era conservador y católico, ya no le atormentaban ni los remordimientos ni las miradas interrogantes del viejo coronel. Era bien consciente de que los Aquino no compartían lecho desde hacía años, aunque su afecto permaneciese intacto, fortalecido por el paso del tiempo. Pero los pueblos civilizados, por fortuna, utilizan el intelecto y no las vísceras para gobernar sus relaciones. Bertie, además, que era un hombre digno y recto, contaba con sus propias afinidades inconfesables. Y además era francés.

Oliver, por su parte, vivía en un nimbo del que no deseaba extirparse: no se sentía en deuda con nadie. Le parecía que todos los hombres tienen sus necesidades y ningún alma caritativa hubiese esperado que un hombre como él estuviese solo. Hacía lo que bien le parecía, según las circunstancias.

Pero Charlotte hoy no le permitió que se quedase a dormir:

—No puedes quedarte —le dijo, o si no—: Hasta aquí hemos llegado.

Él se levantó con desgana, se puso la camisa y los pantalones, enderezó su corbata delante del espejo y se dirigió a ella con tono artificioso. No había nada que le gustase más que presumir de afeminamiento después de haber hecho el amor con una señora. Por alguna razón encontraba aquello el colmo del cosmopolitismo, de la elegancia.

—¿Me decías, *darling*?

Aquella noche, Charlotte parecía nerviosa o molesta. Le dijo y aquello fue una primicia:

—Quizás debiéramos vernos menos.

Oliver se quedó rígido y una sonrisa se dibujó en sus labios, como si Charlotte hubiese traído a colación un chiste malo. Ella prosiguió:

—No sé si esto que hacemos está bien.

Charlotte se sentó en el embozo y le acarició los bigotillos ralos con ternura. Era bien consciente de la diferencia de edad entre Oliver y ella misma. Sabía que ahora mismo quizás él estuviese comprobando la flaccidez incipiente de su cuello o de sus rasgos, ya no tan pimpantes como en épocas lejanas. Pero le daba igual: hacía tiempo que había abandonado las preocupaciones epidérmicas para pasar a ocuparse de asuntos más globales.

—Por Dios, Charlie, no podría separarme de ti aunque quisiera.

—No se trata de que nos separemos. No seas absurdo. Nos necesitamos el uno al otro pero a veces, sabes, me digo que el coronel quizás algún día despierte. Sí, ya sé, ya sé que él también lleva una vida absurda como todos en este lugar pero, a veces, uno se dice que otra vida es posible.

—Llevamos la mejor vida que es posible llevar en el mundo entero.

—¿Has visto a tu mujer?

Antonio empezó a entender. Su amante estaba sufriendo lo que él llamaba el síntoma del Mayflower, una especie de *shock* tóxico que

experimentan algunas hembras de mediana edad que, de pronto, empiezan a añorar su propia pureza perdida. Razonó para sí mismo: aquello no duraría más que un par de días. Estaba seguro de que, el viernes, Charlotte lo llamaría y encontraría una excusa para acercarse con él a casa de los MacBey o de los Frost:

—Si quieres tiempo, te daré tiempo. ¿Qué pasa con Carmen?

—Bueno, da la impresión de que se ha llevado muchas decepciones.

—Pero ¿qué dices? Carmen es una señora española. Nunca le ha faltado de nada.

—Hubo un momento en que nuestra vida tenía que ser de una forma y las cosas se torcieron.

—Yo diría que mejoraron. —Oliver encendió un cigarrillo americano con una cerilla y suspiró.

—No bromees, estoy hablando en serio.

—No bromeo, pichón.

Él le dio la espalda a Charlie y contempló la salida del último ferri. Intentó parecer pensativo pero en el fondo se decía que Charlotte empezaba a resultar tediosa.

—No se trata de puritanismo, no te rías de mí, me falta más bien la impresión de *purpose*, de destino.

—Yo creo en el destino, todo el mundo cree en el destino, incluso los musulmanes creen en eso.

—*Moktub*, ¿y te parece que estamos realizando nuestro destino?

—Indudablemente.

—¿Y que nuestra vida cumple con un propósito?

—El tuyo está más que cumplido, *dear*, tienes unos hijos crecidos hermosísimos y un marido que es un santo, llevas bien tu casa y eres una anfitriona de cinco estrellas.

—Mira, Antonio —Charlotte se enderezó sentada como estaba sobre el embozo de la cama— lo mejor que puedes hacer es reconciliarte con tu mujer y llevártela de vuelta a Madrid. Tánger para vosotros todavía es pasajero.

—¿Por qué dices eso?

—Venga, sé bueno y entiéndeme. Seguiremos viéndonos en casa de los Mac Bey y de David.

—Ya veremos.

Minutos después, estaban en la salita sentados ya ambos en dos butacas muy rígidas. Charlotte pidió café frente al gran ventanal que se abría sobre el Estrecho y enseguida se lo trajeron. Los sirvientes no parecían sospechar nada o, quizás, ya nada les sorprendía. Entonces fue como si a Charlie le pesase despedirse de su amigo. Como si aquella fuese, en verdad, la última vez para ellos:

—Quédate un poco más —le dijo.

VI

SUPONGO QUE, AQUELLA NOCHE, A LA NIÑA SOPHIE le costaría mucho dormir. Esperaría mirando por la ventana hasta ver escabullirse al amante de su madre en un taxi, atusándose el bigote. A ella le daba igual aquel tipo. Pero a su madre le hacía bien, no cabía duda. Ambos funcionaban como dos hermanos diabólicos, con sus planificaciones, sus tejemanejes, sus cotilleos, un poco como le hubiera gustado que funcionaran Jean-Mich y ella, pero Jean-Mich seguía considerándola un bebé y no la dejaba participar en ninguna de sus aventuras. Ella sabía que fumaban, también sabía que Farid les había traído una muestra de aquel dulce —*majoun*— del que dicen que produce los mejores colocones. Laurent por su lado traía a veces pastillas que robaba en casa, pero en cuanto ella pasaba por la puerta guardaba el alijo y se reía. Hace una hora, cuando ya quedaban solo los rezagados, los había sorprendido en el jardín, guardando un *sebsi*. Se arrojaron a la piscina vestidos para escapar de ella y, dentro del agua, se salpicaban y trataban de ahogarse unos a otros.

Sentada sobre la cama, mientras el taxi de Oliver desaparecía por la carretera de la Petite Montagne, pensó en tramar un plan. El honorable Herbert le había conseguido un vaso de vino tinto. Luego consintió en traerle un Fernet Branca. Era el único que se había dignado ayudarla aquella noche. También le había dicho que aprovechase, que estaba en el mejor momento de su vida. Ella se rio ahogando la amargura. Le molestaba esa creencia adulta de que los

jóvenes no hacen más que divertirse. Ella, concretamente, no tenía nunca ocasión de divertirse, estaba atada de pies y manos. Casi era invisible. Nadie le hacía ni caso. ¿El mejor momento de su vida? Y un pimiento.

El taxi de Oliver se cruzó en la cancela con el coche que transportaba a Bertie. Los dos se saludaron por la ventanilla con cordialidad. Desde arriba, Sophie abrió la ventana y llamó a su padre.

—Papá, papá. Aquí arriba.

—¿Qué haces despierta? *Mon petit*, es ya muy tarde —susurró el coronel desde la gravilla. Su voz sonó opaca. Sophie cerró la ventana y apagó la luz.

Y después, había pasado lo de aquella señora, que tenía toda una leyenda sulfurosa, aunque ¿quién en aquella ciudad no tenía una leyenda sufurosa? El que más y el que menos podía presumir de algún escándalo. El lunes le contaría a Nayat sus descubrimientos. Nayat, que se sentaba a su lado en el liceo, era muy buena en matemáticas, se pintaba los labios de color frambuesa y llevaba *hiyeb*. A ella le daban mucha envidia Nayat, su *hiyeb* y su padre, médico panarabista que la acompañaba el viernes a la mezquita. Pensó que sería una idea genial aparecer un día en casa con velo: su padre y su madre se llevarían las manos a la cabeza. Podría incluso decir que se había convertido. Y vestirse por debajo con la ropa que le diese la gana. Siempre había creído que las musulmanas resultaban mucho más *sexies* que las occidentales. Podría incluso innovar, utilizar los *carrés* Hermès de su madre para cubrirse la melena, no sabía si aquello era *halal* pero, desde luego, sí que resultaría súper chic. Encendió la luz de nuevo y se peinó frente al espejo, el pelo liso y rubio que detestaba. Su rostro era pálido como el de una nórdica, áspero por las mejillas llenas de pecas.

La señora sicalíptica le había pedido que la acompañase a llamar a su chófer. Llevaba el pelo cortado como un chico y parecía

exhausta. Esperó apoyada junto a la montaña de pieles.

—¿Y tú cómo te llamas, *dear*? Todos esos nombres franceses son tan lánguidos. ¿No te parece? Iguales unos y otros. No te preocupes, voy a ahorrarte todo el trámite y no me voy a presentar. Demasiado deprimente. Ya encontrará la gente maneras innobles de hablarte de mí. —Se inclinó sobre su bastón y Sophie vio entonces que tenía una pierna anquilosada. Su aliento hedía alcohol. Y ya su madre venía desde el otro extremo del salón para salvarla, o quizás para despedir a la señora que debía de ser alguien conocido—. Resumiendo: yo también fui como tú. Aunque la rabia no es buena consejera. A menos, y eso también puede ocurrir, que sí lo sea. —Sophie miró alrededor y vio cómo su madre, retenida por una rusa que la besaba en las dos mejillas, se había detenido. Aquello les había dado algo más de tiempo—. Sé que no soy muy clara, pero tampoco puedo extenderme más. Ya sabes cómo son todos aquí, ya conoces su amor por los detalles. Te dirán que dormí una vez, tirada en el suelo, sobre el felpudo de la legación americana, y que estuve llamando a gritos a la mujer del cónsul. Pues, ¿puedes creerlo?, no me abrió, la ingrata. Y por esa minucia, casi me quitan la nacionalidad y, Dios bendito, tampoco hay que exagerar. Pues, sí, aunque te parezca difícil de creer, es cierto. No me arrepiento, la mujer del cónsul era —y es— una mujer muy fea, pero ¿qué quieres que te diga?: el amor es ciego. Por eso Cupido lleva los ojos tapados en los cuadros. También la justicia, me parece. Pero ya se me pasó. Antes me enamoraba todos los días varias veces. Ahora, reincido menos.

Y Charlotte llegó y las miró a ambas de hito en hito, como si entre ellas hubiese circulado un explosivo. Venía sin aliento, parecía que acabase de correr los cien metros lisos:

—Janie, querida. ¿Ya te vas? No hemos podido charlar nada. —Y enseguida se dirigió a su hija, como si no pudiese soportar más su presencia insulsa. La coja frunció los ojos, entendiendo—: Y tú, ¿a qué esperas? Vete a pedirle a Tensemani que vaya a buscar el coche de la señora. —Y Charlie se apresuró a despedir a la coja con tres

besos y la acompañó hasta la escalinata de la entrada. Hasta el último momento, Sophie temió que su madre le pusiese la zancadilla a la coja o la empujase.

Sophie se demoró un rato cerca del portón. Luego, sentada sobre un tramo de escaleras, se puso a mirar la luna que, aquella noche, estaba mediada y baja, muy brillante. Se oía movimiento, crujido de hojas, en la parte posterior del jardín que rodeaba la piscina. Pero cuando estuvo cerca, vio que ya no había nadie. La superficie azul del agua se ondulaba de vez en cuando a causa de una golondrina que venía a beber para luego levantar el vuelo. Dos botellas de champán habían quedado apoyadas contra un mueble de jardín. Pero Sophie seguía percibiendo una presencia. Tuvo un poco de miedo. Sintió que alguien estaba allí escondido y la miraba. Tal vez fuese un animal, quizás un gato. Retrasando la hora de recogerse, se sentó en la tumbona y cerró los ojos. En el edificio se oía un gran éxito de los Platters traducido al español. Imaginó que todos bailarían. En aquella ciudad, nadie parecía tener sentido del ridículo y quizás hiciesen bien, puesto que se acercaba, y todos lo sabían, el final definitivo de todas las fiestas.

Mientras Sophie se adormecía sobre la tumbona, un hombre, acuclillado detrás de los setos, con rencor la contemplaba. A él, las caras de tiza le inspiraban sensaciones confusas. Esta era casi una niña: con una pequeña cabeza rubia y un jersey de marinero encima del vestido. Pensó que no podía odiarla pues los niños no son responsables de los pecados de sus mayores. En aquel momento, el hambre le ascendía desde el estómago y casi le nublaba los sentidos con pinchazos. Esperó y, en cuanto tuvo la impresión de que la chica se había dormido, se levantó, sacudiendo sus piernas. Caminó bajo los cedros y los alcornoques. Fue fácil. Las sombras de los árboles son tupidas y protegen. Un grupo de señoras avanzaba sobre la gravilla, proveniente de la terraza. Venían en silencio. Una de las señoras le sonrió. Nadie parecía haberse fijado en sus ropas harapientas. Le quedaba un tramo muy pequeño, después ya no

habría más encontronazos indeseados. Allí estaba la línea dorada de luz. La vieja Salma abrió la puerta de la cocina y lo hizo entrar:

—Ven, *lajoya*, apúrate, antes de que lleguen los mendigos. — Luego, hizo un gesto extraño por encima de su hombro.

Cuando él se volvió, vio que la cara de tiza estaba allí, inexpresiva, sin complicidad ni embeleso. Era de esperar. Lo había seguido desde la piscina. Podrían haber hablado entonces, pero no se dijeron nada: Salma solo le pidió a la niña silencio con el dedo.

VII

VOLVAMOS A AQUELLA NOCHE DE 1956, CUANDO en el piso superior de *Mon Repos*, Sophie en la cama mordisquea el bolígrafo con rabia y escribe, mientras en el resto de la casa la vida va apagándose poco a poco. Como siempre, aquella noche, en la puerta de servicio, la cocinera reparte los restos de la cena entre perros y indigentes. La luna creciente brilla sobre los mirtos y los setos, y los perros, complacidos, juguetean y gimen. La cocinera les rascaría el lomo y bendeciría a algún santón, para luego retirarse a dormir. Los otros sirvientes jugaban a las cartas sentados a la mesa.

En su habitación, Jean-Mich y Farid, despiertos, rebuscan entre los vinilos nuevos.

—Mira, este es muy bueno —diría uno, enseñándole al otro un sencillo de Muddy Waters, con el cigarro colgado del labio inferior y la tez morena del sol de junio.

Las paredes estaban tapizadas con kilims y las ventanas cubiertas por colchas espesas que impedían el paso de la luz. Jean-Mich no dejaba que los criados limpiasen más que una vez a la semana y parecía tener especial interés en que el ambiente resultase pesado e insalubre. «Así no se me escapan las ideas». Y su madre decía «Pues esas ideas no deben ser muy apropiadas».

La verdad es que Charlotte consideraba a su hijo excepcional y estaba convencida de que la vida iba a depararle maravillas. Aquello a él lo llenaba de vergüenza. Hubiese deseado hacer trizas cualquier

expectativa suya o de cualquiera. Nadie merecía para él ningún respeto.

Hoy Jéróme, su colega, se había largado pronto a casa. A veces ocurrían esas cosas, uno de los tres se sentía excluido y se marchaba. Y se habían quedado los otros dos con la idea de no pegar ojo y disfrutar de aquella primera noche de verano. Estuvieron poniendo discos y bailando ante el espejo, imitando las poses de los cantantes famosos. Jean-Mich puso una y otra vez un gran éxito de Little Richard y los dos saltaron como atacados por una corriente eléctrica. Adornados con boas blancas y rojas, se pintaron los ojos de khol y Farid se abrió la camisa para ensayar posturas provocativas. Jean-Mich le había robado a su madre un vestido con lentejuelas y escote muy sofisticado por la espalda.

—Espera, cálzate esto. —Y Farid recuperó de debajo del sofá un par de stilettos—. Son un verdadero instrumento de tortura.

Jean-Mich pasó el envés de su mano por la superficie de lamé.

—Si me ve mi madre, me mata. Creerá que soy un mariposón.

Luego se derrumbó y el otro cayó junto a él sobre la alfombra.

—De verdad, ¿hablas en serio? ¿quieres que traiga a mi hermana?

—Hoy ya no, otro día —dijo Farid, volviendo a su tono habitual, algo ronco, algo chulesco—. Estamos bien así. Venga, vamos a fumar un poco y a acostarnos.

—Creo que si pudiera estaría así todo el día: fumando y durmiendo.

—Es lo mejor.

—Cuéntame historias de hachisinos —se sentaron frente a la ventana y Jean-Mich levantó los cortinones: en el Estrecho se veía la bruma taladrada por los faros de los pesqueros.

—Bueno, algunos son como santos. Viven en el limbo, sonrientes y apacibles. Les da igual la fama, la gloria, el amor, las propiedades, lo que piensen los otros. Se quedan sentados para siempre al borde de un camino o de un bosque, cerca de un arroyo o

de un lago, apoltronados sobre una alfombra y no hacen más que fumar y fumar y, sin moverse de su sitio, viajan por el mundo verdadero, porque este en el que vivimos no es más que una pantomima.

—Pero, ¿cómo se mantienen?

—Todo el mundo los quiere, en los pueblos sus conocidos les dan algo de dinero, siempre caen simpáticos. Al hachisino nunca le falta de nada.

Jean-Mitch aspiró fuerte. El lamé y las plumas picoteaban su espalda.

—¿Y tú por qué crees que este mundo no es el verdadero?

—Eso se sabe —masculló el otro—, se sabe que es una pantomima, ¿si no, tú crees que los pobres aguantarían la pobreza sin chistar, que aguantarían la injusticia? Se sublevarían, pero aguantan porque saben que esto es como una función de duración limitada, todo el mundo lo sabe, el mundo real es una apariencia. Por eso todos están tan ansiosos por escapar. Yo desde luego voy a escapar. Pronto.

Hablaron todavía un rato, a trompicones, hasta que un placer espeso los atravesó de parte a parte. El rasgueo de la aguja del tocadiscos, que nadie se había preocupado por retirar, se fundía con el ruido de los tambores que llegaba por la ventana abierta. En la planta baja, los criados, ya cansados, compartían las incidencias de la noche: poca comida y demasiado vino, una mujer gruesa se había derrumbado a eso de las diez en el cenador, los perros habían ladrado largo tiempo, alguien dijo que quizás hubiese un zorro cerca. Apagaron las chimeneas, recogieron y limpiaron y luego se fueron retirando a la zona de servicio.

VIII

CHARLIE SE DESMAQUILLÓ DELANTE DEL ESPEJO y luego se acostó. Estaba preocupada por el futuro de su familia. Es difícil proteger a aquellos que no quieren protegerse. Se puso las gafas y leyó un par de páginas de una novela que esperaba en su mesilla de noche desde hacía días. Su título era *Le bleu du ciel*. Mientras tanto, en el piso de abajo, en el despacho, Bertie ojeaba un álbum de fotos de su antiguo regimiento, cerca de Larache. Muchos de ellos ya estaban muertos pero él seguía viéndolos jóvenes, acodados a una mesa en el cuartel. A aquella mesa. La de siempre.

Luego, Bertie subiría hasta el piso superior y, tras lavarse los dientes, las manos y la cara, se acostaría en el diván de su habitación. Se introdujo debajo de su manta favorita de piel de oso, sin desvestirse, aún algo chispo. La verdad es que era feliz y, como buen soldado, era consciente de que la felicidad es siempre algo pasajero, por eso trataba de prolongarla en lo posible como un frágil estado de ebriedad.

Mientras el sueño lo iba venciendo, Bertie se puso a pensar que aquellos serían los últimos años de una era; a él le iba llegando la vejez; pero también su esposa, la efervescente Charlie, iba perdiendo aquella garra suya legendaria. Ahora solo el bobo de Oliver parecía sensible a sus encantos. Se entristeció.

Esta misma noche había pasado a buscar a Mercedes, al Bon-

bon. Pero ella no le había hecho ni caso. El local, en la zona nueva, estaba hasta la bandera y Mercedes lo había saludado con frialdad como si fuese un desconocido. Detrás de la barra, apoyaba su cabeza sobre las manos de uñas puntiagudas. Había engordado, su escote era aún más exuberante de lo habitual y parecía muy enfadada. Se dijo que quizás Mercedes estuviera en lo cierto y él fuese ya un desconocido para sí mismo y para los otros. Estaba muy cansado. La época dorada del protectorado llegaba a su fin. Pero ni siquiera esa tragedia —que no era pequeña ni grande, pero sí real— llegó a estropear su buen humor y se quedó dormido con una sonrisa en la boca. Pensando que las ondas lo sumergían y acunaban.

A Carmen el *petit-taxi* la dejó en la calle desierta, donde cada sombra anunciaba un bulto agazapado. Aunque ya era muy tarde seguían retumbando los tambores. Besó a Emilio en las dos mejillas y él le dijo algo insustancial, mientras ella sacaba el gran llavín, abría la puerta y la empujaba con el pie. Un gato pasó corriendo entre sus piernas. Se oyó cómo subía las estrechas escaleras y abría la segunda puerta. Luego encendió la luz, y encontró la casa blanca y vacía. Desplomada sobre el sillón, pensó en Herbert, en el alemán, en Charlotte, en los muchachos, en la mujer coja y en la señora con anteojos. Se sirvió un fondo de *whisky*. Oliver aún tardaría. Se asomó a la terraza y no vio a nadie. Las olas del Atlántico estaban altas y picadas.

Abrió con cuidado la puerta de la cocina. Allí sobre un tapiz en el suelo reposaba la sirvienta. Pensó que los nativos no parecían conocer la vigilia, y luego se preguntó cuales serían los sueños de la anciana. ¿Soñaría con montañas, con guerras, con ovejas? ¿sueños tribales, mágicos, simbólicos? Ella no recordaba muchos de sus sueños, algunos eran sexuales, otros románticos, en otros se veía nadando a través de largas piscinas interminables llenas de un agua azul profundo.

Y entonces, en el silencio sincopado de la cocina, la anciana

abrió los ojos, se enderezó y dijo algo. Le pareció que estaba advirtiéndola, repetía palabras en una especie de bucle narcótico, hasta que al fin la voz encontró la manera de hacerse comprensible. Hablaba una especie de jaquetía. Señalaba la sombra de la fortificación, que se veía a través de la ventana y se abría al acantilado.

—Aicha Kandicha?

Carmen negó sin entender. La anciana se quedó muy quieta y cerró los ojos y Carmen se dio cuenta de que también tenía los párpados tatuados. Era como si, aún con los ojos cerrados, la estuviese mirando fijamente. Corrió hacia la habitación y pasó la llave por dentro.

Pensaba que tenía que hablar con Oliver. Sin más demoras. Aquella resolución la hizo esperar despierta sentada en una silla. La noche transcurría lenta mientras ella repasaba sus planes incumplidos, sus deseos modestos. No supo qué hora era cuando oyó llegar a su marido, solo entonces abrió la puerta con precaución y lo llamó.

Después ya no recuerda mucho, solo que ella seguía despierta, que él venía bebido y que ella lo hizo penetrar en el dormitorio. Intercambiaron frases inconexas. Él le dijo que la quería. Ella no respondió nada, él tampoco pareció molesto. Luego, recuerda que, despreciando la comodidad del lecho, hicieron el amor con ferocidad. Y después pareció cómo si todo quedase perdonado. No el silencio de él ni la traición de ella. No la blandura de él ni la intransigencia de ella, sino algo en un sentido más amplio, algo que tenía que ver con la vida en general. Durmieron y no soñaron.

IX

LA ANCIANA EN EL OTRO EXTREMO DE LA VIVIENDA, se levantó muy temprano e hizo sus oraciones sin maldecir su suerte. Creía en una justicia imperceptible y cruel que se iba manifestando en los pequeños gestos y acontecimientos diarios, creía que de alguna manera el mundo siempre recuperaba su lugar primigenio, sin algazaras, sin ruido. Estuvo remendando calcetines y pelando berenjenas y machacando frutas en la cocina, sin pensar en sus ocho hijos y en sus nietos, muchos de ellos muertos y enterrados. Le dio las gracias a Dios por el día naciente, para luego preparar el café del señor y los crepes y retirarse a la cocina donde estuvo mirando por la ventana el despertar de los pájaros y el silencio de las otras casas que tardaban en despabilarse aquel viernes porque la noche anterior había sido larga y animada. Y ya no volvió a pensar en la condesa Aicha, la esposa del demonio, ni en sus piernas de cabra.

Y es que la ciudad había trasnochado tanto que, ahora, imperaba una paz sumaria. Pero el Americano se levantó pronto, cosa poco habitual, pues trabajaba por la noche, pero hoy estaba preocupado y quería pasar por la oficina de correos a echar un vistazo. Esperaba un cheque. Él y su mujer ocupaban dos viviendas, una al lado de la otra, en el edificio San Francisco, en el barrio de Iberia. Supuso que Janie no se habría levantado todavía y no llamó a su puerta. En la tienda de debajo del edificio, la cocinera, Tetum, compraba jabón y algo de fruta. Le hizo un signo con la cabeza poco amistoso. Por alguna razón todas las amigas de su mujer parecían detestarlo, lo

culpaban de cosas que él no entendía pero que se divertía en imaginar y cuya genealogía y ramificaciones ocupaban su cabeza durante días y días. Cuando tardaba en conciliar el sueño esos reproches venían a amueblar su duermevela. Y eso que a él todo le daba igual. Hacía ya tiempo que había dejado de preocuparse por la opinión de los otros.

Desde luego —rumió— quizás la causa más evidente del odio que inspiraba en los marroquís en general era el dinero. Lo veían como a un ladrón en su país, lo identificaban con los expatriados ricos, cuando él era solo un pobre músico *desargenté* que había conseguido sobrevivir veinte años con una mujer, a su cargo, sin trabajo fijo. Subsistía colgado de un hilo. Aún ahora le resultaba imposible imaginarse el futuro. Los encargos no llovían, iban surgiendo a cuentagotas, por intervención de amigos, en Nueva York, en París, en Londres. Él se veía a sí mismo más bien como un desheredado del mundo, era pobre y estaba solo. Hablaba inglés, sí, y vestía en casabatín y pañuelito. Pero carecía de ahorros y estaba expuesto al azar. No se quejaba, qué conste, era la vida que había elegido: libre de corsés y exigencias, pero con una libertad limitada, porque la libertad absoluta no existe. Y por ella pagaba un precio. Siempre tenía miedo de lo que pudiese venir. Y Janie parecía no entender esto. Bueno, a veces se instalaban delante de un buen té y hacían cuentas. A Janie le gustaba coger un lápiz y chuparlo y luego se lo ponía detrás de una oreja, felicísima, o construía torres de monedas como si fuese un niño y luego las derrumbaba como sin querer de un codazo, y allí iban ella y Tetum, y él también, a recoger pesetas por debajo de los muebles.

La verdad es que Janie seguía viviendo en una comedia de Broadway, llena de *boutades* y chascarrillos, como hacía veinte años en Manhattan, bebiéndose su botella de ginebra diaria y sentándose, ahora, en los puestecillos de grano con las vendedoras analfabetas, como antes se apoltronaba en los camerinos de las cantantes de *variété*. Por las noches llamaba a Tensemani para que la llevase, tocada con sombrero o con una estola de zorro, al bar más corroso

de la ciudad, al Deanes bar o al Parade o al Moustache, o, si no, a casa del cónsul o de algún alto funcionario español y allí se daba aires de espía, fingía ser una heredera sudamericana en apuros, decía palabrotas en varios idiomas y citaba a Shakespeare o a Molière. Eso sí, nunca vomitaba. Su aguante era legendario.

Como cada día, recorrieron parsimoniosamente las calles del Mershan. El Jaguar bajo y ancho avanzaba por la ciudad como un barco mareado. La gente lo saludaba al pasar. Para bien o para mal, todos lo conocían. Hoy iba a hacer un día espléndido. Las calles estaban frescas y regadas, pero la basura —pieles de naranja y restos orgánicos en general— reventaba las bolsas en las esquinas de las calles. Era un día ideal para nadar en la playa. Quizás se acercase un poco más tarde, pensaría.

El Americano golpeó con sus guantes de piel *beige* la ventanilla. Sugirió un lugar para aparcar pero Tensemani hizo caso omiso y estacionó en segunda fila. El Americano, sin discutir, bajó con precaución para dirigirse a la oficina de Correos. Había una cola que llegaba hasta la puerta. Hizo signos a un empleado, amigo de las Gerofi, pero el empleado le devolvió el gesto amistoso y salió por una puerta privada y él ya no pudo hacer otra cosa que esperar como los otros. Mientras la fila no avanzaba, abrió su apartado postal: varios paquetes y un par de sobres entre los que esperaba encontrar el famoso cheque con sus honorarios por el último encargo. Ira le había advertido de que las cosas iban a empezar a ponerse difíciles para los extranjeros, con los cambios políticos y organizativos. La ciudad tenía memoria y guardaba rencores antiguos. Estaban empezando los ajustes de cuentas y las investigaciones sobre costumbres. Le había aconsejado que hablase con Tensemani, con Yacoubi y con los otros, y también que le pidiese a Janie que advirtiese a sus sirvientas. Al final todo quedaría en nada pero era, cuando menos, desagradable.

De pronto distinguió a una chica en el comienzo de la fila que le

resultó familiar. Fresca y remilgada, venía con aquel sinvergüenza de Antonio Oliver. La jugada era incómoda, pero estaba cansado y sabía que la gente del país no se atrevería a discutir con un *nesrani*. Y menos, delante de las autoridades, puesto que llevaba con toda seguridad las de perder. Miró de reojo a los guardias apostados a la puerta, dejó su puesto en la cola y se acercó a Oliver. La que decían que era su mujer lo miró perpleja, avergonzada. Después, poniendo una mano en el hombro de su marido, le hizo un sitio junto a ellos. Oliver habló, blando como un fruto caído:

—Paul. *My pleasure*. Venimos a buscar un cable. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí tan de mañana?

—Siempre me encanta hacer cola pero hoy Tensamani me espera en segunda fila. Van muy lentos, me temo. Yo vengo a buscar unas revistas, espero no tener problema. El año pasado, a Terry le mandaron desde los *States* unos *Playboys* con unos relatos suyos y los de Correos se los devolvieron hechos un cisco, eliminando toda foto sugerente.

—¿Terry lee el *Playboy*? No me digas. —Oliver sonrió encantado.

—Hombre, no se trata de eso, le publicaron un par de relatos. Eran esos números.

El Americano se dirigió a la jovencita:

—Me parece que no tengo el gusto.

—Claro, es Carmen, mi mujer.

—Qué callado te lo tenías, bandido —y palmeó a Oliver en la espalda con cordialidad—. Nos vimos en el salón de *Madame* Porte, hace algunos días.

—Sí, es verdad. Encantada.

—¿Qué tal está resultando tu estancia? Perdóname que te apee del usted pero eres demasiado joven.

—Sorprendida, en general.

—Es que la ciudad es sorprendente, ¿verdad Paul? ¿Recuerdas cuando llegaste por primera vez?

—Yo creo que ya había soñado con Tánger antes de venir: soñé

con dédalos oscuros, varias noches, en Puerto Rico y luego en México. Luego cuando llegué aquí entendí que aquellas callejuelas de mi sueño eran las del Zoco Chico.

—Bueno, no sé si Carmen se sentirá cómoda en la Medina.

—De noche, el Zoco Chico no cierra nunca, todos los cafés permanecen abiertos hasta el amanecer y las callejuelas están, si llueve, vacías y llenas de sombras embozadas…

Carmen dejó de escuchar para dirigirse al mostrador. Sacó sus documentos y un bolígrafo y se puso a rellenar un formulario.

—¿Y entonces? —le dijo el Americano a Oliver.

—Todo bien.

—¿Queréis venir uno de estos días a cenar a casa? A Janie le hará ilusión. Estamos todos un poco preocupados por el discurrir de los acontecimientos. Yo estoy buscando una casa más barata, tengo que reducir gastos por lo que pueda ser. Y el mes que viene me vuelvo con Ahmed y con Larbi al Sahel a grabar. Y luego pasaremos una temporada en Kenia y luego en Zanzíbar.

—Vives como un pachá. Yo no sé que haré de mi vida. Estoy entre dos cosas.

—Ya lo veo, ya —afirmó el Americano mirando a Oliver con una sonrisa socarrona.

X

EL AMERICANO, CON UNA REVISTA EN EL BOLSILLO, Y Jaguar la mano, regresó, medio satisfecho, medio alterado, al jaguar. Tensemani apoyado en el lateral fumaba un purito fino inmerso como estaba en una conversación con un vendedor de higos chumbos.

—Las cosas que ve uno. ¿Me llevas al Claridge? Tensemani se sacudió el polvo de la chaqueta del uniforme.

—Era un primo de Chefchaouen. Lleva aquí solo dos semanas, busca trabajo para la mujer.

El Americano, que ojeaba un numero antiguo de *Newyorker*, estaba absorto en otros pensamientos. Le preguntó al fin:

—Entonces, si te preguntase *la pólice des moeurs* por nosotros ¿qué les dirías?

El otro suspiró:

—Les diría que les estoy muy agradecido, que me han dado un buen trabajo.

—Ya, ya… —El Americano siguió ojeando su revista. Vio varios textos de amigos y se dijo que los leería después en el café o en casa.

—Pero me refiero a si te preguntan cómo vive la señora Janie y cómo vivo yo.

Tensemani increpó a un carro que entró por la izquierda cortándoles el paso:

—*¡Ghenzu! ¡ehmar!* ¡Apártate de mi camino, hijo de tu madre!

El Americano no supo si estaba ganando tiempo. Tensemani

esperó a dejar atrás el carro para contestar:

—Les diré que son americanos y que son artistas, que trabajan a deshoras, que duermen tarde y reciben amigos.

—¿Y si te preguntan por Yacoubi y por Cherifa?

—Pues les diré la verdad, que Yacoubi es un buen pintor de Fez, de familia de *fquih*, y Cherifa la empleada de la señora Janie. Y que ustedes les ayudan a ellos y a sus familias.

—¿Y crees que Yacoubi y Cherifa dirán lo mismo?

—¿Y usted cree que no, señor Paul?

El Americano se quedó tranquilo por el momento. De todas formas, no le daba mucha importancia a nada de lo que pudiese suceder. Se las habían arreglado siempre en cualquier lugar de cualquier manera. Si tenían que irse se irían, a Java, a Taprobane, a Sudamérica, en cualquier lado, continuarían su camino.

El Claridge era un bar modesto con una terraza estrecha que se extendía por un buen tramo del bulevar Pasteur.

Las mesas formaban una hilera larga y se veían ocupadas exclusivamente por hombres, que hablaban entre ellos o se ignoraban. El Americano y Tensemani se sentaron juntos. Los dos pidieron café, el Americano leía el periódico y Tensemani comía pipas, cuyos restos iba depositando en un papel extendido sobre la mesa. El Americano pasaba las páginas con las gafas en la punta de la nariz y de vez en cuando comentaba algo que a Tensemani le resultaba casi siempre incomprensible o fuera de contexto:

—Menuda birria. —O bien—: Qué país de locos.

Y Tensemani rasgaba las pipas con los dientes y escupía las cáscaras e iba viendo pasar a la gente que lo saludaba, casi todos admirativos de su ascensión social, muchos envidiosos. Algunos se le acercaban con prudencia y le pedían favores, en voz casi imperceptible, y él decía cosas como *waha* o *inshalá*, poco comprometedoras, porque también él disfrutaba de su recién adquirida posición de poder.

—Y entonces —indagaba el Americano, tras cerrar la revista y pedir otro café al camarero—. ¿Por qué crees que Ahmed toca la flauta delante de sus dibujos, cuando los da por terminados?

—Pues porque la vida viene a ellos y los convierten en dibujos mágicos y buenos.

—¿Y tú crees que funciona? ¿Qué tocarle una flauta a un papel le insufla vida?

—¿Y por qué no? Solo Alá conoce sus designios.

El Americano volvió a ponerse las gafas y regresó a la revista ilustrada. Sin desviar la vista, dijo a Tensemani:

—Pues a lo mejor tienes razón. ¿Sabes que Hamri le dijo al señor Brion que era perfectamente capaz de pintar lo mismo que Ahmed?

Tensamani lo miró frunciendo los ojos. Conocía a Mohamed Hamri lo suficiente para considerarlo un patán.

—El problema es que así lo hizo, se dedicó a copiar los dibujos de Ahmed trazo por trazo, pincelada por pincelada. El pobre Brion se quedó de piedra. Tuvo que explicarle de nuevo que pintar era otra cosa.

Tensemani se le quedó mirando de hito en hito:

—¿Pero por qué este empeño de ustedes de hacer que la gente decente pinte? Nunca ha habido pinturas aquí. Eso es cosa de los *rumis*. Ni dibujos. No creo que sea bueno que un muslim pinte. No hacen bien ustedes en convencer a los muslims para que pinten.

El Americano movió la cabeza asintiendo con una especie de ceguera amortiguada:

—Y a ti qué te parece, tú que lo conoces bien… ¿Tú crees que Ahmed volverá?

XI

Y NO QUE HASTA DESPUÉS DE LAS DOCE DE LA despertó Janie. Tenía dolor de cabeza como siempre. mañana que se —Algún día terminará por explotar y me quedaré tranquila.

Tetum le trajo un té muy fuerte. En la cocina, alguien despellejaba y cortaba varios conejos para la *tajine*. Jane se levantaba siempre sobrecogida. Tenía miedo a encontrarse con que ella se había ido. Abrió los ojos, recorrió el apartamento desordenado. Pero no, allí seguía: como un chico, grande y torpe, con sus dientes de oro. Terry y Emilio se burlaban de ella, le decían que si solo le gustaban los monstruos era porque ella misma se consideraba un monstruo. Paul añadía que todo había empezado como una broma y había ido degenerando hasta convertirse en una farsa.

Y pensar que había sido él quien lo había conducido a un lateral del hotel Villa de Paris, cerca del gran Socco para presentarle a aquella campesina iletrada que no hablaba más que *moghrebi* con el gran sombrero de paja como una rueda de molino sobre el Niqab. Es verdad que el Niqab era intrigante, el velo largo negro que dejaba solo ver los ojos pequeños y risueños o a veces malhumorados. Ella tenía fama de bruja y la gente hacía cola para pedirle encantamientos de todo tipo: de amor, de odio, de enfermedad, de compraventa. Janie se acostumbró a visitarla todos los días —a veces iba con Emilio y él se me quedaba al lado mirándola con aprensión. Ella compraba un poco de una cosa o de otra: maíz, trigo, guisantes secos

para la *besara*. La campesina no hacía señal de reconocerla. Se entendían por gestos. Aunque enseguida Janie empezó a darse cuenta de que, a la mujer, le agradaba que le pagase más de lo razonable: le proponía precios cada vez más desorbitados y Janie se hacía la boba y los pagaba.

Algunas historias de amor nacen en los palacios de los *cai'ds*, o en los harems, otras en los caminos, en las plazas o en los bosques, su historia de amor había visto la luz en un mercado y crecía o retrocedía en las cocinas o en las habitaciones interiores. No es verdad que Cherifa fuera un monstruo, todos los que la conocían sabían de su poderío, de su voz vigorosa, de su carácter de mil demonios: era una verdadera princesa de la calle. Pero cuando Jane iba a casa de unos y de otros, muchos se empeñaban en afearle su conducta. Hasta Paul se indignaba de sus desbarres, de sus descarrilamientos:

—¿Qué haces rodeada de criadas? Todo son excusas para no escribir.

—Si no me enamorase, no escribiría. Y, ¿qué culpa tengo yo si mis amores son siempre desgraciados?

—Siempre persigues a seres que ni saben ni pueden corresponderte.

—Es que tú eres frío como un pez.

—¿No fuiste tú la que decías en tu libro algo así cómo «estoy destrozada, y la conciencia de ello me hace muy feliz»?

—Me citas fatal, Bupple.

—Lo que quiero decir es que te lo buscas. Y si sigues bebiendo a ese ritmo, vas a ponerte enferma, muy enferma y yo tendré que cuidarte. Y maldita la gracia que me hace.

—No seas bobo, soy fuerte como un toro. Los tumbo a todos en el Dean's. Y, si me pusiera enferma, tírame a la basura, no me importa.

—Lo haré.

Aquel día, cuando su marido llamó a la puerta, fue la propia Janie quien abrió. Iba en pijama, con ojos semicerrados y piel grisácea.

—¿Has tomado un par de aspirinas? ¿alka-setzer?

—Estoy perfectamente, Bupple. No hay por qué asustarse.

Paul se aposentó en el diván donde Cherifa estaba escogiendo un kilo de lentejas:

—¿Qué hay, Cherifa? *¿Labés?*

La mujer no contestó, tampoco levantó los ojos de su trabajo.

—No le hagas caso, Bupple. ¿Dime?

—Acabo de invitar a Oliver y a su esposa recién llegada a cenar. Espero que te parezca bien.

—Espléndido. Quizás resulten divertidos.

—Cenamos en mi casa ¿qué te parece?

—Bupple.

—Dime, Theresa.

—No consigo escribir, me siento en la mesa y empiezo a notar cosquilleos en los brazos y en las piernas y tengo unas ganas de levantarme e irme de paseo que no puedo con ellas, empiezo a pensar que no conozco nada de lo que estoy contando y que eso se notará y que voy a hacer el ridículo otra vez y todos van a reírse de mí, y releo la pobre línea que me ha costado tanto esfuerzo y me parece que es una maldita obviedad. Jamás terminaré esto. Para colmo, ayer Tetum casi utiliza mi pobre manuscrito para envolver unos plátanos verdes y yo casi estuve de acuerdo con que lo hiciera.

Cherifa se levanta y los deja solos. Hace mucho ruido con las chancletas de goma y da un portazo al entrar en la cocina, allí empieza a discutir a gritos.

—No sé cómo la aguantas.

—Yo sí —sonrió Janie con cara traviesa.

—Es insoportable y una ladrona.

—Puede ser, Bupple, pero si ella se fuese, no sé lo que haría yo.

—No se irá nunca, si le sigues regalando todo lo que se le antoja.

Nunca dará con una mina semejante.

—Los objetos, el dinero no son nada, ya sabes lo que pienso.

—Porque tú no tienes que ganarlo. No quiero hacerte reproches, Jane, pero vas a tener que ser más responsable. No sé cuanto tiempo nos queda aquí, yo no puedo ir detrás de ti pagándote las facturas y las de tus amigas. Tienes que empezar a hacer cuentas y a ahorrar.

—No seas vulgar, Bupple.

—¿Qué tal la fiesta de Aquino, por cierto?

—Estuve toda la noche en el jardín escuchando los cuentos de un pescador jovencito que ayudaba con el servicio. Guapo, te hubiese gustado. Buena planta.

—Solo tú eres capaz de escapar de la mayor reunión de sinvergüenzas de la ciudad para relacionarte con un *hawatt*. ¿Y qué te contó el *hawatt*?

—Que tenía una corneja que le hablaba y que le concedía todos sus deseos.

—¿Y qué deseo le concedió?

—Le concedió trabajar y le concedió fumar y le concedió que le escuchasen. Parece que todos lo escuchan, eso sí que es bueno. Yo, desde luego, tuve que escucharle.

—No es un mal don.

—Robó para mí una botella de ginebra y nos la bebimos los dos sentados en el suelo bajo la Datura.

—Ojo. La Datura es venenosa.

—Pues estuvimos bajo la Datura hablando de su corneja y me contó un montón de cuentos guarros de hachisinos. En uno, un hachisino sodomizaba a un sultán para curarlo de sus almorranas y todo terminaba de la mejor de las maneras. A mí, pobrecilla, modesta como soy, solo se me ocurrió venirle con la historia del club de los hachisinos de París, al que pertenecieron Víctor Hugo y Zola y Nerval y Dumas, y la verdad es que al pescador le importó un pepino. ¡No conocía a ninguno de esos fulanos! ¡El chaval es iletrado! Fue genial.

—Y la jovencita Oliver.

—Carne joven para la tragedia, me parece.

—Pero ¿por qué dices eso, si es inofensiva?

—Los ojos le hacían chiribitas en ese rostro suyo tan vulgar.

—Es escritora, como tú, ¿sabes? Tuvo un gran éxito en su país hace unos años. Ganó un premio importante y se convirtió en una personalidad.

—No la envidio, si es escritora como yo.

XII

ESTA SEMANA HE ESTADO EN LA PLAYA TODOS

proclamó Carmen, orgullosa de su bronceado de *masibia*.

En la terraza del hotel Rembrandt, al anochecer, circulaban los cócteles como fichas de dominó. Carmen no había visto en su vida un hotel más lúgubre que aquel. Estaba mal iluminado y las truculentas imitaciones del pintor flamenco colgadas en las zonas comunes metían miedo. La piscina parecía turbia y boleros histéricos resonaban desde un *pick-up* escondido en un rincón. Pero los *habitués* eran felices. En la barra del bar, una sirvienta andaluza, vestida con ropa muy ceñida y maquillada como un coche, intercambiaba melindres con un policía. Aquella parte de la ciudad resultaba todavía más sórdida que la zona vieja: llena de hoteles alfombrados de marrón, casas de comidas y *buats* de alterne. Carmen había dejado a Oliver discutiendo de política con un par de individuos que decían ser duques o lores, en otro lugar, en otro tiempo, pero que tenían un aspecto bien corriente.

—En Tánger, las celebridades pierden su lustre mientras los seres vulgares se vuelven fascinantes —decía Charlotte—. Te asombraría ver cuántos ricachos corren aquí detrás de los mendigos.

Era raro, se sentía ligera. Herbert la había llevado en varias ocasiones al *Country club*, para montar a caballo, y al *Oncle Tom Beach club*, a tomar el sol. Colgada de las pendientes de Malabata, se había paseado en bikini, apreciando el cuerpo escultural de varios bañistas locales que acompañaban a europeos.

—Estos tienen peligro —le advirtió él—. Se miran pero no se tocan. Fíate de mí, *mon chou*.

—Pero, ¿cómo se te ocurre? Yo no soy de esas.

—Nadie es de esas, hasta que se vuelve de esas ¿no crees?

Ahora en la piscina del Rembrandt, viendo caer la noche, frente a la costa de España, Emilio se enzarzó en una larga explicación sobre la calidad de las sedas y los brocados con Aliñe de Toledo mientras Charlotte coqueteaba con Mehdi Benassar. Aliñe lucía un turbante con un topacio en medio de la frente. Mehdi agitaba un abanico del tamaño de un ramo de flores y no ahorraba en ademanes para hacerse el interesante.

—¿Supongo que no sabes la última?

—Siempre hay una última, parece.

—Esta sí que es buena.

—No sé de que me hablas, Mehdi.

—¿Sabes quién ha vuelto?

—Pues no sé.

—El sainete continúa. Ahmed.

—¿Cómo lo sabes?

—Un pajarito lo vio ayer en casa del pintor inglés, en la casba. Luego estuvo con él en el Dean's bar, hasta altas horas. Ya sabes que el pintor inglés se mata poco a poco allí, se va matando, delante del pianista ese al que viene persiguiendo desde quien sabe donde.

—¿Y Paul lo sabe? ¿que Ahmed ha vuelto?

—No tengo ni idea. Pero tendrá que empezar a tragar sapos. Ese tipo no es trigo limpio, ya te lo dije.

—Ahmed es fantasioso y genial y, además, es muy guapo.

—Ay, qué ingenuos sois los *nesranis*. Tú también, Charlie. ¿Se lo dices tú a Paul o se lo digo yo?

Charlotte miró a la barra donde el Americano, visiblemente abatido, escuchaba alguna historia. Aquel era un chico nuevo, a quien habían contratado para recoger las mesas, para lavar los platos, para apilar botellas. Vendría de Archaoui o El Manzla. Quizás le

contase cómo llegó un día de primavera, hace dos meses, a la estación de autobuses en la plaza de España, cómo venía huyendo del hambre y cómo la ciudad, ese día, se le antojó negra y brillante, negra como el campo de noche, pero brillante, chisporroteante, también por la luz de los neones, dijo. Y ruidosa, todos cantaban y bailaban, le pareció. Y, le dijo, porque no todos los saben, y alguien puede llegar a pensar que no es así, que vivir en las calles tiene también su parte buena. El aire es distinto para quien vive en las calles, más fresco cuando hace frío, cierto. Pero aún ahora le gusta salir después de cerrar y sentarse un poco en el Paseo de los perezosos, entre los dos cañones, y adivinar donde se cocinan *mechouis* y donde tocan los *gnawas*. Además la gente del campo, como él, tiene siempre querencia de espacio y necesita aire. Él se quedaría a vivir en la calle si pudiera. En la calle se ven los fuegos y las luces a lo lejos. Sabe también que después vendrá el invierno y la ciudad será más inhóspita, pero no le importa porque nada hay más duro que Archaoui o El Manzla y él no piensa volver allá nunca.

XIII

PERO LAS COSAS NO SON NI BUENAS NI MALAS. CAEN por su peso. Ocurren porque tienen que ocurrir. El tiempo va poniéndolas en su sitio. Aquella noche el Americano bebió poco, fumó un par de cigarrillos, habló con un periodista español muy amistoso sobre Sara Montiel y Lola Flores —él prefería francamente a La Chunga—, escuchó historias sobre los poetas americanos que empezaban a invadir el barrio español y se sentó muy cansado en una tumbona de la terraza. A Emilio le dijo, cuando se acercó, que la gente se le antojaba de pronto digna de lástima, tan frágil en sus oropeles, adornada de *ragots*. El otro trató de distraerlo pero no lo consiguió.

Él recordó aquel cuento que le había contado Ahmed, una de esas historietas alucinadas donde un hombre tiene como mejores amigos a un gato y a un pájaro, que hablan con él y lo aconsejan. Y el hombre sueña un sueño incomprensible y era que un pez grande se comía a un pez pequeño y el hombre buscaba a sus amigos para preguntarles por el significado del sueño pero solo acudía el gato. Y el hombre le pregunta al gato y el gato le dice que no sabe qué quiere decir el sueño y le dice: pregúntale al pájaro que seguro que lo sabe. Buscaron al pájaro pero no lo encontraron: había desaparecido. Y el gato dijo: vamos a esperarlo al menos dos, tres meses. Si no vuelve es que estará muerto. Y lo esperaron y el pájaro no volvió. Y el gato fue a buscarlo por la tierra. Y el gato no volvió. Paul miró a su alrededor. La española en la barra besaba al guardia, acariciándole el cogote con una mano llena de sortijas. Se oía música de Dalida.

Profunda, honda, habaneante. Hablaba de un legionario tatuado que no volvía nunca. Al fondo, Massimo y una rusa bailaban agarrados.

Emilio lo perdió de vista, absorto como estaba en explicarle a Angel Vázquez cosas que les interesaban solo a ellos. Hablaron aquella noche de en qué consistía la escritura automática de Soupault y compañía. Ángel miraba siempre perplejo al otro, en su profunda inteligencia. Le prometió que lo aplicaría a la voz de su próximo personaje «Aunque *pa* mí es lo que hago yo siempre, en el fondo es lo más fácil».

El Americano se fue pronto. Dijo luego que las fiestas empezaban a resultarle tediosas, que estaba empezando a hacerse viejo. Supongo que volvió caminando, que se demoró delante de los escaparates de las tiendas, descifrando los carteles españoles y franceses. Un barrendero confundido se pelearía con la basura delante del mercado.

—Salam aleecum, míster —le saludó.

Se hubiese quedado caminando toda la noche pero no lo hizo. Y nadie tuvo que explicarle nada, nadie tuvo que advertirle, porque cuando abrió la puerta de su casa, se encontró a Ahmed sentado encima del sofá. Ahmed había oído sus pasos y la llave, pero ni siquiera levantó la cabeza, ocupado como estaba en limpiar su flauta, con un pañuelo, a la luz de una vela. Emitía de vez en cuando algunos silbidos, hasta que la encontró perfecta:

—Limpiar una de estas flautas es como limpiar una pistola.

El Americano se sentó frente a él. Recordaba la primera vez que lo había visto, cuando el chico era solo un adolescente, y cómo se había quedado fascinado por su incultura. Parecía pertenecer a otra época. Un adolescente perfecto del siglo X. La gente murmuraba por ahí, decían que hubiese tenido que enseñarle a leer y a escribir, pero no se daban cuenta de que destruir su analfabetismo hubiese sido igual a destruirlo a él por completo:

—¿Sigues enfadado conmigo?

Ahmed lo miró con picardía:

—La vida es muy corta para ser rencoroso.

—¿Qué quieres hacer?

—Pintar. Solo quiero pintar.

—Puedes hacer lo que quieras. Quédate aquí o vete al estudio.

Ahmed repuso con sencillez:

—Me quedaré aquí.

El Americano respiró.

—¿Sabes que Frank me está enseñando a pintar al óleo? Me ha traído pigmentos de Londres. Es un buen tipo.

El Americano creyó comprender:

—Siempre me tendrás, ya lo sabes. Te hemos echado de menos, Janie y yo. Bueno, más yo que Janie.

—Jane estuvo mandándome dinero, me dijo que tenía miedo por mí. No quería que hiciese tonterías, dijo.

—No lo sabía. —Y el Americano y Ahmed se acostaron juntos en la cama grande—. ¿Cómo terminaba la historia del hombre que tenía por mejores amigos a un gato y a un pájaro?

—El gato se fue a buscar al pájaro y descubrió que el pájaro se había casado muy lejos de allí con una hembra muy vieja y muy fea. Luego regresaron todos a ver al hombre que en su ausencia se puso enfermo y casi muere.

Paul lo abrazó muy fuerte. No había olvidado el calor de aquel cuerpo joven y bello. Ahmed se quedó dormido, entre sus brazos. Los dos se querían, de distinta manera, pero se querían, y en ese momento preciso fueron felices.

XIV

EL *PETIT TAXI* HABÍA ATRAVESADO LAS CALLES DEL Mers

dando tumbos. Carmen también tuvo la impresión de que los asientos de escay estaban pegajosos.

—Lo están —repuso Oliver con la vista fija en la *main de fatma* y los abalorios que colgaban del espejo retrovisor—. Pero en general estos taxis son seguros. —Carmen percibió que la mirada del conductor se fijaba en su apariencia con una mezcla de rencor y desapego. La vivienda de sus amigos estaba situada frente al consulado español, no muy lejos del bulevar Pasteur, en un edificio monumental que parecía un trasatlántico.

—Desafortunadamente pronto tendremos que mudarnos —aclaró el Americano estrechando la mano de los recién llegados—, demasiado caro y hemos tenido muchos gastos en los últimos tiempos —hizo un gesto que daba a entender que más valía no abundar en el asunto.

—Hola —se sorprendió Carmen, al reconocer a la señora coja que había vaticinado que todo lo que pudiera ir mal iría mal. Estrechó su mano—. Creo que ya nos conocemos ¿verdad?

—Jane, cuánto tiempo sin verte —Oliver le dio dos besos. Antonio consideraba que Janie era una excéntrica y Janie pensaba que Oliver era un patán y, quizás por eso, se apreciaban—. Si mal no recuerdo, la última vez que te vi, aceptabas la proposición de matrimonio del honorable Herbert.

—No hay que hacerle caso —rio ella—. David se me declara

cada vez que Paul coge la gripe, tiene miedo de que me quede sola en esta vida.

—Pues es un buen partido, yo de ti no le daría largas.

—Fue en casa de los Mac Bey, creo recordar —aventuró Oliver —. Había unos músicos espantosos que tocaban el *oud*, repitiendo siempre las misma notas, y Margaret obligó a todos los caballeros invitados a llevar *fesi*.

—Yo esas veladas alcoholizadas de la montañita las recuerdo a medias. A menos que un cronista me las cuente luego y Paul está cada vez más reservado. Paul, sírveles a estos señores un cóctel. ¿*Gin-tonic*? ¿Ginfizz? ¿Un Martini? Para mí que sea un Martini. —Cogió a Carmen del brazo y se la llevó al sofá. La estancia era una mezcla de salón burgués y refugio alpino.

—Ahora salimos mucho menos. Yo trabajo por las noches y Janie dice siempre que no tiene nada que ponerse.

—Y es cierto.

Varios tapices, sujetos con clavos, decoraban las paredes. Había algunos cuadros, «de amigos en general», aclaró el Americano, estanterías llenas de libros, un piano y varios instrumentos musicales de orígenes diversos.

—Ves, yo también tengo un *oud* —dijo el Americano— y lo toco algo. Me sirve más que nada para componer. Mi sueño es poder componer música andalusí aunque me faltan conocimientos, claro. Hago cosas. —Jane puso los ojos en blanco.

—¿Y qué tal tu experiencia de la ciudad, Carmen? ¿Ya le has cogido la medida?

—La gente, muy agradable.

—Ha hecho muy buenas migas con Mássimo y Charlotte.

Todos, hasta Ahmed y Cherifa, sonrieron.

—Excelente —dijo Paul.

—¿Qué mejor? —añadió Janie.

Oliver y Paul siguieron a Ahmed hasta la estancia donde

pintaba:

—Tengo también un taller en Mendubía pero al final pinto más aquí —detuvo a Oliver que iba a levantar una sábana—. No, los que están empezados prefiero que no los miréis. Trae mala suerte — varios lienzos estaban vueltos contra la pared.

La coja aprovechó la distancia de los otros para cruzar algunas palabras con Carmen.

—Menudo plomazo lo del otro día. No puedes saber cómo me aburren esas fiestas cursis —encendió un Bisonte—. Aunque tampoco podría pasarme sin ellas, la verdad.

Cherifa, desde el suelo, le dedicaba a Carmen todo tipo de muecas desagradables, mientras exhibía sus dientes de oro.

—Si fuese por Cherifa me quedaría encerrada en casa todo el día, calcetando. —A Carmen le pareció que Cherifa actuaba como un perro guardián, defendiendo su territorio—. Ya sé que escribes —cuchicheó Jane en su oído.

—Escribí una vez un libro.

—Escribir es difícil. Aunque algunos parece que escriben al dictado.

—Exactamente. Estoy empezando a odiarlo.

—Bueno, yo solo te digo, y te lo dice una lesbiana coja y judía, que no dejes que te escamoteen la noche. La noche no es siempre lo más bonito pero sí lo más interesante.

—He salido de noche —protestó Carmen—. No me quedo en casa rezando y bordando, como crees. Soy española pero no soy tonta.

—Querida mía, has ido al Rembrandt y no sé a cuantos otros sitios inofensivos. La noche es otra cosa. La noche es cuando uno no sabe qué puede ocurrir.

—¿Pero por qué querría yo correr peligro?

—Eso es lo que tienes que descubrir —iba a seguir hablando, pero Cherifa empezó a tirarle de la manga y los hombres volvieron y la velada tomó otro cariz más previsible.

En el taxi de vuelta, Oliver cogió a su mujer de la mano. Quizás para reconfortarla, o para hacerla regresar a la realidad. Las calles afuera estaban mal iluminadas pero llenas de gente. Hombres en chilaba conducían motocicletas con pericia. Algunos llevaban hasta dos niños de paquete, y pitaban y daban acelerones. Camiones llenos de grano o de tomates colapsaban las avenidas. Los vendedores de garbanzos, de zumos de naranja y de higos chumbos hacían su agosto: unos vendían pequeños cucuruchos espolvoreados de comino; otros llenaban las esquinas ofreciendo frutas y verduras, platos, cazuelas de terracota, coladores y escobas, extendían pañuelos y caftanes por el suelo; regateaban con mujeres agarradas del ganchete, que parecían despiadadas e invencibles.

—Es una alcohólica, no sé qué te habrá dicho, pero no le hagas ni caso. La pobre cada vez está más trastornada.

—Y ¿quién es esa mujer? ¿Cherifa?

—Un disparate. Paul le cedió la propiedad de su casa de la place Amrah en la casba el año pasado.

—¿Por qué?

—Janie se lo pidió.

—¿Por qué?

—No lo sé, Carmen. —Oliver le apretó la mano.

—No entiendo cómo pueden vivir así.

—Ella es escritora, pero de esos escritores que no escriben. Publicó un solo libro, tiempo ha, creo que no era bueno. A nadie le gustó. Eso la consume por dentro.

—Como a mí, entonces —rumió Carmen—. ¿Y él?

—Él es músico. Es conocido. Y tiene más cabeza. Hace unos años publicó un par de novelas, y una de ellas fue un gran éxito.

—Pues no creo que a ella le haya hecho mucha gracia.

—Lo peor es que la novela trataba de la autodestrucción de una pareja, eso es lo que ella llevó peor, creo. Le pareció una especie de vaticinio funesto. Claro, todo el mundo interpretó que eran ellos.

La ciudad parecía en plena ebullición aquella noche de jueves.

Carmen hubiese querido pasear un poco con su marido. No había encontrado todavía un momento para hablarle de Luis, para revelarle la verdadera intención de su viaje y se sentía sucia, mentirosa. ¿Aceptaría él tramitar la nulidad? Pero Oliver parecía cansado de ella, e insistió en dejarla en casa.

—Pídele a Fatuma que te haga una luisa y acuéstate, mañana iremos a Ashilá a almorzar. Intentaré escaparme de la redacción pronto.

La dejó en el portal como quien arroja un paquete, sin esperar a que abriese el portón. El cielo estaba atestado de gaviotas que chillaban y volvía a oírse el ruido de los tambores. Paul le hubiese explicado si eran músicos *chaabi, gnawa* o *majun*, seguro que él era capaz de distinguir a quien pertenecían aquellos acordes espasmódicos y quizás de explicarle los ritos a los que estaban sujetos. Subir las escaleras fue un poco darse por vencida. Eso iba pensando ella. Era como si se estuviese sepultando en un agujero mientras a su alrededor explotaban los fuegos de artificio. Oliver no le había dicho a donde iba, ni ella se lo había preguntado. Quizás fuese a fumar por las terrazas o a beber. Ella empezaba a verlo como lo que era, un tipo mezquino que solo pensaba en sí mismo.

Y, entonces, se encontró sola en la casa vacía, con una anciana bereber que la miraba desde el fregadero, musitando letanías turbias, y decidió que iba a salir. Iria a dar un paseo hasta el Zoco Chico, donde dicen que por la noche hay tanto ambiente como en Manhattan. Estaba segura de que, allí, se encontraría con esos poetas americanos que están en todas partes, con duques y condes ingleses, con estrellas de cine, con princesas manirrotas. Todos decían que el Zoco Chico era el escenario más exótico del mundo. Iria al café Central o al Tingis, ese que había inspirado la escenografía de una película de Tennessee Williams, ya no recordaba cual. Se puso un gorro de lana y un jersey. La anciana la contemplaba sin hablar. Carmen cerró la puerta tras de sí con un golpe seco.

En ese momento, como una bofetada, regresó a ella el recuerdo de sus hijos, profundamente dormidos en la casa de Madrid, tapados por las sábanas almidonadas y frescas, soñando con ovejitas. O peor, soñando con la muerte. Los niños sueñan a menudo con su propia muerte o con la muerte de sus padres, y se levantan en llanto llamando a los mayores. Apartó de su cabeza aquella escena y regresó al presente. La casba en aquel punto estaba como entregada al Atlántico, cerca de las murallas. Se asomó: detrás, grupos de campesinos encendían fogatas y cantaban esos cánticos entre satánicos y místicos. Vio cómo un par de ellos bailaban mientras movían la cabeza de manera circular. Siguió la amplia curva que lleva a la plaza Amrah. Y luego siguió bajando. En las esquinas, individuos solos, encapuchados, la miraron pasar sin expresar el más mínimo interés. Se cruzó con un grupo de turistas alemanes, dos mujeres gruesas y un hombre muy menudo. Ser extranjero en aquella ciudad era una vulgaridad. Deseó que la creyesen tangerina. Levantó el rostro arrogante bajo el *tarbush*.

El camino le pareció largo y oscuro. La casba está unida a la Medina por un entramado de callejuelas estrechas de puertas y ventanas selladas. Gatos negros la sobresaltaron maullando contra sus piernas: cruzaban detrás de un roedor. Luego notó la primera presencia amenazante: oyó bisbiseos y palabras en español:

—Señorita, eh, señorita, ¿qué quieres? ¿Hierba? ¿Chico? ¿Chica?

Carmen sintió que quizás había cometido un error saliendo sola. Solo un cierto tipo de mujer sale de noche, había oído. Las mujeres que entraban en los cafés eran siempre malas, había oído. Pero siguió andando. Ya encontraría a alguien. Seguro que sí. No tenía más que seguir adelante. Varios tipos la acosaron melosos y le pareció que la tocaban con sus manos y luego la dejaban ir como quien deja escapar el agua que no puede retener:

—Señorita, me estás matando, señorita.

Y las luces, al fin, iban haciéndose más visibles, estaba llegando hasta la hondonada cerca del puerto donde se abre el Zoco Chico, con pensiones y bares preñados de terrazas. Desde algunas tiendas abiertas la llamaron. Le ofrecieron tapices, zapatillas, ámbar, abalorios:

—No —iba deshaciéndose de las voces—. *La, chokran*.

No corría ningún peligro. Se dijo que tenía que respirar fuerte y disfrutar de aquel momento de libertad. Pensó en Madrid y en Santander y su recuerdo blanco, casi aséptico, sirvió para tranquilizarla por completo.

Cientos de ojos la seguían pero ella los rehuyó a todos con determinación. Nadie puede hacerte prisionera si no le devuelves la mirada. Y se sentó, desplomándose, con alivio, en una mesa libre del café Tingis. Pero las cosas no iban a resultar tan fáciles. El mantra de la coja resonó en su memoria: «si algo puede salir mal, saldrá mal». Casi como por ensalmo, un viejo que chapurreaba español y muy poquito inglés se sentó a su lado. Y enseguida, se puso a ahuyentar a los mirones, como si ella estuviese bajo su protección y por ende le perteneciese:

—No quiere *nothing*, rien, niente. Deja a la señorita, asno. Vete a tu casa, tonto. ¿No ves que la señorita quiere estar tranquila?

Ya estaba: había caído presa de un loco. Mientras el otro liaba un cigarrillo, ella pidió un té. Él gesticulaba, hablando con sus vecinos de la mesa contigua. Carmen vio que tenía un brazo tatuado con un barco y el otro con el escudo nacional dentro de un águila. Al notar su interés, él se abrió la camisa y le enseñó otro tatuaje sobre el pecho con la efigie un tanto deformada del general Franco.

—Soldado español —dijo con fuerte acento magrebí.

Y entonces ella se dio cuenta de que ya no estaba cumpliendo con su regla de oro. Lo había mirado no solo a la cara —reseca y arrugada como un mapa— sino a los ojos: uno de un azul desvaído, y el otro azul penetrante muy irónico:

—Guapa: ¿qué haces aquí sola? ¿Turismo? ¿Y tu marido dónde lo dejaste?

Antes de contestar, Carmen trató de recordar cual había sido su plan primero. Había venido al Zoco Chico a buscar condes, duquesas, actrices de incógnito. Pero a su alrededor solo había hombres vestidos con cazadoras negras, algunos con chilabas, todos con la mirada baja, reconcentrada. Algunos iban muy fumados, otros estaban absortos jugando al *parchisi*, el equivalente marroquí del famoso juego de mesa. A veces, no siempre, discutían.

Solo de vez en cuando un grupo de mujeres iba pasando con un niño en brazos, embozadas. Sí, en la barra, al fondo del Tingis, dos mujeres cubiertas hasta los pies, pero con el pelo teñido suelto y maquillaje imaginativo, se pavoneaban. Pedían cerveza ante la aprobación del camarero. Un cliente bromeaba con ellas, llamándolas por su nombre: Habiba o Rachida o Marisol.

Carmen echó de menos los grupos ruidosos de turistas y se puso a rezar para que apareciese algún compatriota en pantalón corto de tergal. Miró a un lado y a otro, mientras su acompañante se empeñaba en enseñarle un carné vagamente español que informaba de su relación con el ejército. Luego, le enseñó una mano con dos dedos de menos y le habló de un cuscús venenoso que —ella creyó entender— le había dado su segunda mujer, huyendo de la cual, se había visto obligado a dejar su ciudad de origen —Tetuán— durante muchos años:

—Muy malito estuve. Es mejor casarse con mujer fea que con guapa. Te digo por qué —Carmen trató de hacer que no entendía —. Yo marché a trabajar a Ceuta. Robé un alijo de un barco y me compré botecito y luego ahorré y ahorré hasta que tuve bastante dinero para volver a mi pueblo y casarme con la muchacha que yo quería, que era la más bonita del pueblo. Y nos casamos y yo trabajé mucho porque ella quería mucho dinero y, por eso, yo estaba mucho fuera, pero luego supe que ella me engañaba, y, entonces, cuando

volví, una noche, le di de beber y de beber y la emborraché y le corté la cara con navaja que había afilado antes mucho y que recuerdo que hacía ruido como de cantar cuando la afilaba y fui y le hice unos cortes muy profundos y luego se los rellené de tinta negra y luego me marché y ya no volví.

—¿Cómo?

Carmen se revolvió en el asiento.

—Después me casé con una fea y el negocio no me salió tan bien, porque la fea me dio el cuscús malo. Pero no me engañó, eso sí que no. Dios es grande.

Carmen miraba a un lado y a otro: buscaba alguien a quien aferrarse. Y entonces vio a un tipo de completo oscuro. Su abrigo colgaba desde la silla hasta el pavimento sucio. Las gafas de culo de vaso lo hacían parecer un vendedor de seguros o un espía. Lo oyó hablar en inglés con el limpiabotas que le estaba lustrando los botines. Ella, con el instinto que confiere el miedo, supo que aquel hombre era americano. Se levantó y se acercó a él:

—¿Puedo sentarme?

—*You are welcome*, jovencita. —El tipo tenía voz de locutor de radio pero su lengua se movía de manera muy extraña, como si estuviese mascando caramelos.

—Estoy sola y ese señor…

El americano emitió una larga explicación de la que ella retuvo la mitad:

—… *WeilIsham is not the big thing. Can get a bitpreposterous sometimes*…

El limpiabotas estuvo de acuerdo y añadió en una mezcla de español y aljamía:

—Escuche a Bill. Los moros somos ladradores pero poco mordedores. Ese desgraciado fue a la guerra y regresó tarumba. Fue Franco quien lo volvió loco. De esos aquí hay muchos.

—No debería decir esas cosas, le pueden oír —corrigió Carmen.

El limpiabotas siguió lustrando sin quitarle la razón.

—¿A qué se dedica, Bill? —preguntó Carmen, sin saber si estaba haciendo la pregunta adecuada. En aquella ciudad una nunca sabía.

—Y usted —repuso Bill—, ¿a qué se dedica?

Carmen, perpleja, buscó una solución de compromiso:

—Estoy de viaje. Vengo de Madrid. No me quedaré mucho.

—Yo de usted, ya que ha conseguido salir, no volvería.

Carmen no se ofendió. Iba a tener que quedarse con aquel americano a falta de otro mejor y se propuso llevarse bien con él.

—¿Si lleva tiempo en la ciudad conocerá de seguro a Charlotte Aquino, a Emilio, a Antonio Oliver?

—Bueno, la verdad es que mi territorio termina en el Zoco de Afuera, nunca me aventuro más allá.

—¿Y eso?

—Pues porque no me mezclo con la colonia en general. Me gustan más los locales. Y la verdad es que los expatriados no quieren de mí. Soy algo parecido a un indeseable —sonrió.

El limpiabotas iba untando lentamente los zapatos ele Bill con mondas de naranja. Carmen pensó que estaba haciendo tiempo.

—¿Y qué me decías que estabas haciendo en Tánger, *dear*? —preguntó Bill.

—Estoy de paso.

—Yo también, pero yo soy, como quien dice, un fugitivo.

—¿Fugitivo?

Hablaba muy rápido.

—Ahora me quieren encarcelar, no los culpo. Parece lógico. Porque maté a mi mujer de un tiro. Estábamos en México, y allí todo resulta siempre muy confuso. Si has pasado por allí, ya lo sabrás. Pero, en mi caso, fue accidental, estábamos bebidos y jugábamos a Guillermo Tell. —Se detuvo—: Bueno, esa no es la única razón por la que estoy aquí, seamos sinceros: también me gustan los psicotrópicos y soy un franco aficionado a la sodomía. Y Tánger es la ciudad ideal para explorar mis aficiones sin trabas. Y con poco gasto pecuniario, además. —Carmen quedó espeluznada —. Y hay variedad en los dos campos.

El limpiabotas asintió con gesto complacido.

—Y tú, *sweetie*, ¿qué planes tienes para esta noche? ¿Nos comemos un *majoun*?, ¿sí? Pero, en ese caso, creo que sería mejor que vinieses a mis aposentos. Tengo unos amigos pachucos que pasarán luego. Todo está manga por hombro pero tengo pan y algo de embutido y una botella de *bourbon*. O dos.

»También hay otra posibilidad, que es ir a ver una sesión de trance *jajouka* o verse una peli. Te cobran nada, 10 pesetas. Hoy estás de suerte pues he recibido mi asignación desde Misuri —se rio enseñando unos dientes muy feos—. No es moco de pavo. Pero, aún así, nunca llego a fin de mes. Tengo muchos gastos.

—¿Una película?

—Son proyecciones subidas de tono y las hacen en una casa de por aquí. La calidad no es excelente… Sacan una sábana y ponen una de chicos o, también puede ser una de monjas y curas, son pelis guarras dedicadas a las dos grandes clientelas de la ciudad: las locas y los españoles. Cómo ves he hecho un estudio de mercado. Es una experiencia. Turística, como quien dice.

Carmen rebuscaba en su cabeza un plan b. Pidió otro té. Algún compatriota tendría que pasar por allí, ¿o estaban todos en casa? Se levantó a tontas y a locas. Afortunadamente, en su camino hacia el baño en el fondo del local, entre una pléyade de marroquíes descalzos, repantingados en los sofás, se encontró con el coronel Aquino que fumaba sonriente.

Bertie pensó: «Si mal no me equivoco, esta mujer está sola».

—Ven, siéntate con nosotros, querida.

Y Carmen vio la mirada mate del chico que lo acompañaba. Mohamed se hizo a un lado, dejándole un sitio.

—Por favor, Bertie, le ruego que no le diga nada a mi marido.

Bertie asintió.

—Por favor —suplicó la mujer—. No le digas nada a Oliver. Me mataría.

—Descuida.

—¿Y tú qué haces aquí, Bertie? ¿No es este un sitio muy indígena para tus gustos?

—Estoy festejando.

—¿Qué festejas?

—Festejo el hundimiento del Tánger de nuestra juventud e inauguro el luto por nuestro regreso a Francia.

—¿Os vais a ir? ¿Lo sabe tu mujer?

Bertie dio una fuerte calada.

—No lo sabe, porque ninguno lo sabemos. Pero se huele en el aire. Empieza la caza de brujas.

—Mucha gente se quedará.

—Pero no sé si será lo mismo. Más vale levantarse de la mesa cuando la cena se acaba, ¿no te parece? Momo, vete a buscamos unos bocadillos al puesto de enfrente —pidió entonces, llamando a un chavalito descalzo.

—Descuida, coronel, voy yo —se ofreció Mohamed.

Y esperaron, en silencio, hasta que regresó con los bocadillos de salchichas. Luego comieron los tres recostados sobre el diván.

—¿Sabes que dicen que ese tipo, Bill, con el que hablabas, es el hombre más inteligente de América?

Carmen respondió escéptica:

—Es un pobre loco.

—También puede ser.

Y Bertie empezó a hablarle del estado de duermevela, aquel en el que se encuentran todos los vivos, aquí, allá, y en todas partes. Le contó que algunos decían que las drogas despiertan, otros que terminan con la poca lucidez que nos queda y que nos enfundan en un sepulcro, en donde nos encontramos atados de pies y manos como las momias.

—¿Y tú qué dices?

—Yo digo que tienes que irte a dormir, antes de que tu marido regrese y no te encuentre.

Carmen se levantó precipitadamente y se dejó acompañar por sus amigos a través de las calles del barrio antiguo hasta la puerta del

océano.

XV

AL DÍA SIGUIENTE, FUE CHARLOTTE QUIEN LA VINO a buscar. La acompañaba su hija, protestona. Se sentaron en la sala hasta que Carmen hubo terminado de arreglarse:

—¿No está Antonio?

—En la redacción, chica. Casi no lo veo.

Charlotte iba vestida con primor y llevaba un sombrerito de paja muy distinguido:

—Vamos al sastre, venga. Tengo que probarme un par de trajes. Y a Sophie quiero encargarle un abrigo de mezclilla para la próxima temporada. Es un sastre buenísimo, ya lo verás. Está en ese edificio tan típico del *boulevard* Pasteur, el Acordeón, el que tiene ascensoristas con librea. ¿No has estado nunca? ¿No? Pues ahora vas a verlo.

Carmen no quiso pensar en la noche anterior. Se había lavado y vestido con cuidado y dejó ahora que Charlotte acunase su cansancio.

—Mi sastre es español, creo que comunista, como muchos de tus compatriotas que se vienen a vivir aquí. Aunque hay de todo, la verdad, los hay muy de derechas y muy de izquierdas. Los de derechas parecen sacados de un serial histórico de esos con picas y bayonetas. Hablan como si declamasen. —Y seguía—: Pobres españoles, muy buenos amantes —algunos—, y tan sentidos. No pongas esa cara, yo también fui joven. Conocí una vez a un banderillero… No te rías, Sophie, no fue lo que tú te imaginas, golfilla. Me mandaba postales recordándome un jerez que nos

habíamos tomado un día en el Villa de France. Todo perfectamente inofensivo. Yo también fui joven y no cómo tú, hija mía, que pareces una monja. De Carmen, ya ni hablo. Los banderilleros pasan mucho miedo, ¿lo sabías?

Y así hasta el infinito.

—¿Cómo van las cosas con Antonio? ¿Habéis llegado a un entendimiento? —le preguntó a Carmen en un momento en que Sophie no escuchaba.

Su amiga hizo un gesto dudoso:

—Los días van pasando y aún no le he dicho nada.

—Si no has dicho nada es porque no las tienes todas contigo, me temo. ¿Sabes algo de Luis?

—No, tampoco de mi hermana.

—El cuerpo de Correos aquí funciona de manera irregular: algunos días llega todo lo que esperas, otros se queda con tus cartas el empleado de tumo; los más te abren los paquetes y se comen los bombones.

—Y yo ¿qué hago? ¿Lo llamo?

—Yo de ti no haría nada.

—Yo a Antonio no lo quiero.

—Bueno eso es lo de menos. Deberías quedarte aquí, alquilar un piso y traerte a los niños. Si en Tánger hay unos colegios estupendos.

Descendieron del *petit taxi*, al lado de la librería de las Gerofi. El edificio Acordeón era señorial y opulento. Les abrió la puerta en el sexto piso un niño enclenque y de pelo ralo, que parecía muy tímido.

—Esperen, estamos con una señora —les dijo la mujer del sastre en español, con la boca llena de alfileres y un alfiletero sujeto al antebrazo. Se quedó mirando los pómulos prominentes y sin maquillar de Carmen, y la saludó con torpeza. El hijo de la casa la contemplaba también ruborizado.

—Nos honra su visita, doña Carmen. Es Carmen Aribau, una

escritora de mi país, muy conocida —cuchicheó la sastra.

—Viene a acompañarme y a ver si tiene algún antojo y le hace un encargo —intervino Charlotte, quitándose los guantes.

—No, no necesito nada —resolvió Carmen azorada. Le horrorizaba que la reconociesen.

—A la señora del coronel la vestimos desde siempre. Aunque usted tiene un estilo más sencillo —dijo la sastra examinando sus zapatos bajos y su falda midí.

Mientras Charlotte se probaba un par de modelos de calle y dos trajes de cóctel. Carmen iba dándole vueltas al asunto:

—¿Por qué no hablas con Antonio, tú que lo conoces bien?

—¿Para qué, querida?

—La verdad es que me da igual pero creo que tiene una amante. —Charlotte dio un respingo—. Nunca sé donde pasa las noches.

—Carmen, querida mía, por Dios, Antonio fuma, como Bertie, como todos. Estará en el Colón, en el Central, en el Buen Gusto, o extraviado en el jardín de las delicias, como decía el otro.

«Bertie», pensó Carmen, tragando saliva. No podía revelar nada, era como si hubiese entrado en una cofradía que le exigiese exclusividad y silencio. Recordó que ayer, cuando trataba de escapar de Bill, el coronel Aquino la había llamado agitando la mano. Tenía los ojos enrojecidos y una sonrisa apacible. Carmen no dudó un momento y se aposentó junto a él. Y junto a él se quedó hasta muy entrada la madrugada.

—Gracias a Dios.

Al lado de Bertie estaba aquel joven marroquí con aspecto de pasar mucha hambre. Vestía un jersey a rayas de lana que parecía no haberse quitado nunca. Era muy jovencito. El chico la saludó con delicadeza:

—Señora.

—Mohamed es un genio pero aún no ha podido demostrarlo.

—¿Por qué?

—Porque acaba de aprender a leer.

Y entonces Carmen había hablado sin medir sus palabras:

—Leer es muy vulgar.

Bertie, en vez de rebatir su *boutade*, la miró con pena:

—Algo más difícil entonces, Mohamed es un buen hombre.

Ella habló de nuevo: su voz resonó aguda, pretenciosa:

—Una amiga mía dice que no sabe lo que es un buen hombre. O más bien que no sabe si existe un buen hombre.

—Caray, te han bastado apenas cinco días para convertirte en una cínica.

Mohamed la miraba con asombro. Por eso cuando este le ofreció una calada de su *sebsi*, Carmen fumó con él. Muy poco, pues tenía miedo de irse por los aires.

Ahora, en el sastre, mirando por las ventanas que enmarcaban la llegada del ferri de Algeciras, se dijo que había que mantener el día y la noche bien separados, intentar que no se mezclen. Todos lo hacían así. A su lado, Sophie se veía desanimada y ausente. Su madre, que esperaba grandes cosas de su historia con Farid Mernassi, cuchicheó:

—Fíjate, un primo del rey, menudo partidazo y yo creo que es un chico estupendo. Lo tenemos en casa metido desde que Jean-Mich y él son niños. A ver si el legendario malhumor de Sophie desaparece y nos llevamos una sorpresa.

Le contó que hacían cosas juntos, los cuatro. No tenía miedo por ella, era una buena chica. Es verdad que ellos tomaban de todo, claro, estaban experimentando y todo eso, pero no creía que ella tomase nada. Era una chica lista. Se defendía. El pasado sábado la habían llevado con ellos al palacete de los Mernassi. Le contaron que habían dormido en el jardín bajo las estrellas.

—Fíjate qué romántico. El verano está hecho para disfrutarlo.

—Mamá, se ríen de mí, no hay más que eso.

—Cómo se van a reír, *petit chou*, a Farid le gustas. ¿No te pareció guapo, Carmen? Es un bellezón con esos ojos oscuros y esa piel de albaricoque.

—Mamá, ¡cualquiera diría que te gusta a ti! Cállate.

—Cuéntanos, ¿ayer qué hicisteis?

Carmen toqueteaba las muestras de villelas y de lanas frías, y miraba por la ventana. La modista, arrodillada, redondeaba el bajo de la falda de Charlotte mientras esta seguía cloqueando.

—Cuéntanos Sophie, ¿y hoy qué vais a hacer?

Sophie se sentó en la sala de espera y se puso a ojear de manera furiosa las revistas de cotilleos, resobadas y desgarradas por partes, y las revistas de figurines, algunas con páginas sueltas. Pensaba y pensó que, en el fondo, el verano estaba resultando más interesante de lo que había previsto. Ya la dejaban asistir a algunas fiestas, y por la mañana iba al Country club con alguna amiga. Otros días iba a la playa y nadaba en Merkala bajo el sol. En el fondo, su hermano y sus amigos eran solo la parte más vulgar de sus actividades. Había otras cosas que ocupaban su pensamiento, cosas que tenían que permanecer ocultas.

Al anochecer visitaba la cocina y miraba al intruso comer. No era más que un campesino famélico. Comía con una ansiedad que Sophie no había visto nunca. Ella, desde sus catorce años, lo consideraba con cierta superioridad.

—No soy un mendigo —le había advertido él, el primer día— soy estudiante.

Salma asentía con orgullo como si el chico fuese su hijo:

—Hay pocos como él, se lo aseguro.

—¿Pero no es mayor para estudiar? —El intruso parecía tener al menos veinte años y para ella era un hombre hecho y derecho.

—Aprendí a escribir hace dos años —sonrió el intruso con timidez.

—¿Quién te enseñó?

—Fue en la cárcel. Un compañero me enseñó.

—Es un buen chico. Su padre nos ha dicho que le demos de cenar, siempre que quiera. Nos escribe las cartas a todos. Para la familia. Tiene un estilo hermoso, muy buena caligrafía.

—¿Estuviste en la cárcel? ¿Y por qué? —La palabra cárcel resonaba en los oídos de Sophie con gran prestigio.

—Por la pobreza. ¿Quiénes cree, si no, que están en la cárcel?

Sophie miró sus manos y vio que estaban llenas de cortes y de callos:

—¿Los delincuentes?

—Los pobres —Salma confirmó agarrada al delantal.

—Pero…

—Pero ahora todo va a cambiar. Voy a ser profesor. La vida me será propicia. Estudio en Larache. Es verdad que es la escuela más repugnante del mundo. Somos como asnos o como burros. Cada día es una tortura, pero las letras van entrando y van entrando los números y vamos leyendo cosas por aquí y cosas por allá. A veces el contraste es brutal, vivimos en la mierda y nos hablan de belleza, pero, otras veces, hay autores que reflejan parte de lo que vivimos y que han sublimado toda esa miseria y la han convertido en algo. Todos tenemos piojos y nos peleamos por la comida. Yo, como no he obtenido beca de residencia, no tengo donde dormir. A veces duermo en la calle, pero en invierno hace mucho frío. A veces, nos refugiamos en muladares o en graneros. A veces me quedo dormido en la parte de atrás de un café. (Fumado y borracho, le faltó decir).

XVI

AQUELLA NOCHE, MOHAMED NO PASÓ A VISITAR AL Coronel. Dejó que la niña lo condujese a lo alto del torreón. Alguien había quitado las balaustradas y el viento del estrecho, el poniente, soplaba con mucha fuerza. A pesar de todo se sentaron dejando que las piernas colgasen en el aire. Enfrente, la costa española refulgía.

—Me pasaba las noches mirando a Málaga, cuando era niño. Lo único que queríamos, yo y mis compañeros, era escapar. Supongo que los niños del puerto lo seguirán haciendo. Nos sentábamos allá en las rocas, cerca de Hafa, y observábamos el ir y venir de los barcos con un deseo que no he vuelto a sentir nunca por nada.

—Al otro lado todo es igual.

—¿Sí?

—Casi peor.

Aún ahora Mohamed recuerda bien, que, cuando bajaron, la casona se le antojó llena de cuadros abstractos y de tapices de colores. Detrás de las vitrinas se apretaban lomos de cuero, con nombres de autores que él no había podido leer todavía pero que había oído mencionar y cuyos nombres relampagueaban ante sus ojos: Racine, Voltaire, Shakespeare, Dante. Fue en uno de esos momentos de exploración, delante de la biblioteca sobre la escalera del fondo, cuando se cruzaron con los otros. Venían de jugar al tenis o eso parecía. Llevaban pantalones cortos y polos Lacoste. Jean-Mich, con una botella de ginebra entre las manos, miró a

Mohamed. Se quedaron quietos unos instantes. Jean-Mich amenazante, Mohamed provocativo. Luego, Jean-Mich se dirigió a su hermana con sorna:

—¿Es amigo tuyo este *bougnoule*?

El rostro de Mohamed se tiñó de un color parecido al escarlata. Sophie lo cogió de la mano y tiró de él. No se dio cuenta, hasta mucho después, de que, en aquel momento, algo se había roto en algún lado.

XVII

LA LEYENDA CUENTA QUE HÉRCULES DESGARRÓ ÁFRICA DE Europa con sus dos manos creando el Estrecho de Gibraltar. Aquí se quedó a vivir después de derrotar a Aenteus, el marido de Tingis. Dicen que, a partir de las columnas de Hércules se abre el mar incógnito y después, quizás, los abismos y el vacío.

La playa estaba desierta pues era día de levante y los turistas habían preferido pasear por el centro o se habían refugiado en sus hoteles para leer el periódico. Paseaban por las grutas, mientras la arena alfileteaba sus piernas y sus brazos. La marea estaba baja y se podía ver la amplitud del mar y los volúmenes escavados en las rocas. Carmen trataba de imaginar.

—Los antiguos situaban en esta zona del norte de África el jardín de las Hespérides. Decían que por eso Hércules nunca quiso irse. Es y será siempre un lugar paradisíaco.

Carmen recogió un pedazo de madera retorcida con forma de pájaro:

—Mira. Una cigüeña.

—Pero yo añadiría que las costumbres son demasiado relajadas, en general. Y no quiero decir con eso que no me guste. A todos nos gusta. Tánger fue siempre un poco como un trasunto de Sodoma. Esa cacareada libertad de costumbres viene de siempre, no es un fenómeno contemporáneo. Los bereberes siempre han estado un poco locos. Y, antes del protectorado, los ingleses hicieron

verdaderas barbaridades aquí. Dicen que el gobernador inglés, en el XVIII, mantenía un harem numerosísimo, que dejó embarazada a la hermana de su mujer, que se dedicó a torturar y a asesinar a los locales y que su propia policía se empleaba más en extorsionar a los tangerinos que en protegerlos.

—Qué bonito —contestó Carmen con un escalofrío.

—Samuel Pepys, el comisionado, escribió sobre los abusos que tenían lugar entonces, bajo la sombra de una higuera en la casba. La higuera y los abusos permanecen.

—Y ¿ahora?

—Ahora Tánger sigue siendo un gran burdel. Por unos cuantos reales es posible disfrutar de cuántos niños o niñas prepúberes se te antojen —Carmen detuvo el paso—. Desde luego, esto no ocurriría si la sociedad local no fuese muy permisiva. Los marroquíes son tradicionalmente bisexuales y no suelen darle al sexo la importancia que nosotros les damos. Y todo ello sumado al trabajo infantil, que está muy extendido…

—Carmen lo miró con ojos velados, sin entender.

—Pero de esto no se habla, no lo comentes por ahí, no se lo digas a Antonio. Es un poco como el fardo de vergüenza que aquí llevamos todos en silencio. La vergüenza y la culpa.

»Pero eso no es todo, la lasitud del sistema, la permisividad de las leyes hace efecto llamada para toda la escoria de occidente. La mayor parte de los caballeros y las damas que ves en fiestas y reuniones sociales son evasores de impuestos, estafadores, criminales a la fuga, y, hasta hace poco, también espías.

—¿Espías?

—Bueno, durante la guerra las potencias extranjeras convivían en la zona internacional, y aprovechaban para observarse, vigilarse, se pagaban unos a otros por un mínimo retazo de información sobre los vecinos. Por eso la ciudad era una especie de tablero de ajedrez —o mejor de parchisi árabe— donde todos espiaban a todos, previo pago.

—Qué absurdo.

—Aquí todo es absurdo, y lo que no es absurdo es injusto. No me extraña que se haya acumulado tal nivel de tensión. Paul dice siempre que lo mejor de este país es que si eres extranjero y tienes una disputa con un marroquí, puedes estar seguro que, ante la policía, tú siempre llevarás la razón.

Carmen fue incapaz de reírse:

—Eso es horrible.

—Y así, como comprenderás, las cosas acaban por ser insostenibles. Nos vamos manteniendo. Pero ¿sabes que hace dos años, con la independencia de Marruecos, la turba sitió el palacio del Pachá —que por cierto ya había escapado a Málaga— y ejecutaron y descuartizaron a un servidor suyo y quemaron sus restos —en la avenida de España fue—, y que hubo viejas que se quedaron con tibias o rótulas del pobre hombre y pasearon con ellas por la ciudad clamando por la independencia y por el regreso del rey?

—Me estás asustando.

—Después las cosas se calmaron pero sigue creciendo la desconfianza, el deseo de instaurar leyes, de suprimir los abusos. Los extranjeros tienen miedo, y tienen razón de tenerlo, francamente.

Carmen estiró las piernas, se agachó y cogió una piedra plana con una forma semicircular que le pareció hermosa. Corrió. El honorable Herbert no trató de alcanzarla, llevaba una media sonrisa. Iba pensando. Carmen se sentó sobre la arena húmeda y lo esperó. Tiraba piedras al mar, pero casi todas se quedaban a medio camino. Herbert se sentó junto a ella.

—También tengo unos recuerdos geniales sobre este sitio, geniales y gamberros. Antes Truman Capote venía todos los veranos. Se quedaba en El Minzah o en el Villa de París, ya no sé. Era un tipo curioso, muy bajito, rubio, como un adulto en cuerpo de niño. Antojadizo. De repente le daba por ir al campo a coger margaritas y había que acompañarlo sin protestar. Otra cosa que hacía Truman, y que Paul no soportaba, era hablar de sí mismo todo

el tiempo, a la hora de las comidas. Recuerdo que hablaba de su obra como si fuese el único escritor a mil millas a la redonda, se quejaba de la incomprensión de la crítica, de sus bajos ingresos, de su sensibilidad maltratada por las masas, y Paul y Jane y Emilio lo miraban como si le fuesen a dar una bofetada. Pero Paul era demasiado educado y Jane, que había pasado un par de invierno con él en París, en un apartamento de la rue du Bac, lo protegía, y también le tiraba de las orejas, como si fuese su hermano pequeño medio tonto. A veces se metían en la cama juntos, bien tapados y leían a dos voces poemas de Worsdworth o de Shelley. Daba risa oírlos, parecían una pareja de estudiantes golfos. Supongo que lo eran.

Carmen escuchaba con ojos como platos.

—Fue aquí donde Cecil Beatón tuvo la brillante idea de organizar la fiesta de cumpleaños del novio de Truman, Jack Dumphy, que cumplía treinta y cinco. Aquello fue el acontecimiento de la década. Yo no estuve, pero me contaron que las grutas estaban alumbradas por antorchas, que solo se servían *majoun* y champán, y que la orquesta tocó hasta el amanecer mientras los invitados bailaban, se bañaban borrachos y se perdían luego en las grutas. Dicen que Truman montó un escándalo exigiendo que varios sirvientes marroquís lo transportasen en brazos pues tenía miedo de los escorpiones y que aquello fue una de las atracciones con más éxito de la velada, verlo dar grititos en andas por la arena.

—Me hubiese gustado verlo —suspiró Carmen.

—Tú entonces todavía llevabas trenzas.

Mientras paseaban por la playa, desde la carretera, el único vendedor ambulante que había desafiado a los elementos, con su sombrero puntiagudo sujeto con un cordel, vigilaba. Apoyado sobre el Mercedes blanco, conversaba con el taxista que los había traído y que los esperaba sin prisa alguna. Ambos seguían con la mirada a los dos nazarenos que se movían como monigotes azotados por la ventisca. Los miraban con franca incomprensión, con benevolencia,

a la vez que parloteaban de pesca, de precios, de dinero.

—Eso es muy caro —dijo uno mirando a la estola de piel abandonada sobre el asiento.

El otro asintió. Miraron a los dos nazarenos y vieron como la mujer abrazaba al hombre. El vendedor sonrió.

—Mira cómo la besa. Se ha muerto un asno.

—Estos *nesrani* son como peces que boquean fuera del agua.

—Como peces son.

El vendedor tendió un puñado de pistachos al taxista.

—Uno se pregunta cómo el vivir no se les escapa por la boca.

XVIII

AQUEL DÍA, EN UNA PENSIÓN DE LA RUE DU Mohamed fumaba echado sobre el colchón. Ahora que no tenía clase, se levantaba muy tarde y permanecía en la cama leyendo en calzoncillos. Le picaban los ojos de tanto leer. A veces se despertaba acompañado, otras veces solo. De la noche de ayer, no retenía casi nada, los bares de la zona nueva, las putas obsequiosas, la amistad que propicia el mucho kif. Era como una ensoñación dulzona. Miró sus bolsillos, le quedaba poco dinero, pero tenía la habitación pagada de antemano y en el café Central siempre le fiaban. Encontró una pepitas de kif envueltas en un pañuelo. Se asomó a la ventana y luego se afeitó ante el espejo hendido. Como siempre que no estaba completamente ebrio volvió a notar aquel dolor fuerte en el pecho. Había ido al médico y al *fqua* y los dos habían concordado: no era más que la tristeza de las privaciones pasadas.

Se enjugó la cara y se atusó el pelo con un peine húmedo. Debajo del colchón guardaba una chaqueta y una camisa. Se las puso, parecían recién planchadas. El vecino de arriba —un americano pobre, con hábitos extraños— daba golpes contra su puerta. A veces, Mohamed pensaba que estaba pegando tiros pero luego se reía, por lo improbable del asunto. Se lo había cruzado un par de veces y el americano lo había congratulado con una cortesía inédita, quitándose el sombrero. Mohamed bajó las escaleras, la vecina de abajo baldeaba el descansillo. Saludó. Llevaba en el bolsillo de la chaqueta un libro de poemas de Baudelaire. Salió y el

día lo recibió con un sol fuerte. Alguien en la calle lo llamaba. Lo conocían como a una especie de Licenciado Vidrieras, ese personaje de Cervantes que tiene miedo de romperse en mil añicos. El librero de enfrente le dejaba tomar prestados libros y él se paseaba siempre con tres o cuatro, que ojeaba, olisqueaba y abría al azar en las terrazas de los bares.

Callejeó un poco, necesitaba estirar las piernas. Se detuvo delante del burdel de Mamá Tiemponada, situado en uno de esos pasajes cubiertos que se enredan tras el Zoco Chico. No era el único del barrio, pero sí el más grande. Con todas las contraventanas cerradas a cal y canto, daba la impresión de que en él se realizaban rituales sagrados, ceremonias.

La niña nazarena no conocía el mercado de la rue d'Italie, ni el mercado de los sastres, ni el de los encurtidores. Le tenían prohibido penetrar en la Medina. Aquello a él le pareció increíble. Descubrir que existe gente con la mitad del mundo amputado. Como si la Medina fuese el lugar de la depravación, del mal, cuando solo era el lugar de la pobreza. Pero, bien es sabido que los ricos prefieren ignorar la pobreza. Era una niña extraña aquella *nesrania*, y se interesaba por él. Aunque quizás no fuese tan raro pues, para los *nesranis*, los que eran como él resultan atracciones de feria, perros amaestrados. Estaba claro que la vida es sobre todo una cuestión de espacio. De en qué calles habitas y con qué personajes te codeas. Él no podía concebir su propia infancia sin vagabundos, sin *mendjoubs*, sin *dillals*, sin putas, sin curanderos, sin asnos viejos cargados de puertas y de cajas de legumbres.

Plantado delante de la casa de Mamá Tiempo nada esperó un rato. Ninguna prostituta se pavoneaba delante del portal. Era temprano y quizás no fuese el estilo de la casa. Salió entonces un jovencito muy moreno que se detuvo y miró hacia arriba. La luna ya estaba en el cielo del día, muy pálida y desdibujada. El chico la miró y pareció como si hablase con ella y ambos intercambiase

información preciosa, como si fuesen viejos conocidos.

Había pensado en subir a visitar a Fátima, que siempre le contaba historias llenas de hechizos, herencias y enamoramientos fulminantes. Fátima, que era como una hermana para él y aún seguía creyendo en el amor repentino. Una sibila le había vaticinado hacía tiempo que un extranjero se enamoraría de ella y se la llevaría en avión a un país muy lejano. Y, desde entonces, su única preocupación era no ajarse y no enfermar, hasta que su enamorado la encontrase. Aquella historia era, sobre todo, angustiosa. Creer que alguien te está buscando y quizás no te encuentre. Cada semana, leía en el rostro de Fátima el miedo a no ser hallada y redimida.

Mohamed le llevaba de vez en cuando naranjas y uvas, la sacaba a pasear algunos viernes. Era infinitamente triste para él aquella espera, muchas putas sueñan con eso, había descubierto. Por eso tan a menudo se confunden, se van con desalmados que les prometen cosas que luego no cumplen, que les pegan, las despluman. Y luego vuelven a su puesto de siempre más cansadas, más desengañadas y más tristes. Mohamed le pagaba bien a Fátima y le hacía regalos. También trataba de explicarle que no hay más que mirar alrededor para saber que el amor no existe, solo existe si nunca se consuma.

Fátima negaba como si Mohamed no entendiese nada:

—No entiendes. Los libros te han resecado el cerebro como al señor Alamillo, ese que vivía en nuestra calle, al que le dio por creer que era invencible, que se retaba con todos los más fuertes y siempre le pegaban y le vencían, hasta que Bouselham lo liquidó de un golpe en la cabeza.

Aquella había sido una de las historias que había marcado su niñez. El viejo boxeador de Tetuán, noqueado y enfermo, insistía en pelear con patanes que lo dejaban medio muerto. Era como presenciar un combate de gallos: siempre se formaba en el granero un gran escándalo, a la gente le gustaba ver cómo el débil resistía y se enrocaba. Mohamed había pasado años esperando a que Alamillo

se levantase e hiciese frente a los hombres jóvenes y musculosos. Hasta que llegó Bouselham y lo mató, delante de todo el pueblo, entre aplausos.

—Qué tendrá qué ver.

—No quieres creer en el amor porque el hambre te ha marchitado el cerebro y te lo ha convertido en carne de camello desecada.

Se rieron. Luego Mohamed se despidió de ella, le dejó unas pesetas de más, le pidió que se cuidase. Bajó las escaleras del burdel con las manos en los bolsillos. Reinaba en el descansillo un aire doméstico y tranquilizador como en una vivienda familiar. Olía a cordero y a hierbabuena. Salió. Y ya en la calle era de noche. Aquella luna que tanto había inspirado a los poetas brillaba sobre la ciudad como una reina.

XIX

POR QUÉ TUS PADRES NO TE DEJAN IR A LA MEDINA? —preguntó Mohamed a la niña *nesrania* en la cocina de los Aquino. Comía, con buen apetito y mucho pan, una *tajine* de sardinas. Los criados esperaban por él jugando al parchisi. Después, les leería algunas cartas, quizás escribiese las respuestas.

—Tienen miedo, supongo.

—¿Y nunca has pensado en ir tú sola?

—Me daría miedo también.

—¿Por qué?

—Pero, ¿al fin y al cabo, qué hay allí?

Mohamed movió la cabeza:

—Al fin y al cabo, no hay nada. Es solo por la prohibición.

—Si fuese mi hermano quizás me plantearía escapar pero siendo una chica tengo demasiado que perder.

Mohamed siguió masticando. Algo, dentro de él, como una sed de venganza sorda, iba creciendo ineluctable, hacia ella, hacia todos:

—No sé qué haría si fuese una chica. No sé si seguiría órdenes.

—Qué ibas a hacer.

—No sé, a veces tengo ganas de pegarme con todo el mundo, de machacarles la cara a todos. —Mohamed se dio cuenta de cierto movimiento de repliegue por parte de la otra. Pensó que no era inteligente hablarle así.

—Creo que hay putas en la Medina —dijo ella jugueteando con unas migas de pan.

—Putas y putos, como en la vida misma. Muchas de las mejores

personas que he conocido son putas. Mi madre no lo era, pero más le hubiese valido serlo.

—¿De veras crees eso?

—Sí.

Mohamed repitió sardinas y habló algo en moghrebi con Salma y luego limpió, rellenó y encendió su *sebsi*.

—No lo enciendas aquí, mejor fuera —le reprendió Salma.

Pensó que a Salma quizás le extrañase el interés de la pequeña Aquino, que lo venía a recibir siempre, que lo acribillaba a preguntas. Ayer Salma lo había llevado aparte, y le había dicho: —Sé amable con ella. Los padres andan cada uno en sus enredos, con sus problemas, siempre ocupados. El mayor no sé qué anda tramando… Al final la tengo aquí todo el día. Mirándome cocinar, aprendiendo las palabras para todo, ayudando a Abdel a trasplantar las tuberosas y a plantar bulbos. Quiere aprender y lo mira todo, lo quiere hacer todo. A veces pienso que eso no es bueno. Aún le falta tiempo para convertirse en una *nesrania* adulta, mientras tanto es solo una niña.

La tenía frente a él con las piernas cruzadas y la atenta cabeza rubia, y pensaba para sí mismo: «Tienes una cara de tiza, una hermosa cara de tiza, que pronto será una cara de tiza confirmada, pero ahora la cara de tiza se aburre y tiene miedo». La hubiese cogido y se la hubiese llevado a la ciudad, la hubiese hecho pasear entre tullidos y piojosos y desdentadas y travestidos y le hubiese dicho: toma, este es el mundo del paraíso de los adultos, aquí vienen tus padres y se acoplan, se emborrachan, aquí vivimos nosotros, aquí somos felices, aquí envejecemos y morimos, no tenemos villas ni clubes privados, no nos bañamos en piscinas ni en bañeras, a veces vamos a los baños públicos y dejamos que nos fregotee un retrasado. Y no sabemos qué haremos mañana, no tenemos casa en propiedad ni tenemos cuentas bancarias, ni siquiera carnés ni pasaportes. Si nos sonríes y nos ofreces diez pesetas te haremos un completo, nos iremos a casa contigo, te fornicaremos sonriendo, portaremos tus

hijos, los amamantaremos, lavaremos tu ropa muy blanca, cocinaremos tu comida y será exquisita, limpiaremos tus candelabros de plata y almidonaremos tus manteles, pero, escucha, has de saberlo, no te mentimos, nadie miente porque todos mienten, y todos lo saben, ninguna sonrisa es verdadera: también te envenenaremos y desearemos tu muerte, mientras tú contemplas la puesta de sol y escuchas a uno de esos músicos que te gustan: a Albinoni o a Vivaldi. Es así, tú piensa en la belleza: nosotros consideraremos nuestro precio. Es nuestro derecho. También nuestra vida vale algo. La miraba y pensaba en lo que le diría. Le diría, ven conmigo y la llevaría a su pensión encima de la pensión Fuentes, solo para que viese cómo la vieja Dolores colgaba la colada sobre el neón del cine equis de abajo, cómo se limaba las uñas frente a la ventana, cómo se tomaba el té y alimentaba a las palomas con pan blando. Quizás le enseñase las montañas de basura y cómo la putrefacción no impedía a los niños excavar buscando tesoros y comida. Daba igual. No eran ángeles, no tenían alas.

Y la niña le decía orgullosa, protectora:

—Te traeré jerséis mañana, te traeré camisas.

Y él decía:

—¿Sabes que hasta el año pasado yo vivía en los vertederos, cerca del puerto, con las ratas?

Y ella decía:

—Pienso mucho en el amor. Todos hablan del amor. A veces pienso que solo pienso en eso. Como si fuese el único tema del mundo.

Y él contestaba:

—Pero el único tema del mundo no es el amor, es el dinero.

—No seas bobo: a nadie le importa el dinero. Nadie habla del dinero.

—Nadie habla de otra cosa que de dinero.

Harto de pasear por el jardín, Mohamed le decía:

—¿No sería mejor que te buscases amigas de tu edad? Ni

siquiera soy de tu mundo, no te entiendo. Me haces sentir como un bufón.

—Pero, Mohamed, nunca he tenido amigo mejor que tú. Al menos tú me escuchas. Nadie me había escuchado nunca.

Aquella noche, Mohamed la miró irse. La oyó llamar al gato. Pensó que quizás pudiese sacar algún beneficio de aquella amistad suya y que, cuando fuese necesario, lo haría. Rellenó el *sebsi*. Volvería a casa caminando por la carretera, le gustaba caminar por el campo, dejando atrás las mansiones de los ricos, oteando los parajes vacíos, escuchando a los lobos, a los gatos fugitivos, a los perros salvajes. Le parecía que caminar de noche era una especie de aprendizaje añadido para el cerebro, que la materia gris se reposaba en la incertidumbre, en lo oscuro. Pero antes de irse, se le ocurrió pasar de nuevo por la cocina, y hacerse quizás con alguna fruta, o un pastel, para ir comiéndosela en la oscuridad mientras oía el ishá e iba dejando que el sonido le penetrase el cerebro y se lo acunase y amasase y remetiese. Y caminó por el sendero de gravilla y llamó a la puerta de madera y de cristal esperando que Salma contestase. Empujó la puerta y vio que estaba entornada y que se abría. Había luz pero no le pareció que hubiese nadie. En la nevera: una cabeza de cordero, varias cazuelas, leche, un bol grande de sopa de lentejas.

No notó que alguien se acercaba hasta que supo que alguien lo tomaba por detrás.

—Hola, *bougnoule* —reconoció entre mil la voz del hermano *nesrani*, acanallada y dulzona.

—Eh, déjame.

—¿Por qué? Estás en mi casa y además tengo esta preciosidad —llevaba una pistola entre las manos—. ¿No te has ido todavía? ¿me estabas esperando?

Mohamed volvió la cabeza apenas para contemplar el insecto negro de metal:

—Déjame ir. Conozco a tu padre.

—¿Te lo haces con mi padre? ¿Te gustan viejos?

—Pero qué dices, déjame ir.

—Y además os gusta todo, ¿no? —siguió untuoso el niño rico—. Todos lo hacéis con cualquiera, hombres, mujeres, animales. Seguro que en tu pueblo ya te dieron por el culo desde siempre.

Mohamed forcejeó, el chaval no era más fuerte que él ni más corpulento, pero cuando tuvo la presión fría del arma en la sien y oyó el ruido del gatillo, empezó a pensar que quizás no bromease:

—¿Te gusta mi hermana? Niegas con la cabeza. No me extraña. Mi hermana no sabe nada de nada de la vida. Estoy seguro de que tú, que eres un tío listo, un *bougnoule* guapo, prefieres una buena polla. ¿Verdad que sí? —Mohamed se resistió—. ¿Verdad que sí? —tenía el revolver pegado a la sien y el otro se apretaba contra él como una lapa. Notaba sus jadeos contra su oreja—. Os enseñan de pequeños, ¿verdad? A follar. Y no sabéis hacer otra cosa. Por eso los europeos no quieren irse, qué iban a hacer lejos de aquí, te das cuenta de lo triste que debe de ser la vida en el norte, lejos de vosotros. Aquí todos se tiran a sus esclavos, a sus criadas, a sus chóferes, a sus jardineros, unos animales que no saben leer, ni escribir, ni contar pero que están siempre en erección, dispuestos a penetrar lo que se ofrezca, a ancianos, a vacas, a niños, a asnos, y también dispuestos a dejarse penetrar por perros y por caballos, y que siempre tienen la mano dispuesta para cobrar, siempre abierta la mano para una buena polla o un billete, ¿no?

Mientras el otro jadeaba tras él, Mohamed, iba visualizando su rostro de niño bueno, ya crecido, de jugador de tenis: el polo inmaculado, el gesto impertinente y aquel futuro espléndido y untuoso que tenía por delante. Y pensó en sí mismo, se vio acorralado contra la nevera con su jersey de rayas marrones. Pensó en sí mismo, en el miedo que había tenido la primera vez que había penetrado a una puta, estaba convencido de que su sexo tendría dientes. Pero le había dicho a su amigo al salir: no te preocupes, es blando y húmedo: te succiona pero no muerde. Pero su culo lo había defendido a muerte de todos los peligros. Pensó en matar al *nesrani*

adolescente que se clavaba a su espalda. Pero entonces él le dijo:

—¿Tienes miedo? Lo noto, tu miedo es como un perfume agrio, excitante, que asciende desde tu cuerpo y que apesta. Me pone tu miedo. Vas a chupar la pistola como si fuera mi polla. Date la vuelta. Y luego, cuando te hayas cagado de miedo de verdad, me comerás a mí.

Mohamed no habló. Sintió en su boca el metal húmedo y mientras el otro lo miraba tocándose, la succionó, la chupeteó mientras el otro se tocaba y terminó tocándolo a él. Mohamed sintió asco y miedo. Y luego, a su pesar, excitación, y, mientras se corría, juró ante sí mismo que encontraría la manera de vengarse.

XX

El soplido del viento se filtraba por las rendijas y creaba un silbido o un chillido. Carmen había escrito un artículo para el diario *ABC* que hablaba de un café en la casba, colgado de una cornisa, y de este viento que inunda las calles de hojas secas, calles donde no hay árboles, ni vegetación alguna y era como si los bosques lejanos se viniesen a vivir a la vieja ciudad árabe. Apareció en páginas centrales en un número que anunciaba la recepción conmemorativa en la Granja.

Empezaba:

> «*Su excelencia el jefe del Estado y su esposa, doña Carmen Polo de Franco —fotografía inferior— saludan a las personalidades asistentes a la recepción que con motivo del XXI aniversario del Glorioso Alzamiento Nacional fue ofrecida en honor del Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid, en los jardines del palacio de La Granja de San Ildefonso. Arriba, los invitados presenciando el recital de bailes y canciones españolas, en el que actuaron muchos y muy conocidos artistas (Fotos Sanz Bermúdez)*».

Dejó de lado el periódico. No quería saber, le daban igual las efemérides. Lo que sí se reprochaba a sí misma era no ser capaz de

El soplido del viento se filtraba por las rendijas y creaba un silbido

escapar. Le había oído decir al Americano en alguna ocasión que la puerta de la jaula siempre está abierta.

Pero no para ella, ella era como los pájaros domesticados que no se atreven a volar, ella no podría escapar nunca.

El Americano, tendido a su lado, sobre una de las tumbonas de la playa de Merkala le hablaba suavemente. Saboreaban un par de *gins*. Paul llevaba varios días contándole historias que planeaba convertir en cuentos. Le habló primero de un compatriota suyo, Elliot Moss, fallecido en extrañas circunstancias hacía unos años. Cuando lo llevaron al hospital español era ya demasiado tarde, tenía marcas con círculos y estrellas en los pies, consecuencia de un ritual que lo había dejado demasiado débil. Murió sin poder explicar que había pasado.

—¿Fue brujería?

—Remedio al mal de ojo. Creyeron que él había embrujado a la hija de la cocinera y entre los cuatro sirvientes pretendieron deshacer el conjuro. Estas cosas suelen terminar siempre mal. Pero no hubo mala intención, en un sentido estricto. —Carmen se estremeció.

—Pero cuéntame algo de ti. ¿Tienen tus padres una estancia llena de toros bravos y cerdos negros? ¿Torean los chavales del pueblo vuestras vaquillas a la luz de la luna? ¿Desfila tu marido en las procesiones cubierto con un capuchón y se martiriza en la víspera de Viernes Santo?

Carmen se rio:

—Pues no. Mi padre era catalán e ingeniero, jugaba al tenis, tenía un balandro. Hemos vivido siempre en bloques de pisos. Teníamos una criada con cofia, que se vino conmigo cuando me casé.

El Americano negó disgustado:

—¿Y qué se torció?

—Nada se torció. Me quedé sola. Mi padre se volvió a casar. Y apareció la madrastra. Y empecé a poder irme a callejear y a

caminar.

—Caminar es la base de la escritura, eso está claro. Siempre lo he dicho. A la escritura por la peregrinación. Alí, tráenos unas aceitunas. A la señora y a mí nos gustaría otra copa.

Carmen ya no había vuelto a hablar con Luis, desde aquella última conversación en que él le había dicho que la quería y ella se había quedado en silencio. Era evidente que todo en ella se iba desdibujando, como si un cansancio enorme de vivir lo invadiese todo. Había encontrado aquel café cerca de la casa de Bab Er Raha, y allí se refugiaba todos los días para leer. Estaba planificando traer a los niños para el curso que viene. Había visitado el colegio español, aunque le parecía que el Lycée Regnault ofrecía más ventajas. Iba mucho a la playa con Emilio, salía por las noches con el honorable Herbert y coincidía apenas con Antonio. La situación era ideal. Pepe Carleton se había propuesto enseñarle a chapurrear *moghrebi* y había jugado dobles de tenis con Herbert en el campeonato mixto del Country club, donde, ante la sorpresa de todos, llegaron a semifinales.

Una tarde de agosto, Carmen quiso llevar a su amiga Lucí Gutiérrez —que había venido a visitarla desde Madrid y a la que apreciaba mucho— a conocer a los Bowles. Por desgracia, las Gerofi le comunicaron que Jane había decidido prescindir de la línea telefónica porque no podía soportar las llamadas incesantes. La única manera de avisarla era, entonces, enviar a un mensajero desde la librería y esperar una respuesta también allí:

—Si te presentas sin avisar, corres el riesgo de que no esté. Sé que en estos días de verano a veces se va con Tensemani y con Paul al campo.

—Nos arriesgaremos —dijo Carmen.

Y allí se fueron ni cortas ni perezosas las dos amigas. Iban disfrutando de la tarde cálida, del exotismo de los vendedores ambulantes, de los motocarros con fruta y del perfume de las

almendras recién tostadas. Lucí encontraba todo maravilloso y no dejaba pasar la ocasión de expresar su entusiasmo por la pequeña vida que se estaba construyendo Carmen. Iberia es un barrio amplio, lleno de comercios europeos, con heladerías y terrazas.

—Tienes mucha suerte.

El portal derecho del edificio San Francisco estaba abierto y el conserje, un hombre anciano con una chilaba blanca y barba muy larga, las recibió de mala manera. Llevaba una escoba entre las manos y Carmen temió que las sacudiese con ella.

—¿La señora Jane?

—Octavo piso, apartamento 32. —Y el portero miró de arriba abajo a las dos mujeres y las encontró muy largas y muy fuertes y aquello, en vez de complacerlo, lo indignó. Subieron en el minúsculo ascensor y llamaron a la puerta. Una, dos veces. En la radio, un locutor conferenciaba en francés sobre la canción del verano. Carmen no oyó bien lo que decía, pero enseguida sonó *Bambino* con la voz de Dalida en primer plano, oscura y dulce. Volvió a llamar. Se oyó dentro a alguien:

—*Entrez.*

Carmen empujó la puerta y se encontró con una extraña escena: Jane, sentada en el suelo, tenía una fuente de costillas de cordero instalada entre las piernas e iba royendo los huesos con apetito, de uno en uno. Su boca estaba sucia de grasa. Al ver a Carmen con su invitada, sonrió e hizo ademán de limpiarse las manos con la falda. Luego tendió la mano todavía grasienta a Lucí, que no supo qué hacer. Se la estrechó.

—Janie, es una amiga mía. Lucí Gutiérrez, una nadadora increíble, ha venido a verme desde Madrid.

Jane rio de buena gana.:

—A mí también me gusta nadar. Y disculpa, Lucí, el recibimiento. A pesar de las apariencias, *Je suis quelqu'un de vraiment spirituelle* —Las tres se rieron.

Y Lucí y Carmen siguieron tronchándose después por la calle un

buen rato. Las carcajadas resonaban altas y sin complejos como truenos o relámpagos. Iban las dos riéndose, y medio corriendo, agarradas la una a la otra, del ganchete. Aquellos fueron días felices. El mes de agosto llegaba a su fin y Carmen empezó a pensar que quizás Lucí pudiera quedarse más tiempo, un par de meses, ayudándola con la instalación de los niños. Se lo propuso en varias ocasiones. Empezaron a hacer planes. Se instalaría con ellos, dijo.

Lucí hasta el último momento dijo que sí. Pero luego fue que no y que no. La familia, los compromisos, todo. Cuando tuvo que ir a despedirla al muelle del ferri de Algeciras, Carmen sintió por primera vez que se le desgarraba el corazón, de verdad, como si la parte de sí misma más alegre, más ingenua, más vital se fuese para siempre y la dejase. Pensó que si Lucí se iba, ya no volvería a recuperar a aquella Carmen niña, gamberra y descarada y sería ya, para siempre, la mujer seca, que no conseguía nunca divertirse.

Estuvo al menos una semana muy triste. Apenas tenía fuerzas para levantarse de la cama y se quedaba en casa leyendo todo el día. Leía novelas de amor que se vendían a dos pesetas, en el kiosco de la plaza de España, enfrente de la estación de autobuses. Carmen las compraba por docenas y las metía en su gran cesto de paja debajo de la fruta. Adelgazó a ojos vista. A veces Emilio iba a buscarla y no conseguía sacarle más de dos palabras. Fatuma le preparaba caldos de pollo o *harira* que, parece, curan todos los males del espíritu. Oliver apenas aparecía por casa. Se cruzaban. Hasta que un día, cuando ya estuvo aburrida de sí misma, ocurrió que se levantó, fue a la *boutique* más cara del Marshan, se compró un vestido estrafalario y esperó la vuelta de Oliver despierta, para hablarle.

Oliver llegó aquel día a una hora prudente y no rechazó la copa de vino que le ofrecía. Se sentaron. Ella le dijo:

—Está decidido. Me quedo.

Él con un rostro serio y muy pálido, asintió:

—¿Estás segura?

—Sí, ¿te extraña?

—Un poco.

—He tardado mucho en comprender. Debo quedarme.

—Carmen, prefiero no saber.

—Pensé que Dios querría que yo viviera sin hacer daño a nadie, tampoco a ti, que no creo que me necesites, nunca me has necesitado.

—Carmen, evítame esta escena.

—Pero ahora entiendo que Dios quiere que nos amoldemos a nuestras circunstancias y hagamos lo mejor con aquello que tenemos.

—¿Entonces es verdad?

Ella miró hacia la ventana: detrás de la muralla, por el mar, se insinuaba el alba como un fulgor oscuro que se iba acercando poco a poco:

—Sí, es la verdad.

Supongo que entonces Oliver, dando la batalla por perdida, notó cómo todo lo que había tragado en aquellos meses, en aquellos años, las humillaciones sociales y económicas, los comentarios inoportunos, la soledad en hoteles y en apartamentos de soltero se le subían a la garganta y fue como si el demonio de la ira —el *djin* que todos tememos, hermano de otros *djins* igual de dañinos, que rompen familias, destrozan personas, aniquilan sueños— lo tomase por completo y se levantó con su pequeño cuerpo, no muy hermoso ni muy atlético, y abofeteó a Carmen.

Y a Carmen, aquello la tomó tan por sorpresa que se quedó mirándolo como un perro que no puede defenderse. Tenía la cara ardiente y le dolía el labio. Sentada en el diván lo miraba con ojos muy abiertos. No lloró, ni levantó la mano para defenderse cuando él volvió a pegarle de nuevo. Porque volvió a pegarle, en la cara, con la mano muy abierta. Él sí lloraba:

—No sé porqué me obligas a hacer esto.

En la cocina, Fatuma se había despertado de su ligero sueño. Oyó los golpes, los gemidos, y se llevó la mano a los ojos como si quisiera ahuyentar al innombrable. Pero el innombrable seguía allí y no se iba. Y Fatuma, para no tener que escuchar, canturreó una coplilla que su madre le había enseñado y que decía:

Tres morillas me enamoran en Jaén,
Axa y Fátima y Marién.
Tres morillas tan garridas
iban a coger olivas,
y hallábanlas cogidas en Jaén,
Axa y Fátima y Marién.

Después cerró los ojos y repitió la copla una y otra vez, como si fuera una oración a un Dios ajeno. Lo hizo una y otra vez, tercamente, hasta que cesaron los ruidos en la habitación contigua.

Axa y Fátima y Marién.

XXI

Era verdad que los chicos se reían de Sophie. El hermano y sus amigos decidían cómo vestirla y luego la llevaban de paseo con el chófer igual que si fueran en calesa. Hubiese resultado más romántico, más libresco, decir que la idolatraban, que se peleaban por su afecto, pero no era así. Las amistades masculinas a veces son exclusivas y crueles.

Al principio, a ella, aquella puesta en escena le había parecido divertida, pero después ya no tanto. Poco a poco el animal manso acaba mostrando su veneno y el hermano le resultaba extraño, incontrolable. Ella nunca regresaba a tiempo para ver a Mohamed y le parecía que se perdía algo por no verlo. Se había convencido de que Mohamed era un poco su alumno. Aunque, en los últimos tiempos, lo encontraba malhumorado, esquivo. A veces ni siquiera quería hablarle. Y eso que ella le había hecho entrega de todos sus viejos cuadernos escolares, de su Petit Robert, y era feliz al ver que disfrutaba con las novelas que le iba recomendando. Pero él tenía sus razones. Ella, ante la insistencia de su madre, no dejaba de frecuentar a los chicos. Aunque solo había empezado a interesarse de verdad en Farid cuando entró en el palacete donde residían él y su familia, rodeado de un parque lleno de maleza olorosa, por donde uno hubiese esperado ver surgir animales mitológicos, iguanas, pavorreales.

—Dios ama la belleza —le había dicho Mohamed, con voz

ronca, cuando ella le describió aquel lugar semiderruido, cerca del palacio del Pachá.

La perspectiva de convertirse en princesa ahora no le disgustaba tanto. Cuando no salía, iba a ver a Mohamed y los dos se sentaban en el jardín, detrás del estanque. Él se hacía el ofendido, pero luego se iba animando. Terminaban siempre discutiendo sobre Julien Sorel, al que veía como un trasunto de sí mismo: un niño pobre que, gracias a su instrucción, consigue ascender socialmente y convertirse en un hombre poderoso:

—No quiero ser poderoso, no es eso. No me malinterpretes. Solo quiero existir.

—Todos existimos.

—Si lo piensas un poco te darás cuenta de que no es cierto. Los pobres no existen, son un trasfondo, un decorado, nadie los ve.

Mohamed rellenaba su *sebsi*. Sophie mordisqueaba un lapicero.

—¿Y crees que leer y escribir te ayudará a que los otros te vean?

—Yo creo que sí. —Reflexionó dos segundos—. Estoy seguro de que sí.

Y así iban pasando los días. Mientras, por las mañanas y por las tardes, Sophie se bañaba en la playa y paseaba con su hermano y sus amigos; por las noches, solo algunas veces seguía encontrándose con Mohamed. Fue un verano de observación, de tanteo. Nayat, su compañera de clase, le había hablado de los besos. Nayat los consideraba, por así decir, desde un punto de vista coránico. Citaba a Nehzafui: «El mejor sabor es el del beso aplicado a unos labios húmedos, succionando al mismo tiempo los labios y la lengua; particularmente, la succión de la lengua hace manar con abundancia una saliva fresca y dulce, más dulce aún que la miel purificada».

También Mohamed parecía contar con mucha experiencia en ese aspecto aunque se resistía a comunicarla en detalle:

—No debieras tratar de estos temas conmigo. Es inmodesto.

Pero Sophie, con Farid, lo había intentado todo. Acudía a todas las excursiones, se apuntaba a todos los planes. Se las veía y se las

deseaba para quedarse a solas con él. Le hablaba con especial atención, lo escuchaba arrobada, cogía su brazo y guardaba el contacto más tiempo de lo habitual. Incluso, en alguna ocasión, lo había besado. Él ni siquiera había retirado los labios, vencido por el rayo; al revés: los mantuvo y luego le revolvió los cabellos como si ella fuese un perrito. Cuando se lo contó, Mohamed le dio la razón:

—Eso no es buena señal.

A deshora, en el bar Buen Gusto, en la rue de la Marine, Mohamed escuchaba los desbarres de un nuevo parroquiano, Hasán, que vestía traje entero y fesi y trataba, día tras día, de convencerlo de que había conocido a Adolf Hitler. Todos, en el bar, se choteaban sin levantar la cabeza del cuscús mientras el otro encarecía la simpatía y la labia de aquel alemán de pelo negro. Solo Mohamed lo escuchaba respetuoso. «Frecuentaba mucho el Chato. Se hacía pasar por viajante de comercio. Distribuía artículos de papelería a todos los kioscos de Iberia, de Msallah, de Castilla. Un día desapareció y no lo volví a ver».

Mohamed lo escuchaba y luego, al día siguiente, iba a pescar y a fumar a Mércala y se decía que el mundo era un lugar demasiado amplio y complejo. Luego, terminaba regresando a *Mon repos*, como un perro apaleado. Volvía porque quería que Sophie le hablase de Zola y de Dreyfuss. Pero, allí, no se sentía cómodo. No podía evitar seguir las aventuras de Sophie con cierta aprehensión. Se decía: ¿y su padre? ¿Es posible que ignore hasta ese punto el carácter y los tejemanejes de sus hijos? Y la verdad era que, a Bertie, sus hijos le daban soberanamente igual. A todas luces, el chico había sido desde siempre un misterio para todos. Y en cuanto a Sophie y a él mismo —que se sabía mala compañía—, el coronel los había sorprendido varias veces juntos en la cocina pero no les había dichoni mu. Ambos le devolvía siempre la mirada sin desviar los ojos, con una seriedad profunda, doctoral.

Y ahora, por las noches, los chicos, con ella en retaguardia, se

reunían en casa de Jérôme, pero más a menudo en casa de Farid. Allí ponían música de Mina o de Oum Kalsoum. La ponían tan alto que hacía que temblasen los vasos, las arañas. Los chicos se disfrazaban y bailaban y luego se bañaban en la piscina iluminada, sobre la que caían indolentes las ramas de los árboles. Sophie se quedaba mirándolos, esperando a ver por donde iba a saltar la sorpresa, el conocimiento que aún no le había sido revelado. Los miraba como si fuesen un grupo de locos, poseídos por el furor divino. Como los *mayoubs*, sobre los que Mohamed le había contado que no había muchos, solo algunos pocos y elegidos, que mendigaban a las puertas de las mezquitas y citaban suratas que nadie entendía y levantaban los ojos a los cielos, pidiéndole a Dios que interviniera y borrase del mapa a tal y cual nido de pecadores. Los *mayoubs* daban miedo e inspiraban respeto, pero, se rumoreaba, que las nuevas autoridades los retirarían de las calles, acusados de impiedad, de escándalo público.

Entonces, una de esas noches, Jean Mich le dijo a Farid, y ella no lo supo:

—Esto tiene que cambiar. Yo no puedo seguir así. Tengo a mi hermana hasta en la sopa.

Y Farid le dijo:

—No molesta, es buena chica.

Y Jérôme dijo:

—Yo me ocuparía de ella, no sería la primera.

—Voy a decirle que no puedo traerla y llevarla todo el tiempo. Así no podemos pasarlo bien.

—No te dejarán venir a dormir aquí —le dijo Farid en voz baja acariciándole la mejilla con un dedo lento.

—Pero si nosotros no hacemos nada, ¿o sí?

—Verás, esto lo soluciono yo —concluyó Jean-Mich pasándose la lengua por los labios.

Y mientras Jean-Mich pasaba la lengua por sus labios carnosos y Jérôme contaba las pastillas de su madre que quedaban en el

armario, Hasán decía en su bar de la Medina:

—Era un hombre muy simpático, Adolf, más que tú y que yo, y muy culto, con muchas habilidades. Confeccionaba figuritas con las servilletas de papel, hacía elefantes, cigüeñas, avestruces, koalas y contaba historias. Me habló una vez de un músico que había conseguido descifrar la música del mundo, que es la música que los planetas desprenden al girar y que no se percibe más que cuando no hay ruido alguno. Para hacerlo había tenido que viajar al desierto y allí había estado escuchando muchos días. Luego, cuando regresó, dijo que esa música esotérica recordaba en todo a la llamada del muecín. Eso fue la primera vez que regresó. Pero, luego, ya no aguantaba en Europa y soñaba con el desierto y no paró hasta arreglarlo todo para poder volver. Adolf ya no se acordaba de si el músico había vuelto o no al desierto. Desde luego —decía— él ya no lo había visto más.

XXII

LOS OTROS EMPEZABAN A TRATARLA CON ANTIPATÍA, con animosidad incluso. Huían de ella y a veces se encerraban en el vestuario de la piscina, en casa de Farid, y no la dejaban entrar, y Sophie esperaba durante horas, fumando junto a la fuente, hasta que salían tambaleantes y se llamaban por nombres que ella no entendía y uno le quitaba la coleta y el otro pasaba y, como sin querer, dejaba caer un calcetín sobre su cabeza.

—Es tarde, quiero irme —murmuró. Y luego en casa encontraba a su madre, absorta en un viejo París Match, en el sofá—: No me obligues a volver con ellos.

Y al día siguiente Charlotte, enfurecida, iba a reprender a su hermano:

—O te la llevas, o te olvidas de hacer lo que te plazca.

Y Jean Mich se iba dando un portazo y se pasaba media hora tumbando a patadas los tiestos del jardín.

—Bertie —decía Charlotte irrumpiendo en el despacho—: vas a tener que ocuparte de tu hijo. Se está poniendo imposible.

—De verdad que no sé qué ocurre —le decía a Mohamed que la escuchaba con atención, fijándose sobre todo en las palabras nuevas, más que en el sentido—. Me odian.

Mohamed pensaba: «¿Serán capaces de hacerle daño?». Y Mohamed seguía comiendo a dos carrillos el bocadillo de merguez y apurando el vaso de leche cuajada. Se decía que Sophie estaba empezando a rondar la suciedad, la bazofia. Pero pensaba también

que su propia inocencia occidental actuaría como protección, como armadura y que no llegaría nunca a correr peligro. Porque el veneno *nesrani* es inocuo para los *nesranias*. Y Mohamed añadía, espantando cualquier remordimiento, cualquier duda:

—¿Sabes lo que yo echaba más de menos en Larache? Era como un dolor físico. Me recorría de arriba abajo. Echaba de menos Tánger. Tánger es el paraíso.

Y Sophie lo escuchaba:

—No sé si es el paraíso.

—No conoces Larache.

—¿Sabes? —le decía Mohamed mientras estaban sentados ambos en la piscina con los pies en el agua. Hormigas, zánganos, hojas de plátano, vainas y semillas habían ensuciado ya la superficie del agua—. No sé si te has fijado alguna vez: en el bulevar hay un viejo que está siempre sentado en la misma repisa de un edificio, viendo pasar alas chicas. Viste chilaba de invierno y calza sandalias. Y mira siempre, con una sonrisa, las piernas y los culos.

—Qué cara.

—El otro día iba a decirle algo porque me pareció que encima se estaba tocando, sus manos estaban metidas no se sabe donde, cuando vi que unos niños hablaban entre ellos: «Acércate y pregunta. Siempre acierta. Prueba».

Y uno de los niños se acercó y le preguntó «¿Tiene hora?».

Y el otro contestó, sin mirar el reloj, porque de hecho no tenía: «Son las *5* y cuatro minutos». Miré el reloj y, en efecto, eran las 5 y cuatro minutos. Los niños estaban jubilosos. El tipo siguió así embebido en su tarea de contemplar piernas y culos. Yo decidí entonces que iba a preguntarle otra vez la hora, a ver si de verdad era infalible. Me acerqué y le dije «¿Me puede decir qué hora es?» y él me contestó «Las cinco y ocho minutos». Miré mi reloj y tenía razón.

—Y ¿cómo es posible eso?

—Pues por una sincronización total con el tiempo que pasa, ¿te das cuenta? Ser capaz de notar físicamente cómo cada minuto va

pasando.

Y ella seguía hablándole del extraño comportamiento de los chicos. Y él asentía, sin hacerle mucho caso. Y pensaba que era raro amar a Tánger como él la amaba, como si fuese una mujer, como si fuese un hijo. Y no era el único. Los enamorados de Tánger, como los maridos de Aicha Kandicha, eran tropa, poblaban los cafés y los bares, se les veía pasear solos con los ojos clavados por el suelo, huyendo no se sabía muy bien de qué por el bulevar Pasteur, por plaza de España, por la Mendubía. Y Sophie le contaba que su madre era insistente y caprichosa, que lloriqueaba, que le regalaba vestidos absurdos y tocados de buen tono. Sophie los dejaba colgando en el ropero y se instalaba sobre la cama con las piernas en alto: a canturrear, a leer, a hacer planes, decía ella, sabiendo que aquello indignaba a su madre. Decía que desde que había reñido con su amante, se había vuelto insoportable. Ahora, era como si también quisiera deshacerse de ella.

—¿Sabes lo que decía Yalai, uno de los más importantes maestros malamatíes? —insistía Mohamed.

—Dime.

—A nosotros que, sin copa ni vino, estamos contentos. A nosotros que, despreciados o alabados, estamos contentos. A nosotros nos preguntan: «*¿En qué acabaréis?*». A nosotros que, sin acabar en nada, estamos contentos.

—No entiendo.

—Yalai también decía: «Queda mucho por decir, pero será otro quien te lo diga para que lo entiendas, no yo».

Su hermano y sus amigos orquestaban pequeñas farsas, la llevaban a cines populares cerca del mercado del grano, fingían que la perdían, se mezclaban con el publico vociferante, tiraban pipas y garbanzos a los de las filas anteriores, y después se traían a casa a pequeños delincuentes y los travestían. Si Salma los encontraba, los molía a escobazos. Para calmarla, Jean-Mich tomaba entonces a

Salma entre sus brazos y amagaba con ella un paso de vals. Mientras tanto, por encima de su espalda, ponía un rostro de máscara que su hermana no le había visto nunca. Y Salma, engatusada, feliz, ajena a todo, prometía no irse de la lengua.

—¡Salma, querida!

La madre llevaba ausente todo el día, estaba en casa de los McBey y no se daría cuenta nunca de que faltaban una decena de cubiertos, tampoco sabría nunca que alguien había roto el cuenco de cristal de Baccarat.

Nayat iba siempre con ella a la piscina y a la playa. Disfrutaba mirándola con desaprobación mientras ella se ponía el bañador. A Sophie aquello no le preocupaba lo más mínimo: se reía.

—¿Sabes que enseñar el cuerpo lo degrada?

—Toma un cigarrillo.

Y Nayat miraba a derecha y a izquierda y lo cogía. Y luego, tras aquella rendición moral, las dos perseguían, hipnotizadas, la figura musculosa de varios locales:

—Mira, mira, ese es Bousahib Hilali.

—¿Y entonces está permitido que mires a los hombres desnudos?

Nayat hacía caso omiso:

—Es familiar de una prima —sonreía—. Ha causado muchas desgracias dentro de la familia *nesrani* para la que trabaja. Es chófer y secretario y no sé qué más.

—¿Qué desgracias? ¿y lo dices con orgullo?

—Bueno, fue primero la hija mayor la que se enamoró de él. Luego fue la madre. Envió a la hija a estudiara Europa y se separó del padre. Ahora vive con él abiertamente. Mira, la madre. —Y señaló a una dama de mediana edad bastante guapa, con una pamela muy grande.

—¡Qué elegante! —El llamado Boushahib la besó en la boca. Ella parecía encantada. Un camarero vino a traerles unos martinis.

—Debe de ser increíble ser tan guapo que la gente se pelee para estar contigo.

Najat hizo un gesto mundano:

—No es solo la belleza. Parece mentira que sepas tan poco de la vida.

Y llegó un día más, que amaneció nublado, y los chicos decidieron ir a Casa Barata. Jérôme iba conduciendo el coche de su padre, con todas las ventanas abiertas. En la radio sonaba Toni Bennet y luego Mantovani. Delante de la casa, un niño gateaba sobre el barro, gruñía un perro y una mujer con velo pelaba una manzana. Un tipo picado de viruelas y otros dos hombres los recibieron nerviosos. El niño mordisqueaba una bolsa de celofán, tiraba al perro de la cola. Los chicos compraron un montón de polen, pagaron todo con monedas. Ya en la puerta, le pidieron a ella que guardase las pepitas en su bolso, como si fuesen perlas. Ella obedeció. Aquella noche se lo fumaron encerrados en la despensa de Jérôme. Sophie no quiso ni probarlo y volvió caminando a casa, no estaba lejos.

—Tú que lo sabes todo —le preguntaba a Mohamed—: ¿qué es lo que hace que las personas se vuelvan imprescindibles?

—Nadie es imprescindible.

—Quiero decir atractivos. Estos seres que enamoran a todo el que los ve. Como Boushahib Hilali. ¿Conoces la historia?

Mohamed encendía un cigarrillo:

—La necedad, la adulación, ¿la belleza?

—No, es otra cosa. Es como un gusano oculto.

—¿Cómo un gusano?

A lo lejos aullaban los perros de los vecinos. Quizás merodease un intruso por la zona:

—Verás, voy a aferrarme al grupo, como una sanguijuela.

—¿Para qué?

—La próxima visita será a la Medina.

—Lo que les pasa a esos chicos —vaticinó el otro, venenoso—. Es que tienen el *foksá*. Y eso no les traerá nada bueno.

—¿Qué es el *foksá*?

—Es cuando se está disgustado o se sufre por algo. Eso te lleva a hacer cosas que luego lamentas. Como si un espíritu entrase dentro de ti y te fuese devorando.

La niña se quedó mirándolo con ojos como platos:

—No sé. No puedo entender por qué demonios les daría por el *foksá*. Tienen todo lo que desean, la vida les sonríe… Que tú tuvieras el *foksá* podría ser, con lo que has pasado, pero ¿ellos?

—Dios da pan a quien no tiene dientes.

XXIII

Y —¿Sabes que tu hermano tiene un arma?

Y ella:

—Qué va, hombre.

Y Mohamed dijo:

—Ten cuidado.

La realidad es que el verano estaba llegando a su fin y dejaba tras de sí un coleteo dulce y lento. Pronto Mohamed regresaría a Larache, dejando su habitación de pensión a otro huésped de paso. Pronto se acabarían los días sin fin, las noches extrañas, la sensación de deriva. Su hermano había orquestado para aquella noche una visita a un bar de alterne, cerca del mercado de verduras. Leyó el nombre —Bar Satán— en un neón moteado por las moscas. En el umbral, una mujer sentada en una silla les sonrió. Le faltaban varios dientes.

—¿Qué hacemos aquí? —Sophie les dio un codazo a los dos chicos.

—Alguien tendrá que enseñarte alguna vez algo, ¿no te parece? —Jéróme le resultó asqueroso, rubio como un ángel.

Atravesaron un pasillo largo con un suelo de terrazo, a un lado y a otro, vio fotos de actores famosos recortadas y pegadas en las paredes: Rod Hudson, Carmen Sevilla, Charlton Heston, Sarita Montiel. La mujer que los recibió parecía conocer bien a los

muchachos:

—Pasad, chicos. Mi casa es tu casa.

Llamaron a una puerta a la derecha, que se abrió. Era una chica que debía de tener su edad, otra estaba sentada en una mecedora y miraba por la ventana con una placidez de ultratumba. La de la mecedora se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando acarició el cabello de Sophie, ella retrocedió dos pasos.

Sophie trataba de retener todo lo que veía, como si estuviese escrito en un código secreto. Los tiestos con geranios, la *main de fatma* adornando el cuello de la chica, las chancletas de plástico, las uñas pintadas de esmalte nacarado. Mohamed le había hablado mucho de las prostitutas. Para él eran las mujeres más guapas y más buenas del mundo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Sophie a la chica.

—Aicha.

—¿Cuántos años tienes?

—Saca lo tuyo —dijo el hermano con una voz que sonó muy desagradable—. Aquí tienes tu dinero —y depositó encima de la mesilla de noche, junto a un cepillo del pelo, unas pesetas.

Y la chica, que tenía los dientes separados —*les dents du bonheur*, dicen— y los ojos fruncidos en una especie de rictus de sueño, le enseñó unas tetas pequeñas y prietas, que Sophie miró con escepticismo como si fuesen pies o manos.

—Tócalas, si quieres. No muerden.

Sophie las tocó y luego miró a la chica y miró a su hermano, y su hermano se rio y se rieron todos.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que quieras —dijo Mich.

Sophie los miró tratando de entender que esperaban de ella. Mich seguía mostrando aquella máscara impávida que empezaba a resultarle conocida.

—Venga, dejad a las señoritas —pidió Farid. Sophie cerró la

puerta tras ellos y se sentó en la cama. Aicha parecía tener prisa en quitarse la ropa pero Sophie la detuvo:

—Deja, no hace falta. Ven aquí.

Sophie se dejó abrazar. Estuvieron así las dos en silencio, sin saber muy bien que se esperaba de ellas, qué las había reunido. La puta extendió la sábana sobre las dos y se sintieron arropadas. Estuvieron así casi una hora, quietas, sin hablar, mirando el techo blanco con una bombilla desnuda, escuchando el bullicio de la calle, la llamada de la mezquita, los gemidos en las habitaciones contiguas.

—A veces me gusta todo. Todo es bonito.

—Toma tu dinero.

La otra parecía feliz. Se metió el billete en el rizo del escote y le dio la espalda.

Cuando Sophie salió de la habitación, ya no había nadie. En el vestíbulo, la madama, una anciana y un hombre retrasado jugaban a las cartas. Trató de averiguar si era la brisca o el cinquillo, pero no estuvo segura. Salió a la calle. En aquella hora extraña había llovido y las calles estaban mojadas. Saltó entre los charcos de la rue du Commerce, sintiendo el vértigo de estar atravesando de pronto el territorio del pecado, allí por las calles repletas de puestos abiertos, entre el griterío, y los barruntos de asnos y de cabras. Y se fue hacia el Zoco de Afuera a buscar un taxi, abriéndose camino entre procesiones de niños pedigüeños, ancianos y mujeres tapadas. Sin incidencias, llegó a Bab er Fahs y un taxi la llevó de vuelta a casa, en la ladera derecha de la pequeña colina. Mirando por la ventana fue dejando atrás el bullicio de la ciudad vieja.

Aquella noche tuvo pesadillas. Era como una especie de resaca. Al cerrar los ojos, no podía dejar de ver la cama en la habitación de techo blanco, el espejo moteado donde Aicha se miraría de vez en cuando y vería cómo su rostro iba empequeñeciéndose y marchitándose, mientras los clientes se sucedían y se iban, como ella, haciendo viejos.

Quiso volver al día siguiente y llevarle a la otra el poco dinero que había encontrado. Había revuelto las cajas del despacho, vaciado las maletas y los bolsos. Pero era poca cosa su botín. Cuando, al día siguiente, llegó a Bab er Fahs y el taxista la depositó en medio de los vendedores de pañuelos, de chaquetas viejas, de teteras, de platos, de cazuelas, no supo hacia donde tirar. No tenía ni idea de cómo volver al bar de alterne. Se sentó en una terraza rodeada de hombres y fue mirando cómo, cerca de la calle San Francisco, iba bajando el crepúsculo sobre Tánger, igual que una humareda.

XXIV

LOS ACONTECIMIENTOS A MENUDO SE ENCADENAN aleatorios. Ocurre que no les encontramos sentido alguno pero el error es nuestro. Los estados de ánimo colectivo se manifiestan en catástrofes naturales y políticas, a través de metáforas y accidentes de profundo contenido estético. Y algo semejante ocurrió en aquel día de verano de 1957, donde todos iban debatiéndose en un bizarro fin de fiesta. Los niños jugaban a matar perros y gatos, las plantas se marchitaban en la plaza de Navarra, mujeres sacudían sus alfombras en la calle de Tetuán, sacudían felpudos y cantaban pasodobles. Eran todos marionetas en manos de la ciudad que se despedía.

Fue tal vez Sophie quien, a la tarde siguiente, estuvo atenta a la salida de su hermano y, sin mediar palabra, se ofreció a acompañarlo. Puede que incluso insistiera:

—¿Vas a visitarla?

—No.

Jéróme aparcó el porche destartalado detrás del cine Roxy. Ella se dejó guiar. Nadie le prestaba atención, hoy había dejado de ser objeto novedoso. Volvió a notar el cosquilleo en la boca del estómago. No podía evitar sentir algo de miedo. Callejearon sorteando a las ancianas con melones y sandías, a los campesinos con fardos en la cabeza, a las familias en motocarros; esquivaron las camionetas que pitaban. Pasaron cerca de la sinagoga, de la iglesia católica, de los vendedores de relojes y de alfombras, dejaron atrás los *money-changers*. Los chicos parecían ir a tiro fijo. Al principio de

la calle un par de travestis se abanicaban, vestidos con trajes de cóctel. Ella se fijó en sus manos grandes y en sus grandes nueces. Un tercero, maquillado —que llevaba chador hasta los pies pero fumaba un cigarro con boquilla— la miró lujurioso.

Los chicos se detuvieron en un puesto cerca del mercado grande y Farid estuvo largo tiempo dentro de una tienda, parlamentando sobre algo. Luego los vendedores se lo llevaron hacia el fondo, al almacén o al depósito, mientras los otros esperaban.

—Nos vamos —decía Jeróme cada dos minutos, mordisqueándose las uñas. Jean-Mich sentado sobre un bolardo los miraba.

Y después, cuando ya había pasado más de media hora, salió Farid cargando con un paquete pesado en la mochila.

—Mierda, estábamos empezando a perder la paciencia.

Caminaron decididos: Sophie detrás como un joven soldado, preparado para lo imponderable. Y de pronto las vías se fueron haciendo cada vez más solitarias, los comercios fueron despareciendo, el mar parecía acercarse más y más, se oía el ruido del puerto, alguna sirena, gritos de gaviotas. Llegaron a una callejuela en un pasaje en cuesta y se detuvieron frente a una puerta muy grande pintada de azul. Sophie había oído que el azul ahuyenta a los mosquitos que confunden las superficies azules con el agua.

Y uno de los chicos —Jérôme quizás— golpeó la puerta, una, dos veces. Farid estaba ocupado enderezando sobre su espalda la bolsa que pesaba mucho. Esperaron. Al fondo se oía una música muy potente que parecía *rock* y un tipo les abrió la puerta. Era un hombre joven, con un acento muy feo y un cuerpo raquítico. Parecía un escolar *cockney*, su rostro estaba hinchado por la base como si padeciese paperas. Venía subiéndose los pantalones. Sonaba detrás de él aquella música estridente y atroz.

—Salamalec, chicos, ¿qué os trae por aquí?

—Frank —dijo Jean Mich— nos prometiste que nos dejarías

mirar.

—No te prometí tal cosa, chaval.

—No molestaremos. Sabes que a mí me interesa de verdad. No seas cabrón. Y además, te traemos algo. Algo genial, te va a encantar. Nos costó mucho trabajo encontrar una pieza de este tamaño y en este estado —le hizo un signo a su compañero—: Farid, sácalo. —Y entonces Farid extrajo, con cuidado, el famoso paquete de la mochila.

—A ver. —El tipo echó un vistazo—. A ver, vamos a examinarlo. —Pareció ablandarse—. De acuerdo. Pero sabed que estoy acompañado. OK. Podéis quedaros un ratito hasta que me canse, hasta que nos cansemos.

El torreón era en realidad un taller de largos ventanales con olor a putrefacción, a vino y a óleo. Entraron todos en tropel. La última en entrar fue Sophie que se sentía asqueada e insegura.

—Sentaos en un rincón.

Frank se dirigió a alguien que estaba en el fondo y al que solo vieron de espaldas.

—Achmid, mira lo que me traen. Es una buena pieza —dijo mientras sacaba de su envoltorio una trozo grande y entero de carne de vaca. Roja y amoratada por dentro. Los coloridos eran chillones. Sophie vio que empezaba a pudrirse y había como un estallido de gusanos en su centro. Aquello pareció encantar al tipo con paperas. Ahmed, su acompañante, que venía del fondo con el pecho al descubierto, sonrió. Era muy guapo. Jean Mich reconoció en él al amigo del escritor americano pero no dijo nada. Había oído hablar de él y sabía que se estaba convirtiendo en una celebridad, gracias a sus relaciones. Sabía también que jugaba muy bien al fútbol, que se prodigaba en el Country club y en la Escuela Americana y que era pintor. Aquella ciudad era así, uno nunca sabía con quien iba a encontrarse, y a veces era mejor no saberlo y, desde luego, no comentarlo ni decirlo.

—Voy a colgarlo de este gancho, me va a servir de puta madre para hacer alguna que otra crucifixión.

Francis hablaba con acento irlandés. Tenía el rostro destrozado por el alcohol y algo que parecía un sufrimiento intenso y penetrante. Pero al mismo tiempo rebosaba energía, como si llevase dentro de sí mismo un generador eléctrico:

—No creo que vuestra mamá se ponga contenta si descubre que habéis venido a verme.

Los chicos no contestaron.

—Y me dices que quieres ser artista, Michel —siguió hablando —. Es verdad que siempre resultan atractivas las cosas que no conocemos, pero te puedo asegurar que, si yo volviese a nacer, no volvería a meterme en lo que estoy. Demasiada mierda.

—Queremos jugar, Frank.

—¿Estáis seguros?

—Queremos jugar.

Francis miró entorno así con una especie de ceguera. Parecía como si estuviese midiendo entre dientes el espacio de la sala. Lo vieron gruñir:

—De acuerdo, pero la chica no.

—¿Por qué? Yo puedo jugar lo mismo que ellos.

—Cállate —le cortó su hermano. Era la primera vez que ella lo veía así. Siempre había tenido la impresión de que tenía todo bajo control, hoy no estuvo tan segura.

—Nuestro juego no es para ti, princesa —dijo el inglés—. ¿Por qué la habéis traído?

Sophie se levantó, pero luego se volvió a sentar.

—No quiero irme.

—Déjala que se quede. Todo es formativo —dijo Jéróme. Había adoptado una tonalidad de suficiencia. Ahmed y Farid se miraron indiferentes.

—Mira, haz lo que se te antoje, quédate, mira un poco, no esperes a despedirte: cuando quieras, la puerta está abierta. Coges y te vas, sin explicaciones ni justificaciones, sin saludos.

Los muchachos se sentaron en círculo con los otros, había dos cigarros que iban circulando perfumados y, entonces, Jean Michel sacó del bolsillo de su chaqueta algo y se lo tendió a Frank y Frank

lo tomó con placer y desenvolvió el bulto oscuro que llevaba en una funda. Era un revolver brillante como un insecto: negro y grávido. Sophie reconoció el revólver de su padre, abrió la boca y la cerró.

Su hermano estaba pálido y arrogante, con la mano se mesaba los cabellos. El pintor, tenía una sonrisa afeminada:

—El juego será así: solo hay una bala en el cañón e iremos haciéndola girar mientras fumamos. A lo mejor tenemos suerte, a lo peor no. Es bastante vulgar. Solo un intento cada uno y después mandamos a Ahmed a buscarnos un cuscús al *hanout* de enfrente.

—No sé, Frankie —repuso Ahmed, que seguía desnudo de cintura para arriba. Parecía un tipo muy sencillo, con poco gusto por la tragedia—. Puede ser peligroso.

—¿Qué le pasa a este desgraciado? os preguntaréis. —Frank hablaba con una voz resonante y muy aguda. Parecía loco—. Pues lo de siempre, amigos. Guardaos de los demonios que todo lo infectan y envenenan. El tipo en el que pienso noche y día me odia, solo quiere herirme, destrozarme. Y yo me muero por estar con él. Hasta tal punto es así que me he venido aquí, a esta mierda de ciudad, para verlo siquiera algo. Mendigo su tiempo. —Parecía como si su rostro y sus manos se retorciesen, cuando hablaba—. Allí estoy todas las noches en el Dean's, para poder robarle algunas horas, tengo que esperar a que esté bien bebido, si no, jamás se dignaría a venirse, porque no quiere que lo visite en la pensión donde vive, me desprecia, dice que odia la pintura, los colores, el arte, todo. Solo le gusta el vino malo, servido en vaso barato, no le des copas de borgoña, solo quiere mierda que va entrando lentamente en su organismo y que va destruyendo, día a día, su rostro fino y hermoso como si fuese veneno. Me daría igual morirme ahora. No me importaría nada. Pero vosotros, ¿qué ganáis jugando a esto? ¿os pone la perspectiva de espicharla?

Se detuvo y tomó un trago largo de una botella que campaba por allí:

—Mirad ese gancho con esa pieza tan hermosa, morada y escarlata. Qué belleza. ¿Sabéis que hay gente que disfruta dejándose colgar con ganchos así atravesados en su carne? Se hacen colgar del techo como trozos de vaca o de novillo. Dicen que una vez que superas el dolor, tu cuerpo genera una substancia tan placentera que es como si entraras en trance y planeases, ves la habitación en cuatro dimensiones y tu alma sobrevuela a tu cuerpo y lo contempla como si fuese una carcasa abandonada. La gente paga para que la cuelguen. En Berlín hace unos años se hacían estas sesiones de suspensión en algunas casas de ricos, pero también se hacían en garajes de la periferia. La gente pagaba un dineral. Algunos luego se arrepentían, antes de que el acero les atravesase la carne, y daban marcha atrás. Perdían sumas grandes pero no les importaba. Vomitaban, se ponían a tiritar, volvían a sus casas cabizbajos. Pero otros seguían adelante y…

Frank contempló a los chavales que lo escuchaban con avidez como si su boca destilase una verdad preciosa y rara. La chica sentada en las escaleras de la entrada tenía los ojos enrojecidos pero parecía resuelta.

—… seguían adelante y haciendo aquello, tan repugnante, tan extraño, encontraban algún tipo de consuelo.

El hermano que llevaba casi cinco minutos mordiéndose los labios, habló. Parecía exigir o suplicar:

—Deja que se vaya. Es solo una niña.

—Mich —suplicó ella mirando a su hermano— por favor, Mich.

2
LA SAL NO FLORECE NUNCA

«Si tu es mon ennemi, je te tuerai pour de l'argent, mais si tu es mon ami, je te tuerai pour rien».

(Proverbio del Zoco Chico)

I

Había planeado el viaje durante varios meses. Al principio, a Janie le encantaban los preparativos y se decía a sí misma y a todos los que querían escucharle que los acontecimientos empezaban a precipitarse, que Ahmed estaba convencido de que lo perseguían los demonios, que no tenía opción. Por supuesto, desde el principio, Janie manifestó que no iría. Aquello, lejos de incomodar a su marido, lo tranquilizó. No era proclive a viajar en grupos grandes. Y la idea de compartir experiencias con Cherifa, y quizás con Tetum, no le excitaba en absoluto. Pero, por fortuna, Cherifa odiaba el agua y el aire y odiaba viajar. Y Janie no hubiese podido soportar partir sin ella. Además, por alguna razón, Janie creía que aquellos meses iban a ser cruciales para avanzar y quizás concluir su novela inacabada.

Paul le decía:

—Deja a Cherifa y vente con nosotros. Nos divertiremos.

Pero Janie tenía aún muy reciente el último noviembre en Taprobane, la isla donde solían pasar, hasta hace poco, los inviernos. Un mes que había sido un calvario, con Ahmed pintando noche y día en un salón llamado «del Lotus», alumbrado solo por un quinqué, y con los nativos representando en el jardín la danza de la muerte. Y luego, ellos día y noche fumando y haciendo el amor y ella tratando de que Paul le hiciera caso y la escuchara.

—Paul, ven aquí, Paul, no me siento bien. Paul, qué puedo

hacer, tengo claustrofobia.

Pero Paul ni siquiera contestaba. Se pasaba horas y horas, sin prisa, enroscado en el suelo, tratando de transcribir el canto de las cotorras. Las hacía repetir su gorjeo una y otra vez y luego plasmaba en el papel extrañas melodías para piano. Jane recuerda que, en Taprobane, bandadas de murciélagos se balanceaban todas las noches sobre las ramas de los árboles y luego se echaban a volar por las mañanas con estruendo.

—Escucha, esto suena a Debussy —decía Paul, riéndose de sus aprehensiones.

Ahora, en el fondo, él se alegraba de poder dejarla. Kenia, Zanzíbar, quizás Mozambique y luego la isla, que estaba decidido a vender al mejor postor. Disfrutaría más de aquellos últimos meses, sin interferencia de amigos ni conocidos, con Ahmed, solos los dos, en barcos, en trenes, en camionetas, frente a poblaciones y paisajes memorables, comiendo platos raros, recopilando sonidos y pigmentos, contraponiendo las costumbres de su amante del siglo XI a las de otros musulmanes con lenguas distintas y también a las de idólatras y animistas fantasiosos, ariscos.

—¿Sabes que soñé que le colocaba una piedra en la boca a un muerto y después supe que es una costumbre que se practica en China y en Irlanda? Es curioso ver que presentimos cosas que ignoramos.

—Sabemos lo que nos va a suceder y estamos en capacidad de evitarlo, si queremos.

—El libre albedrío de los demonios.

—Lo que sea.

Tánger estaba mórbida y triste en aquel invierno de 1957. Paul estuvo contento de cerrar las gruesas maletas llenas de sellos, y embarcarse. Janie le dijo adiós desde el muelle de la ciudad.

—Ya sabes que tengo que irme. Necesitamos dinero.

Y se fueron. Allá sola, en el muelle, al lado del cuerpo enorme de Cherifa, Jane parecía sobrecogida, arrepentida quizás en el último

momento. El barco se alejaba y ella se iba haciendo cada vez más pequeña e indefensa. Él, que estaba acostumbrado a sus cambios de opinión, a sus supersticiones, hizo caso omiso. Janie siempre había sobrevivido, arropada por su gineceo, haciendo de cada día una carrera cada vez más frenética hacia la puesta del sol.

Y luego, en cuanto estuvieron en alta mar, Paul se sintió casi feliz. Partir era ponerse entre paréntesis. En general trabajaba mejor de viaje que en casa pues se había hecho adicto a la novedad y al riesgo. Pero esta vez le ocurría algo distinto: de repente, tuvo miedo.

Jane y Cherifa regresaron a casa en el Jaguar color crema. Tensemani guardaba silencio. Cherifa canturreaba.

Pasaron los días y al principio todo fue bien: Jane se impuso horas de trabajo fijas, pero, cada vez más a menudo, las letras se ponían a bailar ante sus ojos y acababa dejándolo por imposible. Todos los días adelantaba la hora de la primera copa. Y si Gordon Sager venía a visitarla, ambos salían a ver al *beau monde*. ¿Qué hubiese hecho la ciudad sin la buena de Janie, la alegría de todas las fiestas, disfrazada de marinero, de duende vicioso, de vieja bruja, con el cigarro entre los labios y el bolso lleno de papeles?

—Mi novela.

La gente se escandalizaba al saber que aquellas notas eran su último libro.

—La llevo en el bolso para revisarla cuando tenga dos minutos, en el taxi.

Además, ¿merecía la pena terminar un texto que no se sabe de qué trata, un texto que será con toda seguridad una bazofia? Decían que lo que ella escribía era basura, todos estaban de acuerdo. Hasta la escritora esa delgaducha, la de los diarios —Anais Nin—, se había tomado la molestia de mandarle una carta de cinco páginas explicándole todas las razones por las que su novela era una mierda. Luego otra vez, en la Quinta Avenida, Paul y ella se la habían encontrado saliendo de un restaurante y Nin se la llevó aparte para

insistirle en que su novela no valía nada. Janie estuvo de acuerdo en casi todo.

¿Merece la pena escribir en esas condiciones? La respuesta es sí. ¿Por qué?

—Pues porque peor que hacer es siempre no hacer.

Algunas tardes, Cherifa se quedaba en casa y ella se venía conmigo a pasear por la playa: yo siempre la escuchaba con arrobo.

—No sé como me aguantas. Y encima estoy coja.

—Eres genial. Paul a tu lado es un Liliputiense.

Y Janie se reía y proseguía.

—De verdad, si no pudiese hablar contigo me moriría de pena. Menos mal que os tengo a ti y a Gordon. ¿Tú sabías que antes de *Two ladies* escribí tres novelas pero perdí los manuscritos, en trenes, en hoteles, no sé, salieron volando por ventanillas de no sé cuántos taxis? Ahmed diría que fueron los *djins*, yo digo que fui yo misma que me saboteo sin cesar y no quiero terminar nada.

—Janie.

—Es así. Cuando llegan los *djins*, no se puede hacer cosa alguna para evitarlos. Y ahora ya están aquí. Asoman la pata sin cesar. La gente dice que más vale no mencionarlos pero ignoran que hay toda una serie de rituales que se pueden practicar para anular los efectos nefastos. Aunque a veces ya el mal está hecho.

—Esas son cosas de Yacoubi.

—Bueno, él está acostumbrado a presenciar encantamientos y exorcismos desde niño. Me contó por ejemplo que una vez, durante un exorcismo, había oído clamar a los demonios. Los *djins* son como animales, como sanguijuelas, buscan lugares cálidos oscuros, senos blandos, lechos confortables. Ocupan los cuerpos humanos porque están calientes.

—Parece razonable.

—Dicen que son sedientos y golosos. Yo los he sentido en muchas ocasiones y quisiera estar a bien con ellos, pero no creas que

es fácil.

Janie celebró su cumpleaños el 22 de febrero y yo la llevé a cenar a La Parade. Pedimos *escargots, foie-gras* y, de postre, *île flotante*, sus tres caprichos. En la sobremesa, Pepe Carleton y David Herbert trajeron rosas y le cantaron a dúo algo de Sinatra. Ella estuvo, como siempre, borracha, y también más triste de lo normal. Herbert, que se había dado cuenta hizo lo posible por distraerla:

—Acabas de publicar un cuento en *Vogue* —se trataba de *Una piruleta verde*—. Tienes razones para estar feliz.

—Pues mira, ¿qué quieres que te diga? Acabo de cumplir cuarenta años, soy escritora y no he escrito ni sola obra de éxito. No he tenido un solo éxito de crítica o de ventas. Soy una fracasada. No sé para qué sigo insistiendo en este oficio.

—Venga, Janie.

—Bueno, también es verdad que no sé en qué podría ocuparme si no me hubiese dado por escribir. Supongo que sería como esas viudas ricas de Ohio que compran aspiradoras y biblias ilustradas. Y me moriría de aburrimiento —sus ojos chispearon—. La escritura es la excusa perfecta para hacer el golfo. Nadie te riñe si empinas el codo, o si corres detrás de la sirvienta.

Ese mismo día, Jane le escribió a Paul una carta breve en la que le contaba cómo había pasado su cumpleaños. En ella le describía la nueva enfermedad de su gato Seth —eccema— y el mal comportamiento de las cotorras —se acabarán matando la una a la otra—. Terminaba pidiendo ayuda a Paul de una manera cuando menos curiosa: «Dime por favor que da igual que no escriba».

Janie añadió algo más para hacerle sonreír: «Justo ayer llamó interesándose por ti un tipo muy curioso. Me preguntó si yo conocía a un tal Philippe Lamentia. Yo por supuesto le dije que no. Él me explicó que ese Lamentia era un poeta muy moderno que escribía desde la edad de trece años y que acababa de tener una serie de visiones fumando peyote en México.

»—Vaya, me alegro —le dije.

»—No, de verdad, se convirtió al catolicismo después de eso.

»—Ah, vaya.

»—¿Y a Charles Henri Ford lo conoce?

»—A ese sí porque es viejo.

»—Ah, genial —y él insistía—: Jane, y usted ¿toma *majoun* a todas horas?

»Y yo le dije:

»—Mire, me horrorizan todas esas historias y creo que es mejor que no nos veamos.

»—Bueno, y ¿qué piensa del zen?

»—¿Cómo? —pregunté.

»—¿Cree en Dios, Jane?

»—Escuche, no tengo intención de discutir sobre cosas semejantes por teléfono.

»Querido Paul, al fin y al cabo, visto lo visto, quizás a ti te caiga bien. Es amigo de Bill. Jovencito. Creo que se llama Ginsburg o algo así. Yo de todas formas, he decidido cortar el teléfono y espero no verme obligada a volver a hablar con él en mi vida.

Abrazo muy grande a ti y a Ahmed desde el Vertedero».

Aquella noche, Jane, después de su fiesta de cumpleaños, estuvo trabajando hasta altas horas de la madrugada, mientras Emilio, echado en el diván, trataba de conciliar el sueño. Jane le había pedido que se quedase. En noches así, señaladas, tenía miedo.

En Taprobane, Paul, un poco inquieto pues no había podido hablar con su mujer, se había levantado al alba y, agarrado al grifo del lavadero, trataba de obtener diferentes sonidos y grabarlos. Según la apertura del grifo, según la temperatura del agua, el volumen del agua almacenada, cambiaban los acordes. Y los efectos que obtenía eran curiosos.

La aurora en Taprobane era asfixiante, densa, y a él le resultó inevitable acordarse de Jane y de Tensemani el año pasado, jugando a las cartas bajo las palmeras. Volvió a oír a Jane quejándose.

Además, Ahmed andaba de muy mal humor, como si supiese que algo venía a por él. Decía haberla sentido todo el día, la sombra negra. Pero Paul ni lo escuchaba. Ahmed insistió entonces en que quizás alguien les había echado el mal de ojo y dijo que el *djin* venía a por él directo, como las moscas a la podredumbre.

—Tonterías —respondió el otro. Y luego tocaba al piano alguna sonata de Beethoven. *La Apassionata* o *la Patética*.

Y ya, a la mañana siguiente, las cosas parecieron retomar su curso. Siguieron una serie de semanas estupendas. Paul y Ahmed caminaban todos los días hasta el continente atravesando el agua que les cubría media pierna, para presenciar danzas del diablo que se organizaban a la caída del sol en los poblados. Dos criados les llevaban la ropa seca. Los siguientes meses fueron muy buenos: estuvieron llenos de pintura, de paseos, de baños con peces gruesos como manos.

Solo después las cosas dieron en complicarse.

II

Sabes cómo era él, tan correcto y tan agrio. Llamó a mi puerta en la rue d'Alger y le abrió mi sirvienta. Él estuvo esperándome en el salón mientras yo terminaba de vestirme. Nunca habíamos tenido mucha relación aunque contábamos con amigos comunes. Bien es cierto que la mayor parte de las veces él no estaba en condiciones de conversar de manera razonable. Se alteraba mucho y a veces me reñía como si yo fuese el artífice de cientos de complots de los que se sentía víctima. Pero otras, era como si una clarividencia aplastante lo revistiese de majestad y de prestancia. Empezó a hablar. Me dijo:

—Tengo que ver a Paul.

Yo le contesté que era imposible, que Paul estaba de viaje y que no lo esperábamos hasta el otoño. Él renegó por lo bajo con aquella voz suya de tenor. Luego se levantó y fue hacia la puerta.

—Pero, dime, a lo mejor te puedo ayudar yo.

—Lo dudo. Bueno. —Volvió a sentarse—. La cuestión es que me parece, me da la impresión, o al menos eso me han dicho, de que he terminado mi novela y me gustaría dársela a alguien a leer para que me dé una visión ponderada del asunto. Aunque, quizás Paul tampoco fuese capaz. No lo sobreestimo, ya sabes que nunca he sido dado al optimismo.

—Pero, Bill, eso es fantástico. Enhorabuena. —Le palmeé la espalda. Él pareció molesto.

—Bueno, tengo mi habitación llena de gente. Varios amigos se han teletransportado desde California y llevan dos semanas

recogiendo los folios que formaban montañas por el suelo y ordenándolas. Han preferido el orden cronológico, no sé por qué, y lo están pasando a máquina como pequeños esclavos.

—¿Quieres que lo lea yo?

Bill ahogó una risa.

—No te lo tomes a mal, Emilio, pero no creo que seas el más indicado para esas lides. Ni siquiera estoy seguro de que Paul, con su proverbial apertura de espíritu, vaya a entender el grueso del asunto.

A mí aquello ni siquiera me ofendió. Una vez había leído un texto corto suyo, y me había parecido tedioso, aburridísimo. Pero entonces vino lo más interesante.

—Vamos dando un paseo.

Salimos los dos. La calle estaba soleada pero Bill vestía gabán de invierno. Siempre tenía frío. Por sus adicciones, suponía yo.

—¿Cómo va tu vida en Tánger?

—No me aventuro más allá del Zoco exterior. El mundo de los elegantes me resulta de los más indigesto o, más bien, son ellos los que no me soportan a mí. La última vez me echaron del Dean's.

—Pues no encontrarás ciudad más tolerante.

—Me gustan los reservados de los hamams, eso sí. Aunque, con franqueza, aquí los chaperos no hacen más que lloriquear y cobrar extras por todo.

Cambié de tema pues advertí que Bill se prestaba a contarme los entresijos de su vida privada, que yo no encontraba en absoluto glamurosa.

—Dicen que los precios van a subir.

—El que se lo monta bien es el Paul. Drogas baratas, viajes a tutiplén, sexo a domicilio.

—Venga, no exageres.

—Si no fuera por Tensemani, me acercaría a su casa a dejarle el tapuscrito. Pero seguro que el fornido chófer anda por ahí. Dios me libre de acercarme al único hombre exclusivamente heterosexual de Tánger. Es capaz de denunciarme ante su jefe por acoso.

Me reí.

—Yo creo —aclaré yo, que había oído aquella historia más de una vez— que Paul se sirve de Tensemani para ahuyentar a la gente cuando se cansa. Les dice: «Hey, anoche te insinuaste a mi chofer, está muy molesto, más vale que no vuelvas por aquí». Y como es raro que los tangerinos recordemos lo que hicimos el día anterior, pues todos vamos y nos retiramos con la cola entre las piernas.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

Estuvo un momento reflexionando.

—La verdad es que me trae sin cuidado. Y disculpa mi rudeza: no pretendo ser grosero, ya lo sabes. La corrección es para mí un valor inalienable.

—Descuida.

—Pero, hablando de cosas más serias. ¿Sabes que estoy convencido de que estamos habitados por un parásito asesino?

—¿Cómo?

—Aquí los limpiabotas hablan mucho de ojos retorcidos, de demonios, de magia negra. Y eso a mí me da igual, el caballo lo desinfecta todo. A mí no hay quien me embruje. Pero el otro día, estaba yo discutiendo de precios en el mercado del grano y vi algo que sí que recordaba a una aparición espectral.

»Ya las había visto otra vez pero, entonces, hijo, fue como ver llegar al camamblé y a sus esbirros. Iban la pobre señora Bowles, toda diminuta, y, al lado, su criada enorme con un *niqab* negro azabache que le daba aspecto de pregonera del terror. Lucía además, por encima de esa prenda, unas gafas negras y redondas de marca, que se las debe de haber birlado a la pobre Jane.

»Y detrás iban un par de mujeres más pequeñas, con velos más discretos. Descendieron del coche de Paul como si fuesen una patrulla de Marvel, de monstruos superpoderosos. Y en el medio avanzaba la pobre Jane con un sombrero de paja y un bolsito minúsculo, parecía la reina de las tinieblas.

—Bueno. —Nos sentamos en la terraza del café Society donde

varios caballeros y damas me saludaron—. No se puede hacer nada, ella es testaruda.

—Menuda escoria de gente, no sé cómo los aguantas. —Bill miró a su alrededor como si estuviese en una letrina. Sobre la mesa redonda, puesta con sumo gusto, lucía un crisantemo de color azafrán—. Dignatarios, gánsteres, prostitutas, defensores de los valores morales, factótums capitalistas, lo mejorcito de cada casa.

—Defensores de la moral, no estoy seguro —dije yo, sin tenerlas todas conmigo.

Bill pidió un agua con limón con suma cortesía. Yo pedí un Martini seco.

—Bueno, a lo que íbamos. Ya sé que todos me tomáis por loco por mis experiencias extrasensoriales, que tenerlas las he tenido. Es verdad que mi especial clarividencia me permite ver cosas que vosotros todos hacéis como que no veis. Yo percibo los crímenes antes de que ocurran.

Tosí y lo miré con ojos como platos.

—Ya sé que me contemplas y lo que ves es a un asesino, pero no soy más asesino que ese otro tío de la otra mesa o que tú mismo. Aquello fue un episodio desafortunado. Yo odio la sangre, visceralmente. Y ella —calló un momento— era una persona excepcional, la única persona que en el fondo me ha querido, no como todos esos maricones que cobran y se pelean por dos pesetas y registran el cajón y me desvalijan y me hacen la vida imposible. Ella sabía qué era lo que había que leer y lo que no. También Allen, aunque Allen es más tonto. Nos pasábamos las horas hablando de Homero y de Ovidio, ella tenía ciertas teorías particulares sobre Odiseo, decía que era un buscavidas y que toda la mitología griega estaba fundada sobre su figura que era la figura del traidor, con una sola idea fija, que era ir sobreviviendo y dejando detrás todo un reguero de cadáveres —se detuvo un instante y dijo para el corbatín —. Mierda: ¿me estaré yo convirtiendo también en Odiseo?

Yo empezaba a aburrirme y él debió de darse cuenta.

—A ver, concéntrate. Lo que te iba a decir es lo siguiente. Te lo

deletreo si quieres: la palabra es CRIMEN. Lo huelo en el aire. Te diré más, lo que veo cuando miro a Paul es eso. Veo a un criminal. Estoy seguro de que toda esa historia de Cherifa fue planeada, de principio a fin, por el maridito escritor que ahora, como por casualidad, está ausente. Verás lo que va a ocurrir. Él no está y ella se encuentra entregada a toda esa horda de bacantes que la descuartizarán y se la comerán con patatas. Seguro que están planeando la *tajine* que se van a preparar, y ya se habrán repartido las bragas, los jerseys, la pasta de dientes y los diccionarios de la pobre Janie.

El vaticinio del hombre delgado me dejó a cuadros. Di un par de chupadas a mi boquilla y reflexioné. Y de pronto una oleada de indignación me sumergió. Pensé en levantarme y darle un puñetazo. Pero no me gusta pegar a los yonquis, y menos a los yonquis conocidos, me parece abuso de confianza. Y además —me rasqué el cogote— quizás Bill no anduviese tan descaminado. Pero ahora ya era demasiado tarde. Pensé en qué podía hacer yo, solo en la ciudad con Janie sola, para sacarla de aquel agujero, para salvarla.

Bill añadió, mirando el culo del camarero jovencito:

—El pescado está vendido, Emilio, es así. Cuando llegan los *djins* ya no hay quien los aplaque. Vienen en bandadas como los pájaros, se posan en los árboles, algunos hablan inglés, casi todos solo dominan el francés, por eso son tan cerriles y exquisitos. Se colocan ahí, a observarte y luego cuando levantan el vuelo se te quedan prendidos como murciélagos en la cabellera y ya no te dejan nunca, nunca hasta que es demasiado tarde.

III

LA COMIDILLA DE AQUEL INVIERNO DE 1958 FUE QUE Barbara Hutton se había quedado sola otra vez y había regresado para la Medina, para calmar su tristeza. En marzo organizó una fiesta en la que pensaba inaugurar lo que sería ya su nueva vida, después de su quinto divorcio. La sociedad local acudió de pleno y se encontró con que Sidi Hosni había sido redecorado en colores azules, con fuentes que manaban champán, Además, casi todos los músicos de la región fueron contratados para tocar ininterrumpidamente durante dos días.

Las señoras españolas se indignaban:

—Lleva ya cinco divorcios. Qué vergüenza. Eso ya es vicio puro. Y parece que anda buscando otra conquista.

Algunas se retiraban pronto, otras se quedaban sentadas en los sillones cotilleando, también sobre la Aribau, que parecía haberle cogido gusto a la ciudad y de la que se decía que tomaba el sol desnuda en la azotea. Nunca les faltaba tiempo para desmenuzar los atuendos nuevos de Carmen Polo y de su hija, vistos en el Nodo, aquellas perlas tan elegantes, la benevolencia de su marido. Mientras tanto seguían, por detrás del abanico, las maniobras de la anfitriona, con aquel vestido monumental que dejaba tan poco a la imaginación y aquella obscena corona de esmeraldas, rodeada siempre de suplicantes arrobados.

Se esperaban algunos leones marroquíes: los últimos, aseguró la

secretaria de la señora Hutton. Los habían transportado en cajas de oro desde las montañas y pretendían soltarlos, drogados al *majoun*, cuando la velada estuviese en su apogeo. Las malas lenguas comentaron que aquello no era del todo cierto, que los leones eran viejos y estaban deslucidos, que Bárbara los había comprado por dos duros a un circo portugués de mala muerte.

Varias estrellas se habían desplazado a propósito desde Hollywood para alegrar la fiesta. Guionistas asomados a la ventana discutían sobre *royalties*. Un boxeador famoso firmaba autógrafos y un rey destronado departía con figuras del flamenco; y, en fin, algunos poetas pobres, cerca del *buffet*, conversaban con un fámulo sobre la calidad del vino.

También el embajador americano parecía sujeto a una especie de histérica alegría, su mujer le tiraba del brazo impidiendo que se desinhibiese demasiado. Otros dignatarios discutían sobre el futuro de la Interzona: algunos, optimistas; los más, desesperanzados. Dos de ellos se sirvieron tarta de pichón y se instalaron junto a una fuente para confabular sobre un tema de divisas.

Todos estaban convencidos de que el cambio resultaría en una pérdida general de capital con el consiguiente desplome de fortunas. Los americanos temían además que la policía de costumbres emprendiese una caza de brujas indiscriminada que diezmase su comunidad o al menos la hiciese pasar por humillaciones e incómodos. En la esquina opuesta, los ingleses —algunos escépticos, otros muy bebidos, casi todos de vuelta de todo— bailaban el chachachá y evitaban la política. Cerca de las bebidas, otro grupo, nostálgico este de la Francia de Vichy, devoraba los comentarios de *monsieur* Morand, mientras este refería pormenorizadamente sus baños higiénicos en el agua helada del cabo Malabata.

—Diariamente. ¡Y luego unas friegas!

Pero el diplomático buscó en seguida una manera de escapar. Por alguna razón impenetrable, se encontraba siempre rodeado de

admiradores, pero las mujeres, que eran su material de predilección, le eran más esquivas. Llamó la atención de Harrison Meiss, conocido camello de buena familia que andaba por las inmediaciones. Como muchos otros americanos, Harrison portaba barba revuelta y sandalias franciscanas, incluso en eventos como aquel. Al verlo, enseguida vino en su ayuda. El efecto fue el que esperaba, el apretado círculo le abrió paso, y Harrison extrajo a Morand como a una perla de su concha.

Caminaron juntos un rato.

—Ponme al día.

—Bueno, tienes a la bella Bárbara, aunque dudo que quieras probar esa incursión por las esferas elegantes.

—Ya tuvimos nuestro momento. Entre marido tercero y marido cuarto. Fue un mal asunto. Me ponía los cuernos con todos los mozalbetes de la Medina, cuanto más jóvenes mejor. Era como si no pudiese parar, tenía ansiedad por recabar la atención de los pobres. Qué extraño, ¿no te parece? Y la vergüenza pudo conmigo. Terminé por dejarla, con gran escándalo por su parte, que hasta me acusó de romperle el corazón. Ahora, todo hay que decirlo, somos buenos amigos.

Harrison tomó de la mesa una paloma rellena y se la llevó a la boca sin melindres. Morand le tendió una servilleta.

—No, me refiero a algo nuevo. Algo interesante.

—Pues tienes a Korolevka, dicen que es vidente, hermosísima —dijo señalando a una belleza rubia que recordaba vagamente a los Habsburgo—. Posee haciendas en Siberia. Familia lejana del conde Tolstoi.

—Para rusas me basta mi mujer, que es lo bastante rusa y condesa para mi gusto. Pero, por ejemplo, ¿quién es esa chica? —Y señaló a una mujer alta y delgada en chilaba blanca, sin maquillaje y con pómulos marcados, flanqueada por Beatón, el fotógrafo. Acertó a oír:

—No vengo vestida para la ocasión, es un disparate.

Pero Beatón la hizo posar, entre halagos.

—La verdadera elegancia no se compra —le decía.

—¿Quién es esa chica?

—Carmen Aribau, señora de Oliver, española, escribió una novela sobre la soledad en la posguerra de su país, hace ya años, y obtuvo éxito rotundo y reconocimientos. No le sentó muy bien pues casi no escribe desde entonces. Su marido es del régimen y periodista. Dicen que toma el sol desnuda en la azotea de su casa. Anda siempre sola o con Emilio. No se le conocen amantes. Me temo que es católica. Me temo que es rara. Dicen que reza cuando está en los bares y que, a cada sorbo que da a las bebidas, recita un versículo de la Biblia.

—Me encantan las católicas. Creen en el pecado como nadie. El resto de los mortales no le damos la importancia que merece.

Harrison mordisqueaba los huesos de la tórtola y la emprendía con una segunda ante el disgusto del francés.

—Nunca conseguiré acostumbrarme a tus preferencias. Eres magníficamente depravado.

—¿Qué quieres? *C'est la french touch*. Genio y figura, hasta la sepultura.

Aquella noche me acerqué a Carmen.

—Hace tanto que no te veo, querida. ¿Te quedaste molesta por el homenaje fallido?

Ella me miró con los labios apretados.

—Ya sabes que odio esas cosas.

—Y entonces, ¿por qué no te vemos?

—He estado aquí siempre. Pero salgo poco.

—¿Qué tal con Antonio?

—Perfecto. Los niños magníficos. Y lo mejor es que tengo mucho silencio. Nos mudamos al Acordeón y yo guardé la *garçonnière* de Bab er Raha y allí me quedo a veces a dormir algunas noches.

—Qué moderna te veo.

Muchos me habían comentado haberla visto caminando sola por la Medina y a veces conduciendo su Seat 1400, llevando a campesinos con niños a sus pueblos o al dispensario médico. Pensé entonces que serían las malas lenguas, pero ahora comprendí que algo había detrás.

—Te veo bien.

—He estado caminando mucho, haciendo ejercicio. A mí me va bien el aire libre. He convertido el café Riad Sultán en mi guarida, me instalo allí y escucho a los elementos, leo un poco y estoy bárbaramente.

—¿Has visto a Janie en los últimos tiempos?

Su rostro dibujó una interrogación. Iba a contestarme pero fue entonces cuando irrumpió el tipo aquel, atildado. Lo miré. Me pareció que ya lo conocía de la casa de Yves Vidal o de casa de Conchita Montes. Se presentó y, desde luego, supe quien era. Lo que pasa es que aquí en Tánger resulta hasta cansado reconocer a celebridades: viajero, escritor, diplomático, vivalavirgen. En seguida vi que lo que le interesaba al célebre francés era mi acompañante. Supuse que sentiría curiosidad por su obra y aquello me halagó. Ella, en cambio, dudo que percibiese algo más que el vago interés de aquel franchute por sus zapatillas de playa pintadas de color plata. Lo escuchamos tranquilizarnos por los nuevos aires políticos.

—Todo cambia para que nada cambie, decía Lampedussa.

Nos habló del nuevo monarca como de un hombre de destino. Recuerdo que elogió incluso la ley coránica, de reciente implantación en todo el país e hizo un repaso sumario de las instituciones legales de los países musulmanes.

—El Corán es el libro de libros, no dudo que en él se encuentren todas las respuestas.

Fue entonces cuando Carmen pareció sentirse interpelada. Yo había oído de su conversión a través de amigos y reseñas de prensa. Ahora una pequeña lucecita se encendió en sus ojos al dirigirse al gran Morand.

—¿Es usted creyente?

—Bueno, en cierto modo. Creo en usted y en mí, en todos nosotros. Pero soy francés, recuérdelo, mi concepción de lo religioso se sitúa al extremo opuesto de lo que concibe un español.

Carmen guardó silencio. Yo había notado que le ocurría siempre así: parecía percibir el coqueteo, cuando de coqueteo se trataba, y lo ignoraba como si fuese un tronco de árbol que atravesase su camino y le impidiesen continuar. Entonces, se hacía a un lado, volviéndose muy pequeña y se callaba.

—Para mí entre los *Jajoukas* y la cofradía de la Virgen del Rocío no hay diferencia. Misma espiritualidad, misma sexualidad sublimada.

Carmen no negó, ni se ofendió, se sonrojó apenas. Pero yo, que no soy en vano el más charlatán de los españoles de la colonia, emprendí una larga discusión con el tipo sobre las riquezas de la herencia religiosa, islámica, católica, e hindú, o cualquiera que fuese. Cité a Freud: «La creencia religiosa prepara al ser humano para el pensamiento abstracto». Repasamos la genialidad de Ibn Arabi y Ornar Khayam y las virtudes del vino tinto, el sabor de la sangre de Cristo, la piel de toro, no quiero ver la sangre derramada, eran las cinco en punto de la tarde, si me quieres escribir ya sabes mi paradero, tercera brigada mixta primera línea de fuego y españolito que vienes al mundo te guarde Dios, una de las dos Españas ha de helarte el corazón.

Cuando nos dimos cuenta, ya Carmen se había ido. Esperé a que Morand admitiese la derrota. Empezaba entonces la exhibición de baile oriental. Yo me escabullí en cuanto pude, nadie me vio salir. Le dije adiós a los leones enjaulados en sus cajas doradas y entré en la noche llena de mendigos y pobreza. Anduve un poco sin rumbo fijo y, sin buscarlo, fui a recalar delante de la casa de Bab Er Raha, lancé piedras a su ventana pero nadie contestó. Pensé que aquella noche Carmen habría vuelto al Acordeón con Oliver y con los

niños. Y me pareció bien.

Luego, callejeando, llegué hasta el Zoco Chico. Allí los cafés permanecían abiertos y animados, la terraza del Central estaba llena de tipos bebiendo té a la menta y jugando a la ronda con una concentración que daba miedo. Me hice con una mesa en una esquina y llamé a un niño que me vendió dos cigarrillos a la unidad y un cucurucho de almendras tostadas. Apreciaba aquel ajetreo modesto, la sensación de pertenecer a una vida anómala y picante.

Enseguida vi que no era el único. Mientras en Sidi Hosni, el palacio majestuoso construido sobre siete casas, la fiesta de la temporada estaba en su apogeo, mientras los últimos leones marroquíes se paseaban por sus patios y las bailarinas orientales y los *gnawas* hipnotizaban a un público cautivo, mientras circulaban el champán y los dátiles rellenos de hachís, mientras se repartían el zumo de naranjas frescas y los pasteles, los pichones mechados y las toallas perfumadas, la anfitriona, Barbara Hutton, había conseguido escabullirse y, estaba allí, perdida, como si fuese una adolescente en un *diner* de Brooklyn. En un rincón del bar, cubierta con sus sempiternos armiños, besaba a un tipo joven que parecía un vagabundo, con su guitarra cubierta de viñetas sobre la silla de al lado. Nadie los miraba. Era como si, por un pacto tácito, todos los hombres del bar hubiesen acordado ignorar su existencia, como si se hubiesen vuelto transparentes.

Pero yo los vi. La heredera besaba a su adonis con una voracidad y una entrega que me conmovieron. Deseé que estuviese de verdad enamorada y que aquel músico ambulante se convirtiese dentro de poco en su sexto marido. Con ese pensamiento me levanté satisfecho y callejeé todavía un poco, con las manos en los bolsillos, de vuelta a casa.

IV

EN LAS SEMANAS SIGUIENTES ESTUVE MUY OCUPADO. Jugaba al mus con Pepe Carleton en las terrazas del café Society y trabajaba un poco sobre un guión que me había mandado Buñuel desde México. Yo adoraba a Buñuel, desde que había visto a los siete años *Un perro andaluz*, en el cine Goya de Tánger y había logrado conocerlo después por amigos comunes. Lo que me mandaba Luis muy generosamente era un texto surrealista de Juan Larrea, que él pretendía convertir en película. *Ilegible, hijo de flauta*, se titulaba.

Llegó por paquete a la oficina de Correos del Marshan: recuerdo haber vuelto a casa dando saltos, con él entre los brazos. Luego, durante días, lo leí y releí infinitud de veces con la intención de darle a Luis una opinión fundada. Viajé a Madrid y luego a París y estuve trabajando en su compañía, sentados en cafés, en casa de conocidos, en hoteles, hasta que al final nos dimos por vencidos. El filme no se realizó ni se realizaría. Fue una gran desilusión para ambos. A Larrea, en cambio, le dio igual: en su exilio de Córdoba, Argentina, en una casa que se llamaba Jardín Espinosa, estaba ya centrado en otros menesteres aún más surreales.

Poco después, mi hermana Dolores tuvo una recaída en su enfermedad. Estuvimos mucho tiempo preocupados por su estado, hasta que todo resultó ser un mal susto. Pasé parte del mes de marzo en el hospital Benchimol, en inmersión. Tanto fue así que, cuando le dieron el alta a Lola, y salí de allí, tuve la impresión de que la calle

olía diferente.

Entonces, una tarde cualquiera de marzo, recibí una carta de Paul donde, tras los saludos y encarecimientos pertinentes, me explicaba que había vendido muy bien la isla de Taprobane, y que el comprador era Sahuan Mandy, un irlandés también escritor, afincado en la región. Pero lo que había comenzado siendo un negocio exitoso había concluido con tan mala suerte que las autoridades le habían requisado el dinero en la frontera. Todos sus esfuerzos habían sido vanos y regresaba a casa derrotado, con un Ahmed que parecía causarle cada vez más problemas.

Fue entonces cuando yo me di cuenta de que había dejado a Janie sola. La había olvidado por completo. Aquella misma tarde de marzo, ni corto ni perezoso, fui a buscarla al edificio San Francisco. La construcción me resultaba desasosegante, tenía ese estilo moderno de todos los bloques nuevos del barrio Iberia, y del Marshan en general: fachada redondeada, terrazas centrales, plantas flamíneas en los descansillos, felpudos ovalados y cristaleras en forma de tragaluz. Pero a mí no me infundía sensación alguna de confort o modernidad. El ascensor era pequeño y siniestro, hasta tal punto que Janie se negaba a tomarlo. Parecía convencida de que allí habitaba Satán, que se descabezaban pollos o algo semejante. Ahora, una década después de la inauguración del edificio, las plantas y los tapices estaban deteriorados, algunos cristales lucían rotos y un par de gatos dormitaban en el descansillo de los Bowles, gordos, ciegos, moribundos.

Me recibió una Tetum cubierta de harina. Detrás de ella se oían los graznidos de las cotorras.

—Salieron. Fueron a pasear.

—¿A pasear?

—*Waha*.

No llegaría lejos, con su cojera. Salí a buscarla por las calles de Iberia. Y, en efecto, me la encontré sentada en una terraza frente al

Colegio español. La acompañaba Gordon Saier, uno más dentro de esa pléyade de columnistas del *NewYorker* que se habían venido a vivir en masa a Tánger por alguna razón que se me escapaba. Janie lo adoraba pues tenía casi tanto aguante como ella con el alcohol. Gordon, rubicundo, dibujaba sobre la servilleta un plano de la ciudad donde venían señalados datos extraños: iglesias católicas, fuentes de agua, cuarteles de la policía, hamams de frecuentación dudosa.

—Excelente, Gordie, la has clavado.

—A ver. Es un mapa que describe lugares donde fluye la energía. Es para Jane. Está convencida de que los demonios la persiguen o de que alguien está drenando su substancia vital.

Me senté junto a ellos. Hablamos del regreso de Paul. Ella, que ya había recibido las noticias, pareció entusiasmada.

—Sin él, me aburro, qué te parece. Siempre tiene historias que contar. Siempre trae a casa a un montón de gente y eso es divertido. Y después está el sonido del *oud*, lo echo de menos, ¿y qué me dices de las fiestecillas que organiza? Trae a un músico de Jajouka, cazado en la tienda de la esquina, o a una señora vieja y gorda especialista en cantar en exorcismos. Solíamos pasarlo genial. Era una especie de viaje al otro mundo.

Asentí.

—Además me gusta que me riña, siempre es agradable que alguien se preocupe por ti.

—Sabes que tienes que cuidarte.

—Lo intento. En principio, y seguro que te quedas encantado, he vuelto a retrasar la hora de la primera copa, ahora hasta después del anochecer. No sé cómo no se me había ocurrido antes. La bebida pertenece a la noche. Como el amor. Además hay una especie de justicia poética en esperar a que caiga la oscuridad para enterrarse vivo, ¿no te parece?

Recuerdo que aquellas palabras suyas me sobresaltaron. La frase se heló entre sus labios como un presagio. ¿Dónde estaba la Janie

que hacía poco jugaba al tenis en las canchas del Country club, la Janie que escribía todas las mañanas viñetas disparatadas en los búngalos de la Montañita, que seducía a hombres y a mujeres en el café Society, a base de chistes llenos de ingenio y *repartie*? En su lugar, vi delante de mí a un espectro.

Gordon se levantó y se excusó, después de un breve chiste.

—Es que de verdad me tengo que ir. Me esperan en La Parade. Después iremos al Casino, que no está abierto siempre, hay que aprovechar que es temporada. Si os animáis allí estaré a eso de las ocho, después de la llamada del Maghreb.

—Pues no te digo que no. Cherifa me tiene harta. Ahora le ha dado por prohibirme que me relacione con otras mujeres. Pero no porque me quiera —ojalá— es porque tiene miedo de que la substituya por otra y quedarse sin el sustento abundante que le doy y que le permite mantener a su madre y a una familia de diez almas.

—Diez almas por decir algo.

—No seas bruto.

—No sé por qué no te deshaces de ella.

—¿Y quedarme sola? Ni en sueños.

Cruzó los brazos sobre su regazo.

—Ella es mi familia. Como Paul. No hay que llevarse bien con la familia, está ahí y ya está. La necesitamos.

—Por cierto, ¿qué tal tu madre?

—Amenaza con venir de visita cuando termine la temporada, aunque no creo que se atreva, cree que vivimos en la selva de Borneo. Y la verdad es que me odia.

—Borneo es un sitio delicioso.

Cuando empezó a anochecer subimos caminando por las infinitas escaleras del edificio San Francisco hasta el ático. Ocho pisos. Janie renqueaba arrastrando su pierna anquilosada. Cada vez que llegábamos a un rellano yo le decía:

—Venga Janie, pedimos el ascensor, no seas tonta.

Y ella me contestaba jadeante:

—Ni lo sueñes.

En el descansillo del segundo piso, Janie se sentó en un escalón. Yo me aposenté a su lado.

—Llámame loca pero estoy convencida de que este edificio está vivo.

—Todos los edificios son iguales, no exageres.

—Si vivieras aquí, Emilio, me darías la razón. Yo noto que el edificio se expande y se contrae con un pulso suyo propio.

—Tonterías.

—Y noto que, cuando cae la noche, se convierte en un gigantesco ente del mal.

Recuerdo lo que me dijo porque a menudo pienso en ello:

—Si pudiera irme de aquí, me salvaría.

V

MI NOVIO DE ENTONCES, PACO LYONS, MI LLEVABA las mañanas de domingo a la misa del hospital español, a las 9 de la mañana. A mí aquello me parecía el colmo de la decadencia. No nos tomábamos de la mano, a veces llegábamos directamente del Bon-Bon y nos instalábamos en primera fila entre todas las damas de la colonia, apestando a vino, para escuchar aquel ritual en latín que se nos antojaba delicioso y transgresor. El padre Ramos era muy estricto. Nunca he soportado a los curas blandos. Tras la consagración, Paco comulgaba y se ponía a mi lado arrodillado y yo sabía, a ciencia cierta, que estaba rezando. Uno de los grandes atractivos de la misa del hospital español, que reunía a lo mejorcito de la colonia, es que, luego, era posible quedarse en el hospital, tomar el aperitivo, y pasear bajo el gigantesco bosque de cedros del país, al que no se podía acceder sin pasar por la capilla. También era una experiencia conversar con pacientes, la mayor parte compatriotas; y con los médicos, en los últimos tiempos acuciados por dificultades económicas que iban haciendo que muchos de sus servicios fuesen cerrando poco a poco. Eramos conscientes de ser parte de un paraíso que empezaba a desaparecer. El protectorado dejaba tras de sí muertos vivientes.

A veces veía en la misa a Pepe Carleton, a los Aquino, a Massimo Laurent, al honorable Herbert. Algunas mañanas aparecía también Carmen Aribau, con sus cinco hijos, y aquel aspecto suyo de atleta vestida de trapillo. A veces venía acompañada por Oliver,

otras veces sola y, entonces, su extraña serenidad resultaba deslumbrante. Parecía pasearse dentro de una burbuja como una santa. Quizás por eso, la gente la saludaba con tibieza, y no suscitaba simpatías.

Me acerqué aquel domingo a saludarla. Ella lucía una sonrisa tenue. Me dijo sin venir a cuento:

—Me preguntabas por Jane, ¿recuerdas?, en la fiesta. Pero no fui capaz de responder. Vino aquel tipo y me dejó sin palabras.

A mí, aquello ya no me parecía tan urgente.

—A veces la visito.

Pensé que Janie había omitido la información: que lo había olvidado o había preferido que yo no lo supiera. Y me pareció extraño.

Pasaron días. Paco y yo empezábamos a darnos baños de mar porque las jornadas ya eran calurosas. En la playa, yo revisaba algunos guiones, Paco aparecía un poco más tarde cuando los bancos cerraban y se metía en la caseta a ponerse el bañador.

—Ese Antonio me cae fatal —dijo una vez.

—¿Por qué?

—Demasiado serio y demasiado presuntuoso. Un enterrador presuntuoso. ¿Le pegará?

—Pero, ¿por qué? —le decía yo—. Ella es demasiada mujer para él.

—Por eso mismo.

Esa semana coincidimos de nuevo en el teatro Cervantes con Carmen, esta vez la acompañaba un grupo populoso entre quienes distinguí a Janie y a una Cherifa con *niqab* y, tras ellas, a tres americanos elegantes. Uno de ellos me pareció Brion Gysin, quizás el otro fuese Hamri.

Al verme en un palco vecino, Carmen se acercó a saludarme:

—Sí, ya sé que es extraño que seamos amigas, no nos parecemos ni por asomo. Ella tan mundana, yo tan sosa. Pero hay otras cosas

que nos unen. Y en su casa, se respira un aire de otro mundo.

—¡Esa Cherifa!

—Bueno, te sorprendería, Cherifa es capaz de reflexiones que se nos escapan a los otros. Y habla esa lengua tan hermosa. Jane dice siempre que, con ella, tiene la impresión de estar en el umbral de algo, de no poder traspasar una puerta, o bien la impresión de que la traspasas por unos instantes y te expulsa de nuevo. Es una sensación extraña no sé si placentera o todo lo contrario.

—¿Y Antonio?

—Bueno, por supuesto, Antonio ni sabe ni le importa que seamos amigas. Hemos llegado a un acuerdo, ¿sabes? Hace mucho que no nos vemos. Antonio necesita su espacio también, y yo se lo dejo.

Aquella noche, en la penumbra, mientras Manolo Caracol cantaba a la guitarra, con su pantalón apretado y su torera, me sorprendí mirando de reojo hacia el palco. Janie llevaba el ritmo, con una sonrisa medio irónica. Carmen, en cambio, oculta en la parte de atrás, parecía más bien ausente y fastidiada.

Recuerdo que aquella noche era 25 de marzo. Había vuelto el frío. Y en las calles todos hablaban del nuevo orden, de las revueltas en los pueblos y del cadáver de un europeo con un tiro en la cabeza que acababa de aparecer en las aguas del puerto. La identidad del hombre era un misterio, tenía el rostro comido por los peces.

VI

ESTÁBAMOS EN EL DEANES, TOMANDO UNA COPA de catalán de la función, cuando se me acercó un nutrido grupo de catalanes. Entre ellos figuraba Josep Andreu Abelló, fundador del grupo de tiro Gandori —que estaba constituido casi en su totalidad por industriales catalanes—. Abelló compartió conmigo una idea que le rondaba, desde hacía ya cierto tiempo, por la cabeza. Quería organizar en los locales del Nuevo Club en Sidi Gandori ese homenaje eternamente pospuesto a la escritora Carmen Aribau. Sería un almuerzo con lo más granado de la sociedad tangerina, dijo. Andreu me pidió que, teniendo en cuenta que yo era un buen amigo de Carmen, fuese yo quien hiciese los honores y pronunciase el discurso de homenaje.

¿Qué iba a hacer? ¿Hubiese podido declinar la invitación? Yo adoraba a Carmen y la lectura de su primera novela —*Barcelona*—, cuando salió, había significado para mí un choque brutal. Yo y todos los jóvenes de mi generación crecimos en una sociedad gris y triste, convencidos de que carecíamos de voz. Hasta que apareció aquella chiquilla con una historia sencilla y desencantada. Su ópera prima constituyó todo un éxito, contra todo pronóstico, ganando el premio de la crítica y el premio Planeta aquel mismo año. Carmen tan solo tenía veintiuno. En las fotos se la ve sonriendo con timidez, molesta en un mundo de académicos con barbas y novelistas rijosos. ¿Qué hacía ella allí? —parecía preguntarse en las fotos—, mientras en las entrevistas contaba que se sentía abrumada, que solo era una chica

más, del montón, que estudiaba en la universidad alguna carrera de letras, que no tenía pretensión alguna, más que de ser feliz.

Y aquel libro —Emilio lo buscó y lo sacó de su biblioteca. Allí estaba, autografiado y con las esquinas redobladas, subrayado— era como un milagro, porque era verdadero, porque hablaba del olor de los tranvías, de la morosidad del mes de febrero, de los sobreentendidos y de los prejuicios, de la maldad y del miedo, del deseo humilde de crecer. En ella estaban las calles de todas aquellas ciudades grises de mi país, donde reinaba un silencio impuesto y la tristeza inevitable del olvido. Hablaba de aquello que estaba detrás del silencio. Las montañas de muertos olvidados. Solo así se explicaba el éxito —pasajero, bien es cierto— que el libro disfrutó. El libro era bueno pero no era solo bueno. Te hablaba sin abrir la boca. Por eso ahora cada vez que la veía, a ella, a la autora, a la amiga, me quedaba perplejo ante aquel rostro cerrado a cal y canto, porque su silencio, también ahora, seguía interrogándome.

Barcelona, al fin y al cabo, era un libro que hacía referencia a la Guerra Civil sin mencionarla ni una sola vez. Y yo sabía que aquello no podría ser objeto de homenaje. Resultaba preferible acogerse a otros conceptos: adolescencia, malestar existencial, deseo de Dios. Porque la guerra no era un tópico del que pudiéramos disponer. Y nos causaría problemas a todos, también a ella.

Preparé un discurso comedido pero personal donde hablaba de mi propia juventud, de la euforia de encontrar voces que te hablen desde el mismo sitio en que te encuentras. De cómo los escritores fueron siempre, para mí, hombres declamadores, de chaqué, aspirantes a la Academia, nada que ver con la chiquilla de mocasines y chaqueta de lana que era Carmen en los telediarios.

Solo la crispación que reinaba en Tánger aquel año puede explicar lo que ocurrió días después, aquel 7 de abril de 1958. Nos reunimos en los salones del Nuevo Club más de cien personas. Estos actos, repletos de autoridades, son siempre engolados. Pero reinaba

la cordialidad, o eso pensé yo. Nos sentamos en la mesa presidencial: el cónsul general de España, el director general de *La Dépêché marocaine*, señor de Breteuil, Sid Ornar Hayui, el conde Piero Toni, el director de Radio Tánger, el señor Southworth, y yo mismo. Entre los asistentes, se contaban la escritora Kosa María Cajal, don José Andreu, el conde de Fuente El Salce, los señores Lamusí de Lara, Cabanillas, secretario del Instituto español, Ceballos, Franqueira, Cuevas, el escultor Nicolás Ortiz, la bailarina Mercedes Ruiz, el director de la revista literaria *Ketama*, don Charles de Fol. A los postres, y antes de que yo pronunciase mi discurso, se leyeron las adhesiones del cónsul general de España en Tetuán, don Santiago Sangro, del cónsul general de Casablanca, don Teodoro Ruiz de Cuevas, del señor Bravo Dunipe, de don Paul Bowles —que mandaba un saludo desde Taprobane—, de don Ramón Paradinas, director del Banco de España, y de otras amistades de Carmen que no pudieron asistir al acto.

A continuación hablé yo. Carmen estaba sentada junto a su marido. Oliver parecía incómodo. Intentó tomarla de la mano. Recuerdo que ella vestía un traje blanco y sandalias de playa. Fuera hacía calor ya. Ella me echó una mirada como suplicándome que fuese breve.

¿Qué hubiese podido decir? En aquel momento, me hubiese gustado hablarle a Carmen de todo aquello que no había sido dicho entre nosotros. Pero no era el momento de decir la verdad, era el momento de mentir. Porque eso es lo que hacíamos los españoles entre nosotros, también Carmen. El director del Banco de España me miraba.

Me hubiese gustado decirle entonces que la puerta de la jaula está siempre abierta. Entre el público, Paco me miraba con arrobo, como si yo fuese Leónidas, el espartano, en las Termópilas. Pero no lo hice, hablé de mi propia infancia gris y de la sensación de ahogo. Un ahogo que era el de toda una generación. Hablé del deseo de respirar, de romper con los moldes. Hablé de la generación del 98,

de la del 27, de la generación de entreguerras, de su miedo. Hablé también de que los países no existían, de que los países eran gentes solamente y estados de ánimo. Que nosotros no éramos España, que España era una ilusión, un artificio. Y de pronto me encontré hablando de Tánger.

Hablé de mi predilección por el mercado de Fez. Dije que Carmen, en cambio, frecuentaba el de la Mendubía y hablé de las calles que Carmen prefería y de cómo pasear por la Medina, en eso estábamos de acuerdo, era un poco como pasear por las circunvalaciones de nuestro propio cerebro. Hablé de cómo las murallas de la casba son un monumento al mar, de cómo Samuel Pepys y su higuera e Ian Flemmig, el espía, tuvieron razón al decir que Tánger no pertenece a Marruecos, sino a los reinos de la imaginación y que todos los que nos aferrábamos allí a aquella inexistencia evidente lo hacíamos porque queríamos ser ricos, ser hermosos, y sobre todo convertirnos en personajes de novela. Y estábamos convencidos de que era posible. Y esa, amigos, era una vida más eterna que la comunión de los santos y Pentecostés juntos.

Mi compañero de la derecha tosía, el de la izquierda me pasó un papel donde estaba escrito: cinco minutos. Proseguí.

—Carmen —dije yo—. Alguien me ha soplado que planeas volver a España. Y yo te digo: No nos dejes. España no existe. No te dejes engañar por sus cantos de sirena. Porque volverás allí y España te devorará sin ningún remordimiento, como el Saturno de Goya devoró a su hijo. Quédate aquí, porque Tánger no se acaba nunca, y tú no te acabarás nunca. Nos importan un bledo tus hijos, nos importa un bledo tu carrera. En España no hay nada para ti, solo el silencio. Te queremos, como este último año, con la camisa remangada jugando al tenis, fumándote un cigarrillo en el coche de cualquiera rumbo al cabo Espartel, jugando al dominó con un vendedor de cigarrillos a la unidad en el café Buen Gusto.

Y entonces alguien entre el público gritó:

—Háganlo callar: ¡está ebrio!

Lo miré y lo identifiqué enseguida. Era el nuevo enviado de Emilio Torres como corresponsal de *Pueblo*: José Ramón Alonso. Antonio Oliver, el marido de Carmen, que tampoco era la alegría de la huerta, nos había presentado delante de la Librairie des Colonnes.

El ínclito añadió:

—¿Es que nadie se da cuenta de que esto es una farsa?

El tipo se levantó de su silla con gran estruendo y se acercó amenazante a la mesa presidencial.

—Les denunciaré ante el embajador don Antonio Aznar. Señor Sanz puede usted considerar como prácticamente seguro que se le retirará en los próximos días el pasaporte. No merece otra cosa.

Temí que sacase una pistola. Los tipos de su calaña siguen yendo armados. Recordé que Bill también iba armado y que practicaba su puntería contra la puerta de su cuarto en la pensión Muñiría.

José Ramón Alonso no cejaba: tenía los ojos inyectados en sangre como si hubiese dormido mal. Se acercó al señor cónsul general de España, don José María Bermejo, y le ordenó:

—Detengan este acto si les queda un ápice vergüenza.

Todos nos miramos. Y entonces Alonso empezó a dar manotazos a vasos y botellas de algunas mesas, todo ello ante la indignación de los caballeros y sus señoras. Algunas se levantaron con las servilletas entre las manos, temiendo por sus indumentarias. El cónsul me dijo entonces con firmeza:

—Prosiga, por favor, señor Sanz. Bajo mi entera responsabilidad, termine todo lo que tenga a bien decir.

Alonso se quedó petrificado. Campó hacia la puerta con lentitud chulesca mientras escupía improperios. Cuando hubo cerrado la puerta de un portazo, yo me levanté y dije:

—Quiero terminar afirmando que Carmen Aribau es muy querida en Tánger, lo digo porque no sé si es tan querida en España. O siquiera si en España son posibles los afectos verdaderos. Estamos

aquí de paso, ¿no sería justo y necesario que nos amásemos los unos a los otros, como nos amamos a nosotros mismos? Todos los aquí presentes hemos sido bendecidos durante un tiempo breve con la libertad y la belleza. La vieja Tingis nos ha permitido jugar en su jardín. Ahora Tánger se encuentra en un momento de cambio. Quizás sus calles, dentro de poco, estén vacías de barberos, de floristas, de churreros, de poetas *beats*, quizás sus famosos rótulos caigan desparejados y fundidos encima de tiendas vacías, donde nadie entre nunca. Se vaciarán el café de Paris, el café Society, el Fuentes, el Tingis, el Central. Quizás la playa de Malabata y el puerto donde tantos de nosotros hemos nadado, tomado el sol desnudos, declarado nuestro amor a gente a la que amamos por un tiempo y luego a otra, quizás ese puerto que es sagrado quede sepultado por masas de cemento, quizás los niños que sueñan con Europa, sentados todas las noches mirando al mar, y allí se quedan dormidos porque no tienen casa, se hagan mayores en Málaga o en Montpellier y se arrepientan de haber escapado. Y deseen volver. Pero el viajero que se va no regresa nunca al punto de partida, es imposible.

Si me lo preguntan les diré que no sé lo que quiero decir aquí. No soy escritor, no soy poeta. Me llamo Emilio, soy historiador de cine contemporáneo, solo eso, todos ustedes me conocen y no pretendo decirles aquí más que esto: me resisto a decir adiós. También a Carmen.

Por alguna razón que se me escapa —que el vino era bueno, que las señoras de bien llevaban *majoun* en sus bolsillos— el público me dedicó una ovación calurosa que duró un par de minutos. Enseguida le tocó el turno a la homenajeada. Carmen se levantó y dijo:

—Muchas gracias, señor Sanz, por sus palabras y muchas gracias a todos, sencillamente, por su asistencia.

Y eso fue todo, así concluyó el acto. Nos hicimos las fotos pertinentes en la entrada del Club de Campo. Algunas se conservan. Se imprimió una *plaquette* conmemorativa. En el momento de la despedida, Carmen y yo nos estrechamos las manos. Y ella retuvo la

mía entre las suyas un poco más de lo necesario:

—No te preocupes por nada. Estuviste espléndido.

Mentiría si dijese que no me preocupé. Retuve durante algún tiempo un sentimiento de malestar. Algunos me llamaron para interesarse por lo ocurrido, y no supe qué decirles. En los días siguientes se fueron sucediendo las reacciones a aquel acto tan anómalo. La reseña del diario *Pueblo* fue furibunda: a mí me trataba de iluminado izquierdoso y a Carmen de dama catequista. Pero algunas fueron favorables, como la del diario *España*, la del diario *Tingís*, la de *Vida española en Marruecos* o la del *Petit Marocain-Progrès*.

Supe, bastante después, que la amenaza de Alonso no había sido vana. Consiguió que en los días posteriores al acto, el embajador Aznar se desplazase desde Casablanca para retirarme los papeles, pero Carmen, informada por Oliver de la maniobra, se adelantó y amenazó al embajador, que estaba alojado en una *suite* del hotel El Minzah:

—No le quepa duda de que la que se va a ir de España, si hacen algo semejante, seré yo.

VII

EL JUEVES 9 DE ABRIL, MUY TEMPRANO, ALGUIEN llamó a la puerta. Estaba solo, un poco asustado, y creí que ocurría algo, que la policía española venía a por mí. Y estuve dispuesto a entregarme. Me asomé a la ventana. Jadicha no había llegado todavía, o sea que acudí en zapatillas. Paco no estaba conmigo. Abrí para encontrarme con un Bill Burroughs lengüeteante. Lo acompañaba un chapero de apenas quince años, muy delgadito y con cara de hambre.

—Necesito diez dólares, amigo. ¿Te hace un préstamo?

El chapero me informó de que Bill le había prometido una fortuna y ahora se encontraba con que ya había consumido su asignación mensual y estaba sin blanca. Saqué de mi bolsillo veinte pesetas y zanjé el asunto. Mientras el chiquillo se marchaba corriendo sin mirar atrás, Bill se aposentó en mi diván y empezó a desvariar muy en su estilo:

—¿Te has preguntado alguna vez por qué esta ciudad está llena o bien de escritores o bien de maricones, o bien de las dos cosas?

Yo farfullé alguna explicación. Me hacía maldita la gracia tener a un yonqui en mi diván a aquella horas, incluso si iba con sombrero y traje de tres piezas.

—No creo que sea casual. Pensándolo bien quizás tenga que ver con que la mayor parte de los escritores somos maricones o similar, por alguna razón. Siempre he creído que hay que cortocircuitar el control. El maricón, por esencia, cortocircuita el control, se pone al

margen de la sociedad de consumo.

Me permití corregir esto último. No me parecía muy pertinente para según qué casos.

—Y, por otro lado, defíneme «similar».

—No pienso decirte «anómalo». Follar previo intercambio de dinero me parece lo más razonable del mundo, lo que me parece anómalo es el matrimonio burgués, francamente.

—Bill, me alegro de que reflexiones en mi sofá tras extirparme veinte pesetas, toma veinte más, y vete a tu casa.

Bill se enderezó sacudiendo sus pantalones para eliminar los pliegues.

—Te ocurre como al resto de la población. No quieres saber, no quieres que te digan.

—Venga.

—De todas formas, el lenguaje es un parásito, estamos parasitados por el lenguaje y la única manera de descolonizarnos es acabar con él, yo lo intento, pero muchas veces tengo mis dudas sobre si lo consigo o no. Por ejemplo, esta novela, que llevo escribiendo ya ni sé cuanto tiempo, la he confeccionado de manera casi automática, despreciando la lógica y los lazos causales, rompiendo las estructuras, haciendo lo que me da la gana pero…

—Bueno, siento decepcionarte, Bill, pero tampoco eso es nada nuevo.

Bill sacó de su bolsillo papel de fumar y tabaco.

—Esta mezcla marroquí va a acabar conmigo, es una mierda, te deja la garganta rasposa, te destroza los pulmones. El caballo me resulta más benigno.

Me reí.

—A ver, déjame que me explique. Me trae al pairo ser original. Ya sé que hubo un montón de fulanos que escribieron de manera semiautomàtica antes que yo. Que les aproveche. No se trata de eso. Yo al final siempre acabo escribiendo sobre culos parlantes que tocan la flauta y son capaces de producir orgasmos de matices

delicadísimos y melodiosos entre sus usuarios. Así quinientas páginas.

—Menos da una piedra.

—Lo que quiero decir es que el lenguaje es un cuerpo vivo, como una hidra, como un liquen, como un alien que nos ha jodido el puto cerebro y al que hay que desalojar echando bombas.

—Hala, con viento fresco.

Bill en su camino hacia la puerta tomó una manzana del frutero.

—Otra cosa que no entiendo es por *qué no* hay *una* revuelta popular.

—Están en ello. ¿No sales a la calle?

—Pues sí, una revuelta popular y por qué este pueblo de jodidos llorones que nos presta el culo y cocina para nosotros y nos lleva al baño a vomitar no se carga a toda esta marea de extranjeros que andamos como sonámbulos por sus calles, bebiendo daiquiris y tocando la guitarra y comiéndonos su *majoun* y sus patas de cordero. Yo lo haría. Un día no muy lejano, los locales se organizarán en falanges paramilitares y emprenderán la lucha contra los parásitos. Todos está lleno de parásitos, el lenguaje, el mundo, los bares de maricones y los salones de té de damas de la Iglesia.

Y así seguía hablando cuando lo vi bajar por la calle de Alger, iba con las manos en los bolsillos, ojos semicerrados y farfullaba solo.

VIII

DESPUÉS DE QUE EL HIJO DE AQUINO MURIESE DE aquella manera, la vida de Tánger de 1957 y luego de 1958 empezó a teñirse poco a poco de un color sepia muy triste. Las fiestas se hicieron menos frecuentes. Los bares seguían llenos pero daba la impresión de que el entusiasmo general era fingido. Los expatriados empezaron a sentir que había un ojo puesto en ellos. Hubo interrogatorios, detenciones preventivas, el alcohol empezó a convertirse en un problema.

La pequeña Sophie Aquino había crecido mucho el último año, a la sombra de la tragedia. Estaba alta y determinada, y había cultivado toda una serie de ideas originales que deseaba comunicar, en cuanto pudiera, a su discípulo. Miraba a todos con desconfianza, con aprehensión.

Mohamed le había mandado a lo largo de todo el invierno cartas muy largas, con caligrafía animosa. Escribía en español y a veces se aventuraba con el francés, aunque esta lengua le causaba más dificultades. No había hecho alusión en momento alguno a lo ocurrido, daba vueltas entorno a ello como quien rodea un tótem. Se dirigía a ella como a una convaleciente. Introducía citas y refranes. Hablaba de dulce lejanía, de miel de la belleza humana, del pájaro de la felicidad. Pero nunca se explayaba en quejas ni se dejaba ir en excesos sentimentales.

Sus cartas eran seductoras, o eso pensaba la joven Sophie, feliz

ante los progresos de su alumno. Ella lo imaginaba durmiendo en muladares, lleno de pulgas, comiendo arroz lleno de piedras y carne dura como el caucho, en aquel asqueroso colegio al lado del mar, y no veía la hora de que volviese a Tánger. Se había convencido de que Mohamed la necesitaba. Él sería su obra. Haría todo para que Mohamed se convirtiese en un sabio.

El primer día de abril, lo esperó en medio del camino de gravilla de su casa. Él venía andando desde Tánger. El autobús lo había depositado en la estación de avenida de España. Había dejado la maleta de cartón en un café donde era conocido y llegaba con las manos en los bolsillos, mal afeitado, con la mirada desenfocada de los delincuentes o de los santos. Sophie no pudo evitar pensar que parecía lo que era, ni más ni menos: un trabajador marroquí muy pobre.

—Ya casi soy profesor.

—¡Enhorabuena! Ahora todo va a cambiar. Tendrás dinero.

Él se calló pero ella tuvo la impresión de que el otro había descubierto que las cosas no serían tan fáciles.

—He aprobado la oposición para la escuela de profesores de instituto.

Se sentaron detrás de la piscina. Igual que el año pasado.

—Siento mucho lo de tu hermano, Sophie.

Ella asintió con la cabeza.

—La sal no florece nunca. A veces no hay nada que entender.

Ella había desterrado de su cabeza todo lo ocurrido aquella tarde del pasado agosto, solo retenía los olores fuerte de oleo, de carne en putrefacción, de sudor humano y la exaltación, la adrenalina, el hedor del miedo.

—¿Recuerdas que me habías hablado de *foksá*?

—Tendría que haberte escuchado, haber entendido que iba a ocurrir algo.

—¿Qué ibas a saber tú, Mohamed?

—Es verdad, no soy más que un pobre diablo, no entiendo el

mundo de los *nesranis* y el mundo de los *nesranis* se me escapa.

—No es eso —se rebeló Sophie—. No pongas en mi boca cosas que no he dicho. Es solo que todo se precipitó como una bola de nieve que empieza siendo un copo pero va rodando y rodando y se convierte en un alud y lo arrastra todo a su paso. Nadie hubiese podido detenerlo.

Caminaron un rato.

—Tu padre de vez en cuando me mandó ropa y también medicinas y jabón.

—Por alguna razón que se me escapa, cree en ti.

La sonrisa se deshizo en su boca de repente.

—Aunque, la verdad, no ha vuelto a ser el mismo. Casi nunca duerme en casa por las noches. Se va por los bares a fumar y termina yo no sé bien donde y luego regresa de mañana.

—¿Y tu madre?

—Mi madre volvió a Francia. Ya no podía soportar ni esta casa ni esta ciudad ni la vida aquí. Creo que nos iremos con ella cuando termine el verano. Tenía razón mi madre cuando decía que estábamos al final de algo.

—Entonces, ¿no vas a venir a verme al instituto cuando empiece a dar clases?

Sophie guardó silencio, apretó los labios. Le daba mucha pena dejar su casa, su ciudad, el mar espumeante, a Najat, a Mohamed, a la vieja Salma.

—Por favor, busca a mi padre y acompáñalo, solo te pido eso.

Y Mohamed asintió.

Aquella noche, la primera después de meses, se fue caminando. Escuchaba el ruido de las cigarras en las cunetas, no tenía prisa, Tánger siempre espera. Una vez en Bab Fahs, bajó hacia la derecha, abriéndose camino entre la gente, y se puso a buscar al coronel por los bares de la Medina, dejando atrás los prostíbulos y las casas de juego. Lo encontró en su puesto habitual del café Colón. Había

adelgazado mucho, pero su rostro estaba hinchado como si fuese a explotar:

—Son las lágrimas —dijo cuando el chico lo miró con gesto inquisitivo—. No he llorado lo suficiente y se me han quedado dentro apretadas.

Mohamed asintió.

—He recibido tus notas. Eres un buen chico.

Mohamed sacó su *sebsi* y pidió una copa de vino y luego otra.

—No se equivoque, nunca podré ser un chico bueno.

—¿Por qué dices eso? Pocos son tan valientes de hacer lo que has hecho tú.

El cocinero se acercó, estrechó la mano del recién llegado, se la llevó al pecho y le dijo en *moghrebi*:

—A esta te invito yo, hermano. Aunque ahora ya no va a ser tan fácil servir alcohol, los de arriba están empezando a dar la lata.

—*Chukran, lajoya*.

Cuando el cocinero se hubo alejado, Mohamed continuó. Rebuscaba en la cabeza las palabras que le salían suaves y duras:

—Es imposible ser un hombre bueno después de haber vivido lo que yo.

—Entiendo.

—Yo vengo del hambre. Eso no se olvida nunca, es como tener dentro una hidra que te muerde.

—Pero eso quedó atrás.

—Eso se queda dentro. Y te trastorna, te vuelve malo. Da igual que te laves y te perfumes, sigues siempre desprendiendo ese tufo a ratón y a orina. Volví a casa de mis padres, el mes pasado. Mi madre seguía descalza, nada sabía de Chateaubriand, de Ibn Arabi. Mis hermanos rampaban por la tierra… Ese día, mi padre llegó bebido y me insultó y me dijo que no entendía como en la escuela no se daban cuenta de que yo era un impostor, un inútil, y se quedó con más de la mitad de mi paga.

—No vuelvas.

—Es la pobreza la que hace eso. Me temo que yo también me

convertiré en un hombre así, atravesado por el odio. Porque es difícil no odiar a los otros cuando no tienes nada. Yo abrigaba la ilusión de que el estudio combatiese eso en mí. Pero no estoy seguro de que sea suficiente. Por las noches, en Larache, me iba al bar de Si Alballah y me emborrachaba y fumaba hasta quedarme dormido, de pena pero también de rabia. Y me levantaba a las dos horas con la boca de cartón, apestando a alcohol y a vómito y corría de vuelta al colegio, sin lavarme los dientes, sin peinarme.

—Mohamed, es imposible que olvides de donde vienes, es como el lienzo sobre el que se pinta, la base de tu persona, serás siempre el niño pobre pero, ahora, con la libertad del estudiante, del profesor, y podrás discutir y hacerte respetar, y las cosas se irán haciendo cada vez más fáciles: tienes suerte de haber podido escapar de la miseria.

—Pues, aún y todo, para mí es como si hubiese cometido una traición. No puedo verme más que como al hijo de Rachid y de Amina de Feddane, que abandonó a su madre y a sus hermanos por un puñado de libros, por un paseo en el bulevar Pasteur.

Pero el kif es benigno y a la segunda pipa, después del tercer té, el coronel y su amigo se sintieron apaciguados y contentos. Un vendedor, en un rincón del bar, cortaba el tabaco y el polen, lo mezclaba y lo pesaba. Era un hombre de unos treinta años al que conocían de vista. Un muchacho simpático y trabajador.

El cocinero se sentó un rato con ellos y les contó que, en los últimos tiempos, con las nuevas directivas, lo habían detenido ya tres veces y que las tres veces había salido a la calle después de argumentar que él no robaba ni bebía, que lo que hacía no era delito, que el kif no era malo para la salud, que lo que era malo para la salud era la pobreza, que nadie quería oírlo pero era la verdad. El kif no mata, es la necesidad la que mata, dijo.

Cabecearon con amargura y, luego de que el cocinero se hubiese levantado, el vecino de al lado le dijo a Mohamed.

—Sabes que dicen que Tánger se muere por aquellos que no la

han visto y que los que la han visto mueren por ella.

Mohamed guardó silencio pensando en su soledad en Larache y se volvió hacia el coronel:

—¿Qué tal su mujer?

—No lo sé. Se fue días después de lo ocurrió con mi hijo. Estaba llena de rencor, me golpeó, me dio patadas. Me temo que cree que todo fue culpa suya o mía, que de alguna manera han sido nuestros pecados los que desataron la sinrazón.

—Cuanto lo siento.

—Yo no creo que los pecados encuentren castigo. De hecho, no creo en Dios en absoluto. En ningún Dios.

—Tampoco yo, coronel.

—Creí que no había ateos musulmanes.

—Aquí tiene uno.

—¿Sabes? Mi mujer me repetía lo que le decían por ahí, sin cesar, una y otra vez: los criados, las otras mujeres, los vendedores del mercado, los vecinos. Decían que habían sido los *djins*. Hablaban también *tseheur*, de *tseukal*, de *Aicha Kandicha*.

Mohamed ahogó una risa.

—Y ¿sabe usted lo que dicen los *tangeaouis*? Que los occidentales comen orejas de asno.

Así llegaron renqueantes al bar Bonbon, entre dos callejuelas. No había neón ni cartel luminoso. Solo los habituales sabían que tras aquella puerta, junto a un portal modesto, se encontraba un *cabaret* donde cada vez cabían seis personas. Había que llamar a un timbre para que, desde una mirilla, te observase el portero.

Con un saludo afectuoso, Hassan les franqueó la puerta. Sonaba música de Oum Kalsoum y, después, como deferencia a Bertie, puede que pusieran los éxitos de Dalida de aquel verano: *Histoire d'un amour ou Aimex-moi*. Una bola de espejo giraba en el techo, mientras un único tipo con chilaba apuraba el fondo de su copa. Mercedes parecía rendida, siempre detrás de la barra. Sobre la pista

minúscula tres mujeres marroquís en minifalda, una muy gruesa, las otras con buena figura, les sonrieron. Una de las tres se rio quizás más de lo necesario. Bailaban. Ellos se acodaron en la barra, al lado de un español que el coronel conocía y que le saludó.

—Bertie, cuánto me alegro de verte.

Se estrecharon las manos, tenían que gritar mucho para hacerse entender.

—Espero que estés bien.

—La noche es joven.

Mohamed se quedó mirando las piernas de las tres putas que rumbeaban. Mercedes miraba a Bertie con deferencia. Había oído repetidas mil veces los *ragots* sobre la tragedia de los Aquino. Conocía a Bertie desde hacía décadas y sabía el efecto que había ejercido y que todavía ejercía sobre él. Pero era una mujer poco dada a la sentimentalidad: un rencor primigenio la mantenía ligada a su trabajo. Aquella noche, hizo una excepción y esbozó una sonrisa amable, al rellenar de nuevo su cubalibre con hielo redondo y esmirriado.

—Hace mucho que no vienes a verme.

El coronel revolvió su vaso con el dedo en un ademán seductor que Mohamed no le conocía.

—A veces es mejor no buscar aquello que te daña.

—¿Cuándo te he hecho daño a ti, Bertie?

—Yo te soy fiel.

Mercedes soltó ahora una carcajada fresca que desmentía la edad de su rostro.

Sí, lo recuerdo, me los encontré en ese tugurio que está detrás del Rembrandt, cerca del hotel Satán y de la pensión Delirium. Vi a Bertie, tumbado por el alcohol. Iba con aquel chiquillo que lo acompañaba algunas veces, ese que habla como si estuviese recitando, el que bebe con ansiedad buscando la borrachera letal y no el disfrute. Aquel día parecía lleno de frases y certezas, de juicios lapidarios.

Mientras Bertie cortejaba a la patrona, Mohamed me habló de cómo se había pasado toda su infancia durmiendo en las viejas fábricas, en los hangares recorridos por los roedores, protegiendo su culo, rezando porque no lo cogiesen de improviso, siempre muerto de miedo. Me contó también que después de aquello, cuando fue un adolescente, había sido delicioso, balsámico, descubrir la funda suave de las mujeres, confirmar, que, en verdad, no tenían dientes allá abajo y no mordían, que eran cálidas y que su abrazo borraba todos los sufrimientos, las humillaciones, los dolores. Luego me habló de las revueltas de 1954, que él había presenciado desde una terraza del Zoco exterior: un día la turba ató a un viejo a un árbol y le prendió fuego. Mohamed recordaba los gritos y el olor de la carne quemada y el llanto de una vendedora de churros española que había visto toda la escena y cómo la turba se paseaba sin ley ni dueño por las calles de la ciudad, hombres, mujeres y niños sedientos de sangre, buscando víctimas de su ira.

—Momentos así dan miedo. Te hacen pensar que, en verdad, el hombre es un lobo para el hombre.

Yo le ofrecí tabaco. Nuestras lenguas patinaban.

—¿Qué sabes del coronel? ¿Cómo está?

—Está muy mal, pero todo, incluso lo insoportable, se olvida. Sin eso la vida sería imposible.

Estuvimos en el bar sentados bebiendo hasta que cerró. Bertie se quedó con Mercedes, yo me fui solo, algo melancólico, y Mohamed acompañó a una de las muchachas de vestimenta atrevida a un hotel cercano al puerto. Cuando le dije adiós, me pareció que se encendía como una luminaria.

IX

PRIMERA LLEGÓ MAYO Y LLEGÓ EL RAMADÁN DE 1376. Era primera y las mezquitas llenaban, y los musulmanes continuaban con sus ocupaciones cotidianas como sonámbulos. Caminaban sin hablar, concentrados en su propia hambre y en su propia sed. Los extranjeros habían desertado de las terrazas, muchas de ellas cerradas. Fue un mayo bien luminoso, lleno de momentos mágicos o así lo recordaba Janie, aunque luego ya no lo recordó más que a ratos, y luego nada en absoluto, nunca más, como si la bombilla de su cabeza se fundiese.

Pero al principio sí, volvía a oír el ladrido de los perros en los callejones cerca del mar, que para ella eran los últimos perros del mundo, los remolinos de hojas de cedro en las esquinas, detrás de la muralla, cierta exaltación al sentarse con un amigo en el café Hafa, frente al mar negro moteado por las luces españolas y vacío, a la hora del Maghreb. Los alegres cánticos de los muecines anunciando el final del ayuno, y, por fin, el gusto de pedirse un zumo de naranja fresco y calmar la sed y luego otro y escuchar al honorable Herbert, tan *snob*, despotricando y riéndose de ella, ofreciéndole la petaca que llevaba llena de *bourbon*. Pero ella era cerril y se empeñaba: se empeñó.

Subía las escaleras de una en una, desdeñando el ascensor, arrastrando la pierna anquilosada, y llegaba a casa sin aliento pero de buen humor. Después se ponía a cenar con Tetum y con Cherifa y a

veces con Amina, la sobrina de Cherifa, que algunos días ayudaba en la cocina y hacía la plancha. Tetum llevaba cocinando toda la tarde y las cuatro respetaban el ritual: empezaban con los dátiles y desayunaban café con leche y *swinches*, luego descansaban, reían, escuchaban la radio, salían a pasear endomingadas, recibían las visitas de vecinos, compartían el primer lachá, una *tajine* y té y pasteles de miel y almendras, y descansaban; a veces, volvían a pasear pero, a menudo, Jane se quedaba leyendo mientras las otras iban al mercado nocturno y regresaban a las cuatro de la mañana —risueñas y parlanchínas, Cherifa un poco enfadada— para la segunda cena. Y al final, se resistían a acostarse pero caían rendidas sobre el sofá gozosamente tarde, con el estómago repleto y la sensación de que la vida era bella y divertida.

A veces se les unía Christopher Wanklyn, que se había trasladado al apartamento vacío de Paul, pero solo para un bol de *harira*, porque Cherifa no podía soportar que bebiese en su presencia: le parecía que beber alcohol durante el mes de Ramadán era lo peor del mundo.

—¿Pero por qué, si el resto del año no te plantea ningún problema y también está prohibido? —se quejaba Janie—. Me parece que tienes unos criterios muy confusos.

Cherifa se ponía verde y se encerraba en su habitación, la más grande de la casa, dando un portazo. Desde luego, ver a Chris le daba ideas a la pobre Jane, que llevaba mucho peor la abstinencia que el ayuno.

Pero la feliz rutina duró poco tiempo. El miércoles, 3 de mayo, Janie escribió en una carta a Paul:

«Me temo que este verano va a ser raro. Sopla el viento del estrecho. Ya sabes que dicen que este viento enloquece a los rifeños. Yo me aburro. Sigo sin poder encontrar la paz necesaria para trabajar, Tánger y mi vida son demasiado desordenadas. Ya sé que tú dices no sé qué cosas sobre la disciplina y la vida interior. Pero yo no tengo vida interior. Gordon no ha venido y Cherifa me odia.

Cree que soy irrespetuosa con Alá ¿Le importa a Alá lo que comamos y bebamos en Ramadán? Yo le digo que es imposible que Alá lleve la cuenta de los alimentos que engulle una. Pero ella con su testarudez habitual no me cree: mis palabras le parecen blasfemias. Echo de menos beber. No beber exactamente, sino esa sensación de perder pie, de irse por los aires. La euforia. Es muy difícil autoeuforizarse sola y sabes bien que el kif no me conviene. Ayer, Cherifa me pilló alegrando mi té con un poco de ginebra y casi me abofetea».

Y ocurrió así, el 4 de mayo amaneció un día aún más soleado si cabe que el anterior. Jane durmió toda la mañana y por la tarde estuvo discutiendo con Cherifa. Empezaba a estar exhausta y se preguntaba si podría soportar un mes más entero a ese ritmo. Después de una pelea bastante acalorada, Janie dio un portazo y se largó a casa de Gordon Saier que la recibió con una botella de *whisky* y la consoló por sus problemas domésticos.

—El amor nunca es fácil, *sweetie*.

Gordon Saier recordó después que él y Janie habían hablado sobre Paul (bien), sobre Ahmed (mal), sobre si habían llegado los dos a un punto en que no había marcha atrás. Esto obsesionaba a Janie, la idea de estar en un punto de no-retorno. Gordon dice haber defendido entonces lo contrario. Evoca la terquedad de Janie, que estaba enfadada y harta, que creía haber dejado atrás más de la mitad de su existencia, sin haber conseguido ni una mínima parte de lo que se había propuesto en un principio.

Cuando ya habían pasado una o dos horas desde el anochecer, Janie comprendió que tenía que regresar a casa. Gordon la acompañó hasta el portal del edificio San Francisco y los dos se quedaron mirando el cielo. Por detrás de los edificios, camino del horizonte, bandadas de pájaros se dejaban arrastrar por el poniente. Apenas agitaban las alas, parecían acostados sobre el aire.

—Serán vencejos —dijo Gordon— ¿Sabías que, por las noches,

los vencejos se quedan dormidos, o al menos en un estado cercano al sueño, sin dejar nunca de aletear?

Jane no contestó nada y entró en el portal, como quien se dirige al matadero. El portal estaba vacío. El ascensor semiabierto la esperaba. Pero Janie pasó de largo. Tenía miedo de los espacios reducidos y los ascensores eran, para ella, ataúdes verticales. Subió las escaleras de una en una arrastrando la pierna anquilosada y levantándola con las dos manos en cada escalón: en el primer piso, mostró cierto brío; en el segundo, ya iba más cansada, fijaba la vista en el suelo de piedras de añicos; en el tercero, la recibieron las plantas y los esquejes en macetas de terracota; en el cuarto y en el quinto, dos cotorras y un perro que ladraba; en el sexto, saludó a una anciana con velo que barría; en el séptimo, al vecino de abajo, un inglés algo misántropo y, al fin, llegó al octavo piso.

En el descansillo del octavo, la esperaba Cherifa con cara de pocos amigos, pero dispuesta, no obstante, a hacer las paces.

X

NADIE SABE BIEN QUÉ PASÓ AQUELLA NOCHE. Discutieron y Jane se encontraba mal. Vomitó y dicen que había vaciado una botella de coñac en ayunas. Al llegar a casa, Jane se acostó. Tenía la vista borrosa. Parece que vomitó toda la noche. Cherifa a su lado, la tomaba de la mano, le ponía un paño húmedo en las sienes. Tetum no estaba.

Al día siguiente su estado general era aún peor. Cherifa, sin saber qué hacer e incapaz de contactar a Paul, llamó a Wayklin. Wayklin vino corriendo, desde el otro lado del rellano, y se encontró con una escena descorazonadora: Jane postrada en el suelo con una rodaja de limón sobre la frente.

Parece que llamaron a un médico conocido, el doctor Spriet, que tampoco entendió nada: descartó la embolia cerebral, le recetó somníferos, le dijo que estaba nerviosa, que quizás fuese la ansiedad, le pidió que se calmase.

De alguna manera en los días posteriores, Wayklin, tras mucho insistir, fue capaz de contactar a Paul que estaba ya en las islas Canarias, de regreso de Taprobane.

—Dime, Chris, ¿cómo va todo? —Paul sonreía y su voz resonó más metálica de lo habitual. Wayklin subió el tono, temiendo que el otro no le entendiera.

—Es Jane. Jane.

—¿Cómo? ¿ha hecho alguna tontería?

—Tienes que volver, es grave.

—Espera.

Y Paul hizo callar a Ahmed que, hipnotizado por la tele del hotel, canturreaba. Tendido sobre la colcha de flores no daba crédito: acróbatas, humoristas y cantantes de coplas se sucedían a todo correr al ritmo de la sintonía del programa. Aplausos. Presentaba Laurita Valenzuela.

—Mira, Paul, esto es genial.

Paul le hizo un gesto crispado para hacerle callar, para que bajase el volumen del aparato.

—¿Cómo? Dime: ¿qué ha pasado?

—Tienes que venir. Está empeorando a ojos vista.

Ahmed se acercó al televisor y acercó la oreja al altavoz. Trataba de percibir de donde provenían la imagen y el sonido. Paul lo contemplaba sin demasiada sorpresa.

—Es *Tseheur*.

—Claro. Aguanta, llegaremos enseguida.

Yo recuerdo bien el lugar en el que estaba cuando supe del ataque y lo recordaré siempre. Momentos así se te quedan grabados. Son como los misterios del rosario, como el día que el hombre llegó a la luna o cuando sucedió el asesinato de Kennedy y millones de personas lloraron en directo. Wayklin no me había llamado ni Cherifa tuvo la idea de recurrir a mí. Janie estaba paseándose ya por el mundo de las tinieblas y yo seguía en el mejor de los mundos.

Era por la mañana, al día siguiente del ataque, y estaba sentado frente al hotel Continentale sacando fotos. Un chiquito pequeño al que todos llamaban Perejil me acompañaba transportando el trípode. Había decidido documentar varias ubicaciones para la película que estaba preparando un amigo. Su primera idea había sido rodar en Argelia pero empezaba a pensar que quizás habría que buscar otro lugar alternativo. Yo estaba de acuerdo. Primero

fotografié la terraza del Continentale y, desde arriba, el puerto, la plaza de España, la subida del mercado de grano. Y de pronto vi cómo Brion venía hacia mí, casi corriendo. Hamri —el pintor, el cocinero— lo seguía de cerca sin aliento:

—Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. Ha pasado.

—¿Qué ha pasado?

Me dirigió una mirada turbia.

—Es Janie. Ha tenido un ataque. Es grave.

—¿Cómo de grave? ¿qué ha pasado?

—Muy grave.

—¿Está muerta?

—Muerta no, pero a veces es mejor estar muerta.

—No exageres Brion. ¿Qué ha pasado?

—Fue el médico pero no sabe qué tiene. En estos casos nadie lo sabe. Pondría mi mano en el fuego que es *tseukal*.

Corrimos a coger un taxi, pero, una vez que hubimos llegado a la calle San Francisco, Brion se negó a subir.

—Yo me quedo aquí, no creo que pudiera soportarlo.

—Como quieras.

El ambiente en el octavo era fúnebre. Cherifa y Tetum lloraban en la cocina ruidosamente, tanto que me pareció que quizás lamentasen de verdad lo ocurrido a su patrona. Wayklin en la habitación de Janie, leía un periódico español y de vez en cuando hablaba:

—*Es la semana del algodón en El Corte Inglés, dura del 15 al 24 de mayo*. Quizás te interese. Hacen envíos a provincias —se oyó una risa ahogada desde la cama. La miré: tenía la misma cara de duende malhumorado.

—También pone aquí que ha tenido lugar la coronación de la Virgen de las Angustias en Cuenca. Con misa pontificial oficiada por el nuncio monseñor Antonutti. Escucha:

«(Por teléfono, de nuestro corresponsal). *Como si sobre las tierras se hubiese hecho el milagro, el cielo, que durante muchos días estuvo*

cubierto de nubes, quedó despejado en las primeras horas de la madrugada de hoy, día en que la Virgen de las Angustias iba a ser coronada como patrona de la diócesis. A las cuatro de la madrugada comenzaron a salir de la catedral las primeras imágenes, cuyos nombres se daban a través de una red de altavoces, instalada en toda la ciudad, para que inmediatamente se viesen acompañadas de las gentes que las habían seguido a través de los caminos de la provincia. Cuando la primera imagen nombrada, que fue Abadía de la Obispalía, ya que el cortejo se organizó por orden alfabético de pueblos, llegó a la explanada de Sánchez Vera, situada en el extremo opuesto de la población, adonde se halla la catedral, aún estaban saliendo por la puerta principal del templo catedralicio otra imagen»…

—Vaya, lástima que no esté Paul, seguro que hubiese despertado a Tensemani de su siesta reparadora, esa que se echa siempre en el sofá de la entrada, y ambos se hubiesen plantado en Cuenca en menos que canta un gallo para tomarle el pulso al ambiente.

La risa proveniente de la cama arreció, y Wayklin levantó la vista hacia mí con reconocimiento. Me acerqué a besar a Jane. La miré con precaución: parecía muy pequeña, olía a lavanda, debajo del embozo bordado.

—¿Cómo te encuentras? Menuda suerte has tenido de contarlo.

Janie tardó en contestar, parecía que las palabras no le cupiesen en la boca, como si se fueran haciendo grandes, grandes y luego tuviese que escupirlas: parecía que no terminasen de salir, atoradas por los bordes. Trató de enderezarse. No supe si estaba contenta de verme o si se sentía avergonzada. Se esforzó.

—Bien, aquí dándole… al pico… con el amigo Wayklin.

No pudo decir nada más: se cansaba enseguida. Wayklin y yo seguimos bromeando. Luego vino Cherifa con una taza de *luisa* y le dio la píldora reglamentaria, una que la hacía dormir de inmediato con un sueño profundo y sin pesadillas.

Wayklin y yo hablamos en el recibidor.

—¿Crees que va a mejorar?

Wayklin me dedicó un gesto desolado:

—Quizás sí. Lo peor es que no me parece que nadie sepa lo que tiene.

—¿Qué dijo el doctor Spriet?

—Yo más bien me preguntaría, ¿quién es ese doctor Spriet del tres al cuarto?

—Lo llamaste tú, tú sabrás.

—Parece que no hay más médicos en esta ciudad de mierda.

—Por favor, Wayklin céntrate: ¿qué dijo Spriet?

—Decretó que no había derrame, que eran solo nervios.

—¿Y Tetum y Cherifa?

—Tetum llora sin parar, desde anoche y Cherifa dice que le duele el hígado y que la culpa es de Jane, dice que Dios la ha castigado por emborracharse en Ramadán. Ayer a la bruja esa la pillé revolviendo en los cajones de la ropa interior, empieza a escamotear las combinaciones y las bragas. Y cuando Jane la llama, yo tengo que ir a buscarla. Le digo: «Vete a ver a Jane». Y ella me dice: «¿Qué me das si voy?». Y yo le contesto: «Vete, y vete rápido». Y ella insiste: «No, dile que solo iré si me regala una radio». O bien: «Solo si me compra una batidora».

»Tengo ganas de echarla.

—Ni se te ocurra.

XI

Mientras bajaba desde el Marshall, con las manos en los bolsillos y ganas de darme de hostias con el mundo, la providencia no encontró manera mejor de fastidiarme que poner a Bill en mi camino. Desde luego era la última persona a la que deseaba ver en aquel momento. Aquella mañana, Bill iba flanqueado por dos jipis. Uno se presentó como Jack, el otro —desmelenado— dijo llamarse Allen.

—Lo mejorcito del tío Sam —dijo Bill, orgullosísimo—. Están aquí de paso para ayudarme a clausurar mi *Almuerzo Desnudo*. Tienes suerte de que te invitemos a unas cañas.

—Me temo que no, Bill, no estoy de humor.

—¿Es por lo de la mujer de Paul?

—No me des la lata, Bill, estoy cansado.

—Mira que te lo advertí. Te dije que esa mujer estaba en una situación jodida, que era presa fácil para lo que fuese que pudiera ocurrirle y no me creíste.

—Quizás sea leve.

—Leve, y un pimiento. Estos asuntos de *tseukal* no tienen solución. Te corroen por dentro y no hay tu tía.

Intervino el que decía llamarse Allen: bizqueaba, tenía pelo rizado y cara de loco.

—Yo hablé con ella hace unos meses. Me pareció muy dulce. De una gran espiritualidad. Leí algo suyo y está en fase con el zen.

Lo miré estupefacto: todos conocíamos la abominación de Jane por las religiones orientales y por los beatniks. Supuse que aquel

sería el tipo que la había asaltado por teléfono.

Aquella noche, me llamó el coronel Aquino. Su voz sonó muy baja. Lo imaginé sentado en el salón vacío de la casa de la pequeña montaña mientras Abdelatif le servía un copazo. Estaba solo y la reciente tragedia lo dotaba ante mis ojos de cierta aureola, saturnal y virtuosa al mismo tiempo. Hablamos poco, pero se ofreció a hacer todo lo que estuviese en su mano. Me prometió mandarme a su médico de cabecera y luego me habló un poco de Charlotte: refugiada en Francia, parecía haber perdido la cabeza. De su hija Sophie me dijo que estaba bien, pero que también le preocupaba: siempre sola en casa, o lo que era peor acompañada por una amiga con velo —una independentista— o por aquel estudiante pobre.

—Lo peor es que fui yo quien lo trajo a casa. Eso es lo que más me fastidia. Es buen chico este Mohamed, pero no quiero que se haga ideas. Tampoco ella. Espero que se den cuenta. Cada uno ha de permanecer en su sitio.

—Son fases, ya lo sabes. La soledad es muy mala y no debemos menospreciar el atractivo del indígena.

—Había un príncipe Mernassi, un amigo de mi hijo. Sophie lo despidió con cajas destempladas. A mi mujer casi le da algo. Y mira que era un buen partido.

—Donde haya un pobre que se quite un rico.

—Los tiempos son tan raros. Todo está revuelto. Parece que todo es posible pero casi nada es posible, diría yo. Y nadie se da cuenta. Me da la impresión de que la gente se pasea por la calle con los ojos cerrados sin miedo a colisionar. Bueno, estoy desbarrando. Abraza a Jane de mi parte. Recuerda que enviaré a Rodríguez de la Peña mañana. Él es de fiar. Te dirá la verdad, lo cual es mucho, en este país de artificios y de embustes.

XII

AUNQUE HABÍA PROMETIDO, DESDE CANARIAS, QUE llegaría de inmediato, no fue así. Paul se tomó su tiempo y tardó en llegar a Tánger nada más y nada menos que dos meses. Corría ya el mes de agosto cuando traspasó el umbral maldito del edificio San Francisco. Venía avergonzado, arrastrando las piernas como si pesasen toneladas. Abrió la puerta con su llave: en el diván de la entrada dormitaba Tensemani. Espió la puerta de la habitación de su mujer, que estaba entornada: Wayklin sentado al lado de la cama de la enferma, leía en español:

—*Cerca de Madrid, en la línea* férrea de Leganés*; un convoy militar fue a estrellarse contra una locomotora que realizaba maniobras. Resultaron en el accidente diecisiete muertos, nueve heridos graves y cincuenta y nueve leves, todos, ellos soldados y clases de tropa. En las operaciones de salvamento cooperaron fuerzas del Ejercito, el cuerpo de bomberos de la capital y el vecindario de Villaverde. Presidieron el sepelio de las víctimas, celebrado ayer tarde, los ministros del Ejército, del Aire y de Trabajo, y estuvieron representados en el acto los de Obras Públicas, Gobernación y el Secretario General del Movimiento.*

—Me gustan… los convoyes —murmuró Jane desde la cama. Hablaba lentamente, de manera rara.

—¿Y qué me dices de las locomotoras?

—Las locomotoras también… son muy buenas.

Desde el umbral, Paul añadió:

—Todo es bueno.

—Bupple, cariño.

Se abrazaron y estuvieron largo rato hablando. Wayklin le contó a Paul todo lo ocurrido desde el ataque. Jane se la veía y se las deseaba para que nadie la dejase atrás y metía baza, gesticulaba, empujaba las palabras de una en una.

—Todo va a ir bien, Teresa, ya verás. Los médicos son como los camiones, espléndidos, lo curan todo. Es la ciencia. Es Franco. Es Eisenhower.

—Muy guapo, Eisenhower —añadió Wayklin— muy marcial.

Jane tosió ahogando la risa. Paul se rio con ella y la abrazó.

Pero la realidad distaba de ser tan propicia: la querida Jane había perdido la vista del ojo derecho y, víctima de afasia parcial, pronunciaba los antónimos de las palabras que pretendía escoger. Tenía tan solo cuarenta años.

Volvió a salir. Paul la llevaba al Country club. A su alrededor, todos tomaban su enfermedad a chufla, les parecía que Janie no estaba tan grave, tenía buen aspecto y era una original. Exageraba, les estaba tomando el pelo. También yo, que la iba a buscar y la llevaba a la playa con su sombrerito, la dejaba hablar incongruentemente, tartamudear, papar moscas. Pero muy a menudo, Janie estaba demasiado cansada y se quedaba en casa, mientras Cherifa hacía solitarios o fumaba junto a ella. Un día, Cherifa le había dicho:

—Si me dejas te mataré. No podrás volver a escribir, ni a leer ni a hacer nada, si me dejas.

Me lo contó una tarde que la fui a ver. Yo le dije:

—Echala.

Recuerdo aquel verano como un periodo muy triste. A pesar de la situación de Janie, o quizás por eso mismo, Ahmed y Paul venían mucho a Las Mil y Una Noches, el restaurante de Brion Gysin. Brion, enamorado de la música de Jajouka, creaba entorno a él un caos sólido y ruidoso, una especie de hecatombe circense que nos aislaba a todos de nuestros propios fantasmas, remordimientos y temores.

—Las cosas son así —decía Brion—. El que juega con fuego acaba quemándose.

Y Paul confesaba, por encima de los tambores de Pan, clavando los ojos en el suelo:

—No sé qué hacer, creo que quizás tengamos que irnos de viaje, quizás necesite descansar, distraerse.

Y el cocinero Hamri, que había salido de la cocina, escuchaba cariacontecido sus palabras. Me cogió aparte para decirme:

—¿Distraerse de qué? ¿de su ceguera? Está loco, no quiere ver que lo de Janie no es un juego. No se trata de un capricho. No es que necesite descansar. Tiene que llevarla a un médico de verdad. A Nueva York, a París, a Londres.

—Se lo he dicho varias veces pero no escucha.

Y Brion:

—Creo que está en periodo de rechazo, no admite la realidad o no quiera verla.

—También puede ser que no tenga dinero, ¿no lo habéis pensado? —rebatió Hamri.

—O que no quiera gastarlo.

Así hablábamos en aquellas veladas agridulces, donde la diversión nos parecía un extravío. Aún así nos aferrábamos a ella con impotencia como a una tabla salvavidas. Brion decía:

—Para ello, para soñar, sirve la luz estroboscópica.

En las mañanas del centro, a veces, yo me encontraba a Jane caminando lentamente. Se había escapado de casa y todavía decía cosas conmovedoras y poéticas.

—Paul es un fariseo.

—¿Cómo?

—Quiere que me deje el pelo largo para taparme el ojo malo.

—¿Y Cherifa?

—Cherifa está muy preocupada por mi muerte. Aunque digo yo que Cherifa podría perfectamente sobrevivir revendiendo sus dientes de oro. Pero no quiere… Me olvidé si oro es con hache o sin hache.

¿Sin hache? Ves, ahora, aunque quiera, ya no podría escribir.

Y sonreía como si fuese una alimaña.

Otra vez me la encontré sentada en el café de París, delante de un periódico, que no conseguía leer en absoluto.

—¿Lees?

Lo tenía extendido sobre la mesa.

—Pero si está en árabe. Lo raro sería que lo leyese ahora.

Yo le anuncié de la partida inminente de los últimos Aquino.

—Yo también me voy a ir pronto. Pero aún no sé adonde. Es el jefe el que decide.

—¿Sabes que Brion ha inventado una máquina que es una lámpara estroboscópica y que produce sueños en aquellos que la miran?

—No me acuerdo de ningún Brion.

Me reí por no llorar. Brion había venido a su casa casi todos los miércoles desde 1950 a tomar el té y a jugar al dominó, con ella y con quien por allí se presentase. Era uno de sus mejores amigos. Tanto era así, que ahora se resistía a visitarla. Decía tener el corazón roto.

—No sé quién es y tampoco me importa.

Pedí un té moruno.

—¿Sabes que Paul cree que gasto mucho?

Me callé.

—¿Sabes que nos vamos a ir de vacaciones a Europa para que me den electroshocks y me rebanen la parte del cerebro que está mala?

XIII

EL CASO ES QUE, EN SEPTIEMBRE DE ESE MISMO AÑO, Paul y Ahmed se llevaron a Jane a Inglaterra para que recibiera tratamiento, primero en el Radcliffe Infirmary en Oxford y, luego en el Saint Andrews hospital de North Hampton. Estuvieron hasta noviembre de ese mismo año, fecha en que volvieron a Tánger. Lo que ocurrió en Inglaterra nunca lo sabremos. Desde luego, Paul perdió las pocas esperanzas que tenía de una curación completa de su esposa y empezó a comprender que se encontraba frente al inicio de su propio declive. La vida sería a partir de ahora muy cara y muy difícil. ¿Qué tipo de tratamiento recibió Jane? Con casi seguridad electroshocks, Paul me contó que la calmaban. Evocó también una operación de precisión que no resultó muy bien. Yo pensé en Apollinaire y en su cráneo trepanado, pero quizás estuviese exagerando.

Cuando regresaron, en noviembre, recuerdo que la ciudad estaba sacudida por la lluvia. Los fui a buscar al aeropuerto y me sorprendió la imagen desoladora de la comitiva. Tánger recordaba a una de esas bolas de cristal, golpeadas por los elementos, con algunos monigotes aislados. Dudo que a Paul le agradase desembarcar aquel día, lleno de maletas, con una mujer enferma y un marroquí en celo, capaz de arrancar de cuajo los árboles de uno en uno. Pero no había marcha atrás. Ya en casa Cherifa acostó a Jane, que parecía feliz de haber vuelto. Pronunciaba palabras incongruentes que nadie entendía.

Ahmed, que, como dije, parecía furibundo, se fue a pasear bajo la tormenta.

—Necesito tomar el aire —había dicho.

Paul no lo contrarió: al revés, él se quedó sentado en su mesa de trabajo, revisando algunas notas que pensaba utilizar para un reportaje de viajes. La casa estaba vacía. Tensemani le había dejado la compra hecha en la nevera. Me dijo que pensaba tocar el piano pero luego decidió que era mejor estar así, fumando en silencio, escuchando el agua que caracoleaba sobre los vidrios a rachas, que se retraía y apretaba por momentos.

—Qué alivio este silencio y este ritmo lento —dijo—. Uno tiene la sensación de que todo podría volver a empezar mañana o a terminar.

Me senté en la sala. Él me acompañó y nos sirvió un Martini.

—¿Conoces la historia de mi amiga Angela Roberts que estuvo aquí en Tánger hace unos años? Seguro que ya te la conté.

Negué con la cabeza, me acomodé en el sofá.

—Pues Angela, no sé si la conociste, era una mujer imponente, negra y muy hermosa. Vino a verme desde Nueva York. Había leído algo mío y estaba empeñada en entrar en contacto con el verdadero espíritu del norte de África. Paseábamos por el Zoco Chico, aquel día, y luego por la rue du Commerce y por la rue du Télégraphe Anglais o quizás fue por la rue des Postes y vimos que había un café enorme que estaba lleno de hombres hasta la bandera. No había mesa que no estuviese llena de hombres, ya sabes los típicos marroquís con chilaba o con cazadora oscura, indistintamente. Angela se empeñó en sentarse. No quería irse, decía:

—No y no, por una vez que vemos algo divertido.

Y al fin encontramos una mesa en una esquina y nos sentamos. Eramos tres: Layachi, Angela y yo mismo. Layachi protestaba. Pedimos tres tés y esperamos.

Ángela me preguntó:

—¿Qué va a ocurrir aquí que es tan importante?

Yo le dije:

—Espera y verás.

Ella estaba muy nerviosa y se reía sin cesar. Esperamos un poco más y entonces colocaron un estrado. Y después salieron cuatro músicos y se subieron al estrado, en el centro del café. Eran dos flautistas y dos percusionistas. Y empezaron a tocar. Y entonces salieron dos chicos disfrazados de mujeres. Y la gente los aclamó con jolgorio. Y empezaron a tocar y los chicos bailaron al ritmo de la música. Y todos nos volvimos locos y fuimos felices. Los chicos agitaban sus traseros y todo el local reía y animaba a carcajadas. Todo el mundo fumaba kif y la humareda llegaba hasta el techo. Entonces supe que todos éramos demonios y que estábamos en el infierno. Aún lo creo.

XIV

CUANDO OCURRIÓ LO DE AHMED AL DÍA SIGUIENTE, Paul me llamó casi de inmediato. También llamó a Francis, su amigo inglés.

—Lo han detenido.

Me contó después que Francis, contra toda suposición, no se rio.

—Pero. ¿Frank sigue en Tánger?

—Claro que sigue aquí, ¿tú que pensabas? Y está pintando algunas de las mejores telas que le conozco.

Pensé pero no lo dije: «Pobre tipo». Aunque la justicia marroquí lo había eximido de toda responsabilidad en el asunto del adolescente Aquino, Francis estaba conociendo horas bajas, al menos desde el punto de vista social. La colonia extranjera ya no lo miraba con benevolencia. No en vano, a ojos de todos, había sido el artífice de un juego ilegal con tres menores. Paul y yo no habíamos comentado nunca aquello. Tampoco ahora me pareció un momento propicio para abordar el tema.

—Se quedó en silencio y luego me dijo: «Era de prever».

—Menuda desfachatez.

Mientras esperábamos la llamada del cónsul, que era un amigo común, Paul me contó algo. Parecía exhausto, pero tuve la impresión de que, pese a todo, necesitaba hablar. Me dijo:

—Muchas veces, hace unos años, cuando era más joven y estaba descubriendo, y ese furor —el furor que te invade cuando eres joven

— estaba en mí… No sé si recuerdas esa cita de Yeats.

Asentí.

—Pues entonces, yo y algunos amigos, a muchos no los conocerás, no eran nadie, algún actor de segunda de la televisión británica, un vendedor de electrodomésticos buscando expandir el negocio, gente que yo conocía por casualidad y que compartía conmigo algunas veladas… pues nosotros, yo y esos amigos de circunstancias, salíamos a pescar mochileros a las terrazas del verano. Eran peces frescos, ingenuos. Provenían de Nueva Inglaterra, de Indiana, de Misuri, perfumados todavía de pasteles de manzana y balones de fútbol. En sus pueblos iban al oficio los domingos, sus madres les remendaban las chaquetas colegiales. Todos estaban empeñados en conocer mundo antes de empezar la universidad y se sentían felices de descubrir el remoto Oriente. Sentados en las terrazas de la zona nueva, pedían cerveza porque querían beber y emborracharse y aquel entorno era tan exótico y aquel sol tan ardiente y la llamada a la oración tan increíble. Pero tampoco podían gastar mucho, venían con poco dinero y se dejaban invitar por los compatriotas de la mesa de al lado, en el café de París, en el Claridge, en el Central, eran americanos como ellos, reían y bromeaban, y les ofrecían un montón de información sobre cosas, sobre lo que había que hacer y lo que no en aquellos pagos, porque ellos vivían aquí y se las sabían todas…

Suponiendo lo que vendría después, traté de detenerlo.

—Déjalo, no importa.

—Sí, sí que importa. Escucha: pues, en una ocasión, hubo unos chicos, uno guapo, otro no tan guapo pero simpático, con el pelo ondulado y muy risueño, creo que venían de Indiana, o de Ohio, y estaban allí sentados. Habían dejado las mochilas en la pensión y querían fumar absolutamente, era un imperativo necesario, y en la mesa de al lado estaban mis amigos, el actor, el dentista, el representante de aspiradoras, ya no sé, y van los chicos y beben y piden una ronda y luego otra y luego los hombres los invitan y piden

otra y ya están todos bien contentos, dispuestos a todo y los hombres les hablan de las putas de la Medina y de los músicos Jajouka y de las miles de guarradas que se venden en los herboristas: piel de animales, uñas, semen, saliva de vaca, escroto y virutas de oro o de plata, e intercambian bromas. Y los hombres, uno de ellos, cualquiera, entre risas, les propone, como si fuese algo extraordinario, presentarles al famoso escritor tal y cual, al que ellos no conocen ni de oídas y que les da igual, pero al fin y al cabo lo que quieren es conocer la ciudad y conocer a gente y tener aventuras que contar cuando lleguen a casa.

»Y siguen a los dos hombres que parecen razonables y simpáticos y caminan y caminan por las calles de la ciudad nueva y llegan a una casa con unas terrazas llenas de ropa colgada y con plantas que parecen geranios o claveles. En el predio, hay un burro lleno de moscas y una motocicleta. Un vendedor les ofrece higos chumbos, otro propone periódicos y almendras. Y suben al piso y alguien les abre la puerta y los recibe, mostrando mucho interés por uno de ellos, el más guapo. Es el escritor, va en batín y fuma con boquilla. Le habla al guapo y le pregunta por sus estudios, al otro lo ignora y tanto mejor para él. Le aconseja que, después de Tánger, bajen al Sahel, pueden ir en autobús hasta el Sahara, le dice que no pueden quedarse sin visitar Argelia, que bajen hasta Mali. En el piso reina un ambiente extraño. Anochece y hay unos cuantos hombres sentados en sofás y un humo denso y perfumado lo invade todo.

—Paul, todo esto me parece completamente innecesario.

—Y los chiquillos se encuentran terribles y excéntricos, tienen la impresión de haber penetrado en el templo de una especie de *cool* norteafricano. Y aceptan un cigarrillo de aspecto extraño y se lo fuman. Y luego otro y después ya no recuerdan nada. Duermen como troncos. El chico guapo se despierta muchas horas después. Ya ha amanecido y está en una cama. Alguien le ha puesto una chilaba y debajo de la chilaba no lleva nada. Frente a él, en una silla, dormita aún vestido su compañero.

Presa del miedo, el chico despierta al otro y busca su ropa y se la pone. No miran alrededor, les parece que en la casa no hay nadie, pero no están seguros, sus pasos resuenan sobre el parqué como en un espacio vacío. Los dos escapan de la casa y luego tratan de olvidar lo ocurrido. Y quizás lo olviden, quizás lo hayan olvidado: vivirán felices los años de la universidad, se graduarán, irán a la guerra, si sobreviven quizás se casen, quizás se compren una vivienda unifamiliar, quizás tengan hijos y luego se divorcien, pierdan el pelo, se arruinen.

Pero, luego, tal vez años después, el nombre de alguna novela sobre Tánger, adquirida en un *malí*, en una *boutique* en Minneapoüs o en New Jersey, les evoque algo, un conocimiento soterrado, muy profundo, un recuerdo del que solo sobrevive la sensación de miedo, de oprobio, la sombra de algo que no llegaron a entender, algo que es mejor que no entiendan. Y años después, ven un reportaje en la tele y vislumbran, en el rincón de un salón, una alfombra en una casa que les resulta familiar, muy familiar, tan conocida —y señaló entorno a él su propio salón, su propia alfombra—, que les traerá la huella de un recuerdo apelmazado, pastoso, que no consiguen aprehender completamente.

Fui a la cocina, e hice té. Saqué pan de molde y preparé unos sándwiches. Estuvimos esperando puede que dos horas delante del teléfono de la casa y el cónsul no llamaba. Hasta que, justo después del Dohr, que aquella tarde resonó trágico, mi amigo descolgó y escuchó una voz.

—Paul, estamos haciendo todo lo que podemos pero tengo la impresión de que las autoridades quieren utilizar a Ahmed como chivo expiatorio. Además, no es americano y yo, en tanto que cónsul, no puedo hacer mucho. He preguntado por él porque es tu amigo, pero, a partir de ahora, creo que toda presión por nuestra parte será susceptible más de perjudicarlo que de ayudarlo y, sobre todo, creo que puede desplazar el foco sobre ti, y eso sí que no te lo recomiendo.

Era una advertencia, o al menos, Paul así lo entendió.

Yo pensé en lo que Bill Burroughs, como la Gorgona, me había anunciado en los últimos tiempos.

—Tánger se había convertido en una trampa para mariconas —ululaba—. Las cortinas de metal de las tiendas, al cerrarse, suenan igual que guillotinas.

Aquella misma semana, Bill le escribía a su querido Ginsberg:

«Se terminó Tánger. Los perros árabes se han lanzado sobre nosotros. Innumerables locas han sido arrastradas por los pelos y van aullando desde el Zoco Chico hasta un agujero cualquiera en donde languidecen ahora los sesenta hijos de Sodoma. A cientos de chicos les han dado palizas, les han pegado hasta hacerles sangrar».

Paul y yo estábamos abrumados.

—A Ahmed, ¿de qué lo acusan?

—De corrupción de menores. El padre de un adolescente alemán lo denunció. Dicen que tenía catorce años. Los encontraron en una habitación de la rue du Commerce.

—¿Y ahora?

—Pues irá a la cárcel y dudo que salga en mucho tiempo.

En los días siguientes, Paul contrató un abogado, pagó una fianza de 500 dólares y consiguió que soltasen a su amigo. Pero, poco después, Ahmed fue convocado de nuevo. Le exigían que arrojase luz sobre las costumbres y el modo de vida de los extranjeros que había frecuentado en la ciudad. Lo interrogaron varias veces sin éxito. Además, afortunadamente, tenía programada una exposición en Londres en pocas semanas. El argumento pareció convencer a los marroquís y, gracias a la intervención de su galerista y de su agente, consiguió que le devolviesen el pasaporte para poder asistir.

El día que salió por segunda vez de la cárcel de la casba, lo esperaba solo Tensamani, sentado en el Jaguar de color marfil.

—No se te ve mal.

—No me trataron tan mal.
—Hamdulilá.

A Londres, Ahmed viajó con Jane y con Paul. Regresó convencido de que todo había sido un mal sueño, de que triunfaría y sería recibido entre vítores, tras haber vendido la totalidad de los cuadros expuestos y haber merecido varias reseñas laudatorias en la prensa inglesa. El todo Londres se había rendido a su estilo irracional y esotérico. Pero en Tánger nada había cambiado si no era para peor: la policía todavía lo esperaba y sus cargos habían pasado de Abuso de menores a Agresión con tentativa de asesinato.

XV

UN DÍA DE FINALES DE ENERO, BERTIE ME LLAMÓ

Me dijo que no quería engañarme pero que había que estar preparado para lo peor, y que la evolución de Janie parecía en caída libre. Estaba asustado. Luego calló y volvió a hablar, como si le costase un mundo, en un tono muy bajo.

—Pero hay algo más.

—Dime, Bertie.

—He hecho algo que está muy mal.

—Bertie, ¿quieres que nos veamos en algún sitio y hablemos?

—Te paso a buscar a tu portal.

En cinco minutos estaba abajo. Lo encontré con mala cara. Me di cuenta de que, a pesar de su fortaleza proverbial, se estaba convirtiendo en un anciano.

—Dime.

—Qué tiempos, amigo Emilio, qué tiempos.

Como supuse, empezó a irse por los cerros de Úbeda.

—Te voy a contar, amigo Emilio, la historia de un falso *mendjoub*. Los *mendjoubs* son esos mendigos iluminados que se colocan en las puertas de las mezquitas. Pues un comerciante de Tánger, curioso, siguió a un *mendjoub* que ganaba mucho dinero en limosnas y quiso imitarle, le copió la vestimenta, la ceguera, las suratas recitadas al desgaire y se fue a Fez a ejercer el oficio milenario.

—Creo que le oí esta historia a Larbi.

—Puede ser. La cuestión es que el falso mendigo tuvo un gran éxito y reunió una fortuna, invirtió en casas, en terrenos y se convirtió en uno de los hombres más ricos de Tánger.

—Sé cómo sigue.

—Y entonces ocurrió que llegaron las nuevas normativas después del fin del Protectorado y se empezó a perseguir la mendicidad.

—Entre otras cosas.

—Y el comerciante, a pesar de sus riquezas, se moría de deseos de regresar a Fez y recuperar sus hábitos y vestimentas de mendigo. Pero sabía que aquello podía costarle la vida.

—Sí.

—Pues aún así no pudo evitarlo, y volvió. Recuperó el viejo manto y el cayado, que había dejado en una habitación de pensión, y volvió a sentarse en las esquinas del barrio antiguo y volvió a gritar las viejas suratas y todos los que le veían lo respetaban y se decían: «Ves, ha vuelto, no teme a las autoridades, es un santo».

—Pero…

—Pero la policía lo vio y lo detuvo, se lo llevaron a la cárcel y allí lo desnudaron y le pegaron y él dio su verdadero nombre y todos se rieron. Y al día siguiente, volvió a dar su verdadero nombre y todos se rieron, y así al otro y al otro, y le pegaron. Así fue al siguiente y luego al otro. Se rieron y le pegaron. Pero después, al otro día, ya no recordó qué nombre era el suyo. Ni recordó su historia.

Se quedaron en silencio. Pasaban por delante del café Society. Bertie negó con la cabeza.

—Prefiero que caminemos. No tengo ganas de saludar a nadie.

—Dime, Bertie, ¿de qué va todo esto?

—Sí —se sentaron en el paseo de los Perezosos, entre los cañones. A un lado un vendedor de globos; del otro, una pareja enamorada.

Bertie los miró:

—Me congratula el amor —yo me reí—; me tomarás por un ingenuo, pero es lo único que merece la pena en esta mierda de

mundo, ver que sigue existiendo esa fuerza irreprimible.

—Jeje.

—Lo peor es que hemos dejado de creer en él. Nadie ama a nadie o nadie reconoce amar a nadie. Vivimos en el imperio del cinismo.

—¿Lo dices por alguien en concreto?

—No voy a darte nombres, digamos que el amor no es un tópico de moda, ni en nuestra generación ni entre las más jóvenes.

—Bueno, digamos más bien que somos una generación de hombres y mujeres que han sufrido amores contrariados.

Bertie sacó su pipa inglesa:

—Desde luego así es mi caso. No sé si el tuyo. He querido toda mi vida a una sola mujer, pero ella nunca me ha querido. No es Charlotte, no te me sulfures. Se trata de otra, de otro mundo. Nunca hubiésemos podido ser felices pero la verdad es que junto a ella me sentía muy bien. Joven y dorado, la verdad. Muchas veces, casi siempre, lamento no haberlo mandado todo al carajo para ser feliz.

—No hubieses sido feliz, Bertie, con toda seguridad. Por eso no lo hiciste. El verdadero amor es aquel que no se consuma o al menos aquel que no puede durar en el tiempo.

—A ver, voy a dejarme de lamentaciones e ir al grano. Ayer mismo, venía, con la cabeza en Babia, como estoy siempre, de hablar con Thami, sabes, mi amigo del café Colón, el estraperlista. Un tipo muy válido. Lo conozco desde hace ya no sé cuántos años, de vez en cuando me vende kif, me ofrece algún reloj, me propone algún negocio imposible. Es un buen tipo. Bueno, la cuestión es que tanto a él como a muchos otros en esta ciudad les tiene en vilo la enfermedad de Janey. Es una señora muy respetada y muy querida. En la Medina casi todo el mundo le debe algo. Recuerdo haberla visto pasear en más de una ocasión con un séquito de niños harapientos, todos tras ella, comiendo helados. También solía pagarles entradas para el cine Roxy, los chavales irrumpían en

tromba como la marabunta y lo dejaban todo hecho un cisco. Yo me quedaba siempre preguntándome si no sería un regalo envenenado enseñarle el gran mundo de Hollywood a un niño de la calle.

»Bueno, la cuestión es que muchos me han dicho, han discutido entre ellos y concordado que, con casi total seguridad, su enfermedad está causada por un *tseukal* o mal de ojo, que tiene origen en algún o alguna marroquí que la quiere mal.

—La historia de siempre, ya lo he oído.

—Cherifa.

—No hay pruebas. Y además, tampoco es que Janie no tenga razones para tener un ataque, lleva bebiendo a saco desde los doce años. Nos tumba a todos. Debe de tener los órganos por dentro hechos papilla.

—Eso es lo de menos. Emilio. Aquí, ninguno de nosotros somos santos.

—Venga.

—Pues si así fuese, si hubiese un *tseukal* de por medio, y a eso quiero ir a parar, sería posible quizás hacer una reversión del encantamiento.

—Bertie, por favor. No me vas a decir que comulgas con esas supersticiones.

El rostro del coronel se acercó mucho al mío.

—Esto es como en la guerra, a veces hay que probar las estrategias más peregrinas y son esas, y solo esas, las que funcionan.

Me levanté del banco, los enamorados, en el otro extremo de la explanada, señalaban la costa española y la llegada de un barco de mercancías. Luego empezaron a discutir. Me abstuve de comentar nada a respecto.

—¿Tú has oído hablar, Bertie, de casos de reversión del mal de ojo?

—He oído historias.

—La mayor parte de las veces es peor el remedio que la

enfermedad. Mira el caso del pobre Elliot Moss, al que mataron encima de un pozo, dibujándole estrellas en las plantas de los pies con un cuchillo.

—Este caso sería diferente. Janie no sería el causante sino la víctima. Y no creo que hubiese lugar a ensañarse con ella.

—Prosigue.

—La cuestión es que iba pensando en eso. En el Country club había un grupo de inglesas bastante majas. Me tomé algo con ellas pero, sin verdadero espíritu, todo se me hace muy triste en estos días. No tengo mucho que hacer y el mes de enero me resulta bastante sombrío.

—Debes de ser el único al que el mes de enero más caluroso de la década se le hace sombrío.

—Sabes a lo que me refiero.

—Sí, disculpa.

—La cuestión es que iba pensando en las palabras de Thami, mientras volvía a casa con mi chófer. Me di un baño antes de comer y pensé en hablar con Salma. La casa está muy vacía en estos tiempos. Salma es una mujer que es todo corazón y que tiene un cerebro privilegiado. Salma me dijo que no conocía a Cherifa, pero que había oído de ella, que tenía fama, que era una especie de reina, que todo el mundo la respetaba en el mercado, que de ella dependían varias familias y que muchos acudían para pedirle trabajo o ayuda. Luego me contó algo que yo no sabía y es que parece ser que mi protegido, el estudiante del que te hablé, viene del mismo pueblo, de Beni Chiker, y ella me dijo que quizás pudiese darme razón de ella, que tal vez pudiese aconsejarme y orientarme.

»Me eché una siesta y pensé en ir a ver, después, si Sophie había vuelto del liceo. Llamé a la puerta y nadie abrió. Yo nunca entraba en su habitación y menos en la de su hermano, que en los últimos tiempos estaba cerrada a cal y canto, con todo dentro, tal y como la había dejado hacía un año.

»Empujé la puerta de Sophie y entré, no me gusta hacer eso, pero ¿qué iba a hacer si no?, tampoco es bueno ignorar hasta tal

punto a tus propios hijos.

—Vamos hasta el puerto —le dije yo entonces. Me dolía la espalda y empezaba a ponerme nervioso con tantos preámbulos—. Sigue, me estás inquietando.

—Sophie no estaba, claro. Tenía la habitación tal y como yo se la conocía, aunque con varias salvedades.

—Que eran… Déjame pensar. ¿Un pollo muerto? ¿varias cabezas de cordero? ¿el *Playboy*?

—Por favor, Emilio, haz el favor de no bromear. Esto es serio. Pues la decoración general era la misma, a excepción de varias cosas: me encontré con que *El Capital* estaba campando encima de su mesilla de noche, lo cual tampoco me preocupó mucho. Pensé que sería lectura obligatoria en el liceo. Supongo que sabrás que es tradicional en Francia que los adolescentes sean marxistas, es casi una comunidad de destino. De ahí van evolucionando y van derivando hacia otras ideologías a lo largo de su crecimiento, una cosa no quita la otra, republicanos, socialistas, extremistas de derechas todos fueron marxistas en sus años mozos. Pero había otra cosa, otras cosas…

—Ay por Dios, no me tengas en vilo…

—Pues encontré ni más ni menos que una Biblia encima de *El Capital*.

—Vaya. ¿El laicismo hace aguas?

—A mí eso me preocupó más, francamente. Esa niña no tiene educación religiosa ni falta que le hace, y no tengo ninguna intención de que sublime su vida y la consagre a la Virgen.

—Venga, hombre, yo soy católico.

—Ya que lo dices, no me extrañaría que esto le venga inculcado por algún *espanguán* de esos que frecuenta, hay tantos, por todas partes, dispuestos a rezar el rosario y a bendecirte.

—A lo mejor es solo una lectura literaria. La Biblia es el libro más leído del mundo. ¿No querrá estudiar letras la pequeña Sophie?

—Pues, me senté sobre el cobertor y dejé que me consolase la visión de un póster lascivo de Elvis Presley que su madre le había

prohibido una y otra vez, y que campaba por todo lo alto en ausencia de la autoridad pertinente.

—Y, ¿eso fue todo?

—Miré de nuevo por si acaso me había perdido la clave definitiva del asunto. La pista última. Y en efecto, allí estaba, encima de la mesilla de noche: una caja de cerillas y no cualquiera.

—¿Y?

—Era una caja de cerillas de la pensión Fuentes, el tugurio más asqueroso de esta maldita ciudad.

—¿Y?

—No lo entiendes. La niña frecuentaba el café de la pensión Fuentes o, mucho peor, quizás frecuentase la misma pensión Fuentes.

—Me pierdo.

—Salí como un exhalación, le pedí a Abdel que me condujese a Bab Er Fah, era aún media tarde, con suerte no me encontraría aún con nadie, yo sabía que *el* Mohamed de los demonios tenía una habitación alquilada alrededor de la rue du Commerce.

—Venga hombre.

—Es que, Sophie había tenido prohibido el acceso a la Medina desde que yo tengo memoria, y nunca recuerdo haberle condonado esa prohibición. Y ahora, Sophie no solo frecuentaba la Medina sino que veía a gente en la Medina.

—Conversaba sobre el *El Capital* y la Biblia en la Medina. Quizás. Es un decir.

Nos sentamos en una terraza de la plaza de España, un tipo pasó con un cesto ofreciendo pescado fresco, me pareció reconocerlo del Dean's bar, donde a menudo los bármanes trabajaban también de pescadores para redondear sus ingresos.

—*La, shocran*.

—Te plantaste entonces ni corto ni perezoso en el bar Fuentes.

—En efecto.

—Lleno de españoles republicanos y de hachisinos.

—En efecto.

—¿Y viste a tu hija?

—No. Ningún movimiento, nadie entraba ni salía desde las habitaciones superiores. Me tomé un té, me tomé otro. Sonó el Asr, ya solo me quedaba esperar a que sonase en Maghreb y entonces tuve una idea.

—Sí.

—Pregunté al camarero cual era la habitación de Mohamed Chukri.

—¿Y te lo dijo, el pobre inocente?

—Tuve que insistir un poco y desembolsar unas pesetas.

—Proverbial negociación. ¿Y te compensó el desembolso?

—¿Que si me compensó? Ascendí y ascendí por las escaleras empinadas: un olor a lejía y a tabaco que echaba para atrás, fotos de cabras en el Rif y fotos de mujeres con velo delante de burros y de vacas. Y al final, mi destino, la habitación 8.

—¿Llamaste a la puerta?

—Sí, dos veces. Pero estaban demasiado ocupados. No me oyeron.

—Creo que te lo has tomado demasiado bien.

—Empujé la puerta, allí estaban el estudiante tardío y la adolescente precoz sobre un colchón con la sábana hecha un trapo, desnudos.

—¿El amor, decías?

—Él es un viejo de veinte años.

—Y es marroquí.

—Y ella tiene catorce años.

—Eso es indiscutible.

—Aquello se me subió a la cabeza y me volvió loco. Entré ahí, no se movieron, convencidos de la dignidad de la situación. El chico tenía unas gafas puestas, con una pata sujeta con esparadrapo, mi hija fumaba un cigarrillo español y creo que ni siquiera se puso colorada: me sonrió.

—Tápate —le dije. Y se cubrió los pechos con la mano—. ¿Qué

creéis que estáis haciendo?

»Mohamed se levantó, estaba más avergonzado él que mi hija, y me dijo:

—Coronel, señor Bertie. Discúlpeme. Se nos ha ido de las manos.

—Lógico, natural.

—Pero entonces se me fue a mí todo de las manos. Cogí sus pobres gafas y se las arranqué, las tiré al suelo y las pisoteé. Y luego le arreé dos puñetazos, con el puño cerrado, él ni siquiera hizo ademán de defenderse. No fue capaz. En cierto modo, supongo que se siente en deuda conmigo.

—¿Y esa fue tu gran actuación?

—Después le dije a Sophie que se vistiera y que viniera conmigo.

—¿Y te obedeció?

—No, a eso iba, no me obedeció, se quedó allí aquella noche. Pero por la mañana volvió a casa, supongo que tuvo el vértigo de la libertad.

—Y el vértigo de la Medina, que no es moco de pavo. He pasado noches allí y dormir en esa parte de la ciudad, en esas calles, es como estar en la barriga de la ballena, como si te engullese un animal caliente y pegajoso.

—Déjate de poesía.

Llamé al camarero para que nos cobrase. Nos trajo la nota mientras Bertie reflexionaba.

—El caso es que lleva diez días llorando, tiene los ojos como manzanas. No consigo hablar con ella. Me rehuye. Se encierra en la bañera. Dice que no quiere volver al instituto.

—A esa niña le falta su madre.

—Ese chico me parece un buen chico. Pero ella es muy joven y él será toda su vida pobre como las ratas.

—Y marroquí.

—Es un buen conversador, desde luego, es capaz de grandes esfuerzos y me parece que es un hombre de fiar.

—Pero es marroquí.
—Y es pobre.

XVI

AHMED ESTUVO EN LA CÁRCEL SEIS MESES. FUE UNA época difícil para todos. Sé que, al principio, Paul se empeñaba en visitarlo todos los días, pero, luego, Francis y otros conocidos lo convencieron para que volviese a espaciar sus excursiones, y evitar, así, llamar la atención y predisponer a las autoridades marroquíes. Tensemani iba a verlo ahora con frecuencia.

Supimos por Francis que Ahmed había pasado los primeros días asustado pero que, con su admirable religiosidad, aceptó todo como *moktub*. Francis le había enviado lienzos y pinturas y el marroquí se había puesto a pintar asiduamente.

Pasó el tiempo. Un día de paseo por el centro, cerca del Claridge, me crucé con Jane. Hacía tiempo que no nos encontrábamos. Las huelgas de los últimos tiempos, los incidentes de conocidos, las noticias de amigos que vendían sus casas y se iban, empezaban a crear un ambiente de inquisición en la ciudad blanca. Jane caminaba sola, como una desterrada. Esta vez iba sacando del bolsillo puñados de dólares arrugados y los iba repartiendo entre la gente. La seguía una caravana de *flâneurs*. Quise detenerla pero no pude.

Me dijo:

—La vida es bella. Todo es bueno.

Creo que le di un abrazo y la dejé por imposible —a fin de

cuentas no era asunto mío—. Me fui a trabajar. Cuando miré hacia atrás, vi que seguía repartiendo billetes por el bulevar, profusamente, como una loca.

Otro día me la encontré en la rue du Télégraphe Anglais. Iba con Cherifa, embozada en su *niqab*. Ambas salían de un edificio detrás del cine Goya. Tensemani esperaba apoyado en el Jaguar blanco, comiendo pipas.

—Venimos de ver a Zohra la Gorda. Daría cualquier cosa por que la vieras. Viste siempre como si fuese a un banquete nupcial y es muy fea, pero ya sabes que yo las prefiero feas. No en vano, Cory tenía una prótesis de cadera, Cherifa dientes de oro, Libby Holman juraba como un camionero. Yo misma estoy coja, y ahora medio ciega y medio tonta. Volviendo a la gorda Zorah: tiene cinco hijos y diez sobrinos, y quiere ir a Asilah a comprar guisantes secos porque los de allí son muy buenos, dice. Yo quiero llevarla a Asilah pero ella no quiere, y Tensemani tampoco está por la labor, dice que el coche está habitado por un diablo y que se despeñará por los puentes y acantilados a la menor oportunidad.

Aquella fue la última vez que vi a Tensemani. Luego supe que, en efecto, Paul le había regalado el Jaguar y que el chófer lo había vendido y, con el dinero, había conseguido realizar su sueño y emigrar a Alemania.

A Ahmed lo soltaron un año después. Pero ya su reputación había quedado maltrecha y la comunidad internacional lo miraba con malos ojos. No volvió con Paul. Se instaló solo en el hotel Muñiría. Luego regresó a Fez, donde estuvo algún tiempo haciéndose olvidar. Necesitaba dinero y consiguió que Libby Hoffman —la exnovia de Janey— le comprase un par de telas. Lo último que sé es que, después de la partida de los Bowles a Nueva York, él fue visto de nuevo en la terraza del café de París, esta vez silbándole a las chicas.

Pero volvamos a 1958. Bertie me llamó alguna vez más, quería

saber de Jane, de Paul. Insistió en ofrecer su ayuda para lo que fuera necesario.

—¿No os animáis a revertir el *tseukal*?

—Si se lo mencionas a Paul, te mata.

—Pues qué pena.

—¿Y tú, cómo te encuentras?

—Abrumado por todo. Quizás nos vayamos.

—¿Y Sophie?

—Bien, me habla un poco más.

Es verdad que todos se iban yendo. Los bares estaban vacíos. Ya no había cambistas proclamando su *rate* en la plaza de los joyeros, las prostitutas no cantaban sus exóticas especialidades en medio de la calle, hasta en los bares los camareros servían las botellas de alcohol envueltas en papel de diario.

Recuerdo haber pasado por la casa del edificio San Francisco y encontrarme a Wayklin sentado en el sofá. Janie tenía una toalla húmeda sobre la frente. Wayklin leía:

—*Hacía frío aquella mañanita en El Escorial y algunos copos de nieve temprana ponían fondo de tarjeta de Navidad a la culminación del romance entre la cantante y su guitarrista gitano. Los calendarios marcaban la fecha del pasado 27 de octubre y las manecillas de los relojes dividían en dos la esfera, convertidas en diámetro del círculo horario: eran las seis de la mañana*.

—Enhorabuena —dije yo—. ¡Se ha casado Lola Flores!

—Hemos conseguido que siente la cabeza —añadió Wayklin y siguió leyendo:

—*A mediodía* —especifica la información— *en el hotel Felipe II se sirvió un banquete, al que asistieron unas cincuenta personas. Su carácter íntimo se debió al deseo de Lola Flores de que así fuera. A los postres se pronunciaron varios discursos. Pedro Vargas cantó en honor de Lola Flores, y Miguel de Molina recitó unas poesías. Lola Flores dio las gracias emocionada*.

Bertie me contó luego que fue ese día 27 de octubre de 1958,

después de hablar con amigos en el *Country*, que fue a buscar a su hija. Estaba en su habitación leyendo a Dostoievski. Él se sentó sobre su cama:

—Sophie.

—Dime.

—¿Sabes que aquí ya no estamos en casa?

Y su hija se le quedó mirando con ojos como platos.

—Tendremos que irnos. Los locales cierran, persiguen a nuestros compatriotas, en las calles hay redadas, hablan de imponer la ley islámica. No somos de aquí, tenemos pasaporte extranjero.

—Esta es nuestra casa. Nuestros amigos están aquí. Tenemos gente que nos quiere.

—Además tu madre nos espera.

—Dudo que nos espere. Ya sabes cómo es.

Sophie se enderezó, lo cogió de la mano. Bertie tenía una cara muy triste.

—Tú no tienes futuro aquí, este país se llevó a tu hermano.

—No, no fue este país.

—En Francia serás feliz. Ni siquiera estás contenta en el liceo.

—Pero eso es porque no entiendo la mayor parte de las cosas y nadie me las explica.

—Dime.

—No sé, todo. Cómo está organizado el mundo. Por qué existe la injusticia. Por qué todo es tan hermoso y tan siniestro.

Bertie la miró con cariño, se dijo que la adolescencia era difícil y que lo que venía tras la adolescencia lo era más.

Aquella noche Bertie no cenó, se puso unos zapatos cómodos y fue a despedirse de la ciudad. La decisión estaba tomada. Condujo él mismo hasta la place de France, aparcó en un garaje público y se fue a callejear por el zoco. Como siempre las calles estaban llenas de gente y, aunque hacía frío, los cafés estaban repletos. Pensó en hacer algo excepcional y entró en la sala Mauritania donde tradicionalmente pasaban películas porno. El ambiente era aciago pero él se repantingó en su butaca rodeada de viejos sucios con las

solapas de los gabanes levantadas y se dejó ir. Era un extraño fin de fiesta. La sucesión de coitos más o menos fantasiosos no consiguió excitarle, le producía tristeza, como ver la cresta del iceberg que se hunde, como el trasatlántico al que engullen las ondas heladas y del que al final solo se ve la bandera.

Las películas se proyectaban en bucle. Por ello, a la media hora, Bertie se decidió a salir. La salida se hacía por una discreta callejuela transversal, pero, casi de inmediato, Bertie se dio de bruces con Thami Bedaoui. Tenía la impresión de no haberlo visto desde hacía años. Thami también se alegró sobremanera de encontrarlo. Lo abrazó y lo condujo, agarrándolo del brazo, al café Tingis.

—Coronel, amigo, pasemos un buen rato, hablemos.

—Quizás sea este nuestro último buen rato, amigo Thami.

—No diga eso, coronel. Ningún momento es el último si Alá no lo quiere.

—Quizás lo quiera.

—Cuénteme. ¿Cómo lleva la vida sin su esposa?

—Peor de lo que me esperaba. La soledad es mala compañera.

—Tiene *razón*, Alá no nos ha hecho para que estemos solos.

—Me volveré con mi hija a Francia, este mes que viene. No tiene sentido que nos quedemos aquí. Tampoco creo que sea bueno para mi hija. Está demasiado a su aire. Creo que no sabe bien quien es.

Thami guardó silencio. Su fidelidad natural le decía que debía contarle a su amigo lo que sabía. Pero al mismo tiempo temía estar cometiendo una injusticia. Luego se dijo que, de estar él en los zapatos del coronel, le hubiese gustado tener quien le informase.

—Debe irse. Mal que le pese. La chiquilla necesita a su madre, y ya sabe que aquí la gente murmura.

Bertie aguzó los oídos.

—Siempre me pareció que esa chiquilla suya era algo salvaje.

A Bertie no le gustó que Thami hablase de su hija con aquella familiaridad.

—Y después de lo de su hijo.

—Dime.

—Recuerda a su amigo, aquel chiquillo, Mohamed el estudiante.

—Aprobó el concurso de profesor. Ha vuelto a Tánger.

—Yo lo veo a menudo, vive detrás del Zoco Chico en la pensión Fuentes, la pensión más lúgubre que hay.

Me dijeron que comparte habitación con dos putas. Qué puede esperar de un chaval de la calle. Aun lo recuerdo de cuando lo veía con las bandas, sentado en el puerto, o durmiendo en la fábrica de conservas. Era más pequeño de lo normal, medio raquítico, por la falta de comida, después dio el estirón. Tiene mérito, era un hombre hecho y derecho cuando fue a la escuela. Solo porque en un bar del barrio quiso participar en una discusión y alguien le dijo: tú cállate que eres analfabeto. Se calló pero su orgullo empezó a molestarle. No quiso seguir callado toda su vida. Dijo voy a leer y a escribir aunque nadie quiera ayudarme, aunque todos piensen que no sirvo.

—Conozco la historia.

—Lo veo todas las tardes, recorre las librerías del barrio y toma prestado lo que le interesa, luego se sienta en los cafés y lee hasta la noche y toma notas y después observa a la gente y habla con unos y con otros. También bebe y fuma. Dice que quiere ser escritor. Como los americanos.

Bertie sonrió.

—Me parece bien. Tendrá muchas cosas que contar.

—No sé yo. Me temo que cuando consiga poner sus palabras juntas le van a salir solo historias de putas y de ladrones de fruta.

—Como a tantos otros, Thami.

Pidieron más té. Y el vecino de Thami le tendió el *sebsi*. A su vez Thami se lo ofreció a Bertie y este no pudo rechazarlo.

—Vete al grano.

—Y digo yo. ¿Cuántos años tiene su hija?

—Ha cumplido quince.

—¿Y no le importa, coronel, que siga viendo a ese hombre, que

ya es un hombre mayor y no está casado ni parece tener trazas de casarse, que lo vea, que hable con él?

—Pero ¿por qué?

—Al fin y al cabo Mohamed tiene las manos del trabajador. Su padre era analfabeto, su madre analfabeta. Es de la estirpe de los que hacen de guía a los turistas y después les ofrecen a su hermana.

—¿Tú crees, Thami?

—Su hija ya es una adolescente. Si fuese marroquí quizás estuviese ya casada, quizás ya tuviese hijos.

—Mi hija lo recibe en nuestra casa. A menudo él viene a cenar. Ahora menos.

—En la cocina, supongo.

Bertie calló molesto.

—Ahora siguen viéndose, algunos los han visto por los jardines de la Mendubía. O cenando en el hotel Ritz de la rue Sorella, detrás de la avenue de Belgique. Como ve, han sacado sus relaciones de la cocina.

—Pero eso es una tontería, Thami: ella es una niña.

—Creo que usted mismo se da cuenta de que lo mejor es que se vayan cuanto antes.

XVII

La conversación con Mohamed no fluía. En octubre de 1958, después del incidente con Bertia y de algunas advertencias que habían recibido, seguían viéndose, pero de manera más discreta. Sophie se había acostumbrado a estar con él en silencio, a tocarle el cálido torso con la mano, como si fuese la superficie de la tierra, y a no decir nada. Pero aquella vez, sentados en una terraza mientras las familias se paseaban con ropa de viernes, Sophie le dijo:

—¿Sabes? Mi hermano te mencionó en una ocasión. Mohamed la miró, poniéndose a la defensiva.

—Me dijo que eras guapo. Decía que el alfabeto te estaba poniendo cara noble.

—Tu hermano era un criminal.

—Es verdad que leer y escribir te han ennoblecido. —Leer y escribir no cambian el rostro de la gente. El rostro lo heredas de tu padre y de tu madre.

—A mi hermano le gustaban los marroquíes, no es tan extraño. ¿Sabes que hay mujeres de la colonia que corren detrás de los que son como tú como poseídas? Todos las conocen.

Mohamed la miró refunfuñado.

—Y hombres. ¿A dónde quieres llegar?

—Es una afición bastante triste, me parece. Al final, todo se reduce a un intercambio de servicios por dinero.

—Todo se reduce a eso. Casi todo.

—A ti te gusta. Pagar.

—Al menos quedan claros los papeles de cada uno. Nadie se llama a engaño.

—Háblame de Cherifa. ¿La conoces?

—No exactamente. Bueno, un poco. Ahora todo el mundo se refiere a ella como a una *chowafa*, pero eso es simplificar las cosas.

—¿Crees que envenenó a la mujer del Americano?

—Es posible. ¿Sabes que somos del mismo pueblo de Beni Chiker? Recuerdo a su madre y a sus hermanas, ella escapó a la ciudad pronto. A trabajar. Eran todas muy grandes y muy fuertes, como ella.

—Dicen que envenenó a Jane para que Jane no la abandonase.

—Cherifa es una guerrera.

—Parece como si la admirases.

—No la admiro.

—Pues lo parece.

—Ella conoció la misma hambre que yo, y te puedo decir que eso no deja a nadie sano, te vacía por dentro. En mi pueblo lo normal era que los niños viviesen en el establo con el pollino, que trabajasen de sol a sol y que le diesen todo el jornal al padre, sin esperar nada a cambio. Nos hubiésemos devorado los unos a los otros cuando empezó a no haber cosechas.

—Dices que es una guerrera.

—Es capaz de pelear, de ser más fuerte que el otro, es capaz de no permitir que la abandonen, es capaz de golpear ella primero. Eso es digno de admiración viniendo de un pueblo acostumbrado a ser esclavo.

—¿Envenenar a quien te quiere?

—Ni siquiera sabemos si es cierto, Sophie.

—Pero te gustaría que fuese cierto.

—¿Tú crees?

—¿Sabes que nos vamos?

Él asintió.

—Se veía venir.

—Echaré de menos tu cuerpo.

—¿Cómo?

—Los cuerpos están para usarlos y para ser felices.

—Es extraño oír a una chica hablar así. —Liaba un cigarrillo cabizbajo. Sophie acertó a oír su ruego—. Escríbeme.

Estaban sentados cerca del Haffa. Mohamed pidió vino, se lo sirvieron por un precio desorbitado, y los dos bebieron. Sophie miraba a su protegido, sobre el que —a pesar de la diferencia de edad— ejercía una especie de autoridad materna. Se sintió conmovida por su delgadez y por su apariencia de pobreza. Pensó que aquel porte era algo imposible de eliminar, que llevaría la miseria en él clavada para siempre. Sintió alivio por irse, y luego sintió vergüenza.

—Yo te escribiré —dijo él.

—Odio Francia, hace frío. Odio las caras de tiza.

—No creo que vuelvas. No te lo permitirán.

—En cuanto saque el *baccalauréat*, me vendré. Volveré a esta casa. O antes.

—Dentro de cuatro años, me habrás olvidado. Ni se te ocurrirá venir a verme.

—Será lo primero que haga. Te iré a buscar a donde quiera que estés, al instituto, llamaré a la puerta y diré: Profesor Mohamed, haga el favor de salir, lo esperan.

—Prométeme que no harás demasiadas tonterías, Sophie.

—Y tú, no bebas demasiado, no quiero encontrarte destrozado cuando regrese. Y ten cuidado con las putas: que no te roben, que no te pasen la gonorrea, no fumes demasiado. El kif adormece el cerebro. Y le debes a tu cerebro una oportunidad.

XVIII

TODO FUE ASÍ FÁCIL. LOS PREPARATIVOS DURARON DE *Mar repos*, se vació la piscina, despidieron a gran parte del servicio. Hubo lloros y promesas. Durante todos y cada uno de los días que duró la mudanza, Mohamed estuvo convencido de que ella no conseguiría irse, estaba completamente seguro, con la certeza de quien ha cortado un mechón de pelo de su amada y lo ha quemado en un brasero. Esperaba una señal, una confirmación, la imaginaba llorando por la noches al considerar su partida. Pero no hubo señal. Llegó el día, un lunes, y la casa amaneció maltrecha. El coronel y su hija viajaron a Málaga, llenos de maletas, y luego a Madrid y allí cogieron el avión para París.

Mohamed no podía entender lo ocurrido, estaba convencido de que aquello no era posible, se pasaba la noche en vela pensando en lo que estaría haciendo ella. Sophie, por su parte, encontró que, en Francia, todo era familiar pero distinto. Su madre estaba mejor de lo que había imaginado. Y en poco tiempo Sophie ya tenía amigos. Dos meses después se acostó con su primer novio (a Mohamed no lo había considerado nunca «novio») y se sintió liberada, mucho más viva y más despierta. Ese primer novio le duró quince días. Era un chico que conocía todas las canciones de los discos nuevos, pero que no había salido del hexágono. A ella le pareció ingenuo y es que ella, en cambio, se sentía muy adulta.

De Tánger, echaba de menos el sol y el viento, la comida especiada, aquel misterio permanente, el desorden, el cosmopolitismo, los amuletos, los vendedores de chumbos. Pero había obtenido otras cosas a cambio: las tiendas de ropa francesa, las panaderías llenas de dulces y de bollos franceses, el cine donde se estrenaba películas todas las semanas, el vino francés, las librerías, las bibliotecas, los autobuses, las terrazas con aquellas mesas pequeñitas y los huevos duros en las barras de los bares. Pasó el tiempo: Sophie se cortó el pelo e iba a los bailes, conducía una Sólex y era feliz.

El primer año, Mohamed se acordaba todavía de ella por las noches, cuando, sentado en la cama en su habitación de pensión, esperaba a que sus compañeras regresasen. Una volvía pronto muy cansada, la noche no se le había dado bien y traía pocos dírhams; la otra llegaba de madrugada muy borracha y los encontraba a los otros dos abrazados en la cama.

—Menudo desalmado este último, se empeñó en que terminase las botellas. ¿Y vosotros?

—Mohamed me estaba contando de cuando murió su hermano con diez años. Lo mató su padre apretándole la garganta.

La otra se sentaba junto a ellos y acariciaba el cabello de su amigo.

—Con lo listo que eres, no es justo que estés triste.

Mohamed tenía la voz afónica de alguien muy fumado.

—Es solo que esta ciudad debiera de ser una ciudad feliz, siempre lo fue, antaño era tan feliz que les daba miedo a las autoridades, les parecía que tanta alegría provocaría revueltas. Y tenían razón. Provocó revueltas, y vendrán más. Pero ahora, desde hace un tiempo, Tánger solo consigue ser una ciudad de vino triste, de kif triste, de pobres campesinos tristes, de ladrones desamparados, de putas borrachas con el corazón roto.

—Mohamed: ¿por qué tú, que sabes tanto, no le rezas a Dios?

El otro tardó en contestar. No quería que su amargura hiciese

daño a quien necesitaba de consuelo. Pero pudo la rabia. A veces tenía la impresión de que no podía sujetar su lengua.

—No creo en Dios. Solo he visto el mal en torno a mí y el sufrimiento.

—Pues yo creo en Dios y creo en la felicidad —protestó Habiba.

—No, la felicidad es una invención de los ricos, solo les sirve a ellos.

—¿El pájaro de la felicidad?

—Desengáñate, Habiba, ese pájaro es un traidor. Se asoma como si quisiera venirse a cantar sobre tu hombro, pero es mentira: se quedará en el balcón y se irá volando en cuanto quieras acercarte.

XIX

MOHAMED HABÍA PASADO AYER POR DELANTE DE la casa de la Montaña pequeña: *Mon repos*. Seguía escribiéndole a la chica pero ella le contestaba de manera cada vez más tibia. Su vida llena de glamur ciudadano parecía cada vez más distante de la sórdida existencia de provincias que él llevaba. No eran celos lo que sentía, ni siquiera amor, era una rabia sorda, la *hairie* de la segregación social. Él no pretendía ser un santo, no lo había sido nunca, era ateo, no quería abrigar buenos sentimientos, a veces incluso tenía deseos de muerte. Y, sin embargo, notaba el corazón hecho añicos por esa distancia insalvable que nadie podría acortar nunca. El pobre nace pobre; el rico, aunque lo pierda todo, sigue siendo excepcional a los ojos de los otros. Daba sus clases como sonámbulo, leía hasta diez libros por semana, robándole horas al sueño; buscaba a los hombres de letras, había conocido a algunos autores americanos que le habían autografiado sus libros; frecuentaba a un artista marroquí, Essabagh, de quien el camarero del café Continentale le había dicho:

—Es un hombre importante: escribe.

Y él había pensado: «a este hombre lo respetan tanto y todo el mundo lo aprecia porque escribe libros. Pues vale».

Al día siguiente, le había dado a leer un par de páginas suyas. Essabagh era un tipo muy correcto, heredero de los poetas simbolistas, y que componía como Baudelaire poemas en prosa. Después de ojear sus páginas por encima, le había contestado, con

mucha amabilidad:

—Conoces bien la ortografía y la gramática y tienes una buena caligrafía, muy hermosa. Pero te falta aquello que hace al escritor: el estilo.

—¿Qué es el estilo? —le preguntó él.

—No lo sé —respondió el otro—. Nadie lo sabe. Solo sé que tú no lo tienes. Pero tampoco sé cómo puedes obtenerlo.

Y Mohamed hizo lo posible por hacerse con aquello que nadie sabía cómo conseguir, leía y escribía sin cesar, arrebatadamente, con una pasión que inspiraba miedo a aquellos que lo trataban, daba clases. En el café Continentale soñaba con convertirse en una persona bien, como las que lo rodeaban, escuchaba a Nat King Cole, a Lucho Gatica, a los Machucambos, se olvidaba de la pequeña francesa. Se propuso no escribir nunca sobre ella y no lo hizo. Se convenció a sí mismo de que ella sería su única relación amorosa, que nunca más volvería a rendirse de aquella manera a ninguna mujer —*nesrania* o *muslima*—, que no se casaría.

—El matrimonio es comprarse una criada —decía a los que lo escuchaban.

Pero amaba a las mujeres y en ningún momento se propuso renunciar a poseerlas. Era conocido en la ciudad por gastarse la mitad del sueldo en putas y la otra mitad en libros. Pasaba horas pensando en el pliegue de la ingle de tal o cual puta, en su cintura estrecha y en su culo grueso. Suspendió dos veces la oposición para profesor de liceo pero empezó a trabajar de sustituto. Nunca lamentó haber dedicado la mayor parte de su tiempo a los libros y casi nada a estudiar. Aquellos años de espera, Mohamed los pasó retozando, emborrachándose y sin escribir. Recopiaba, eso sí, fragmentos de esos libros que paseaba por los bares; iba garabateando historias sórdidas de donde se deducía una sola conclusión: el mundo es un basurero, pero también es hermoso a rabiar. Aunque solo a ratos.

XX

La distancia del tiempo discurren de manera irregular, atrapados en el mismo espacio que se repetía a sí mismo *in perpetuum*.

En primavera de 1959, recibí la siguiente carta de Jane desde Nueva York:

«Querido Emilio:

Yo personalmente —Jane Bowles, quiero decir— no puedo escribirte hoy. Es imposible. No merece la pena hasta que vuelva y cuando vuelva y que hayas recuperado tu ropa. En este momento el silencio es lo mejor entre los dos. Pienso ir a un sitio donde reeduquen la elocución (o sea la lectura) un tipo de terapia que es nueva y que tiene muy buenos resultados en apariencia. Consulté a un *norologo* para ver si podía hacer algo con esta vida atroz que tengo y él dijo foniatría (es decir reeducación de la lectura), es lo que yo llamo *afesia*. No sé escribir pero eso es lo que dijeron. Una noche Sally y una de sus amigas me llevaron a un bar de lesbianas. Era como ir una vez muerta. Una chica empezó a hablar conmigo y no quiso hablar *que* del Norte de África. Era *econimista* y cree en la *volución* en cuanto a los problemas que oponen a los árabes y a los franceses, inevitable *volución*, si me la hubiese encontrado en Marruecos, la hubiese tomado por una comunista, pero aquí es *diferante*. *Destestaba* el libro de Paul más que ningún otro libro en el mundo de los que ha leído (*El cielo protector*), entonces me sentí muy

halagada y famosa».

En 1959 ya no quedaba mucha gente conocida en la ciudad. Muchos de los expatriados se habían ido yendo de vuelta a sus países de origen. Habían malvendido sus propiedades a oportunistas que aprovecharon para construir fortunas. Yo seguía en Tánger, como los Belinchón, como Massimo y como Conchita. Mis padres seguían allí. Pero mi novio, Paco Lyons, había vuelto a Madrid donde se casó muy bien, creo, con la hija de un registrador de la propiedad. De vez en cuando me llegaban noticias suyas por amigos comunes. Yo sabía que aún me quería. Pero la vida era así entonces para muchos.

Todos se iban pero muchos regresaban, a qué otro lugar se puede regresar si no es a Tánger, los Bowles iban y venían de Estados Unidos. En todas las ocasiones, Jane parecía estar mucho peor, a veces con recaídas graves, pero aún seguía siendo ella. Las terapias del lenguaje no le habían servido de nada y se moría de deseos de ver a su amada carcelera: Cherifa. Ahora sí que parecían dos damas muy serias sentadas en un salón de té, intercambiando opiniones sobre el mundo en general. Cherifa le había dicho en una ocasión: «Si me abandonas, te mato». En cierto modo, ahora, Jane ya era suya para siempre.

Yo no pasaba por mis mejores momentos. Quería hacer cine pero me encontraba con pocos medios, y la ciudad, sin la colonia extranjera, empezaba a oprimirme. Paul me preguntó, en alguno de sus regresos, por Ahmed, creo que seguía añorándolo, y yo le dije que vivía ahora con una americana y que su plan a medio plazo era hacerse con un visado y emigrar:

—Como muchos, ha abrazado la heterosexualidad como algo innato.

Nos reímos y era la nuestra una risa desengañada y amarga.

Recuerdo que fue en esa época, entre 1958 y 1959, que Paul empezó a encontrar dificultades para escribir. Según él no podía

concentrarse porque Janie siempre tenía problemas y estaba llamándolo cada diez minutos. Recordaba con nostalgia, me dijo, cuando, en Puerto Rico, escribían en dos habitaciones contiguas, puerta con puerta, y ella lo interrumpía para preguntarle cosas que encontraba esenciales como ¿qué es un arbotante? ¿los puentes tienen arbotantes? ¿cómo se construye un puente? ¿cómo se llaman los que construyen puentes?

Y Paul le decía:

—¿Pero para qué tienes que saber todo eso? Sigue adelante y dalo por sabido.

Y ella respondía:

—No puedo dar nada por sabido, no puedo escribir sobre algo que no entiendo cómo funciona.

Ahora ya no era así: Jane se extraviaba y la traían de vuelta; Jane dejaba cuentas kilométricas en los bares del centro; Jane regalaba sus guantes, su sombrero; Jane perdía la poca vista que le quedaba; Jane se ahogaba de angustia y se ponía a boquear como un besugo; Jane llamaba a gritos a su madre. Pero cuando fueron a Nueva Inglaterra a visitar a la señora Auer, esta los había recibido con horror y le había dicho a Jane:

—Deja de simular que no te salen las palabras, no bizquees.

Y en otra ocasión:

—Esto no es más que otra forma tuya de llamar la atención.

Fue Jane, con su genialidad, en alguno de esos años, la que descubrió a aquel chico para todo, detrás de la barra del Café's bar, en El Minzah. Se llamaba Mrabet y era guapo y joven, tenía un cuerpo fibroso y trabajado y, para más inri, era hijo del cocinero del hotel. La primera noche, Mrabet ya le habló a Jane de su pasado como pescador y de cómo un pez, al que había dejado escapar —porque tenía un rostro casi humano—, venía a visitarle todos los días a su casa y le contaba historias.

—¿De qué te habla?

—Me cuenta fábulas sobre la vida, sobre lo que merece la pena,

sobre lo que no, me habla de dinero, a veces me hace reír también. Es un *cachondo* (esta palabra la dijo en español).

—¿El pez te habla de dinero?

—Pues sí, me dice que ahorre. Es buen consejero. Todos los peces lo son.

Mrabet se convirtió, así, primero, en amigo íntimo de Jane y luego en secretario, chófer y cocinero de Paul. Por fin, el ausente Tensemani encontraba un digno sucesor. Mrabet cocinaba como un príncipe, era simpático y paciente. Y sobre todo resultaba verdaderamente excepcional a la hora de organizar sesiones de trance. Las orquestaba en un periquete: con una vecina de su pueblo como cantante, un percusionista amigo suyo y un flautista. No necesitaba más. Y Paul recostado en el sillón no tenía que hacer otra cosa que esperar a que él cortase el kif y preparase su deliciosa receta de *majoun*. Paul se regalaba, en aquellas tardes, con la casa llena de sonidos de flauta y percusión. Mrabet y él fumaban y este último se sacudía habitado por su *djin* que pugnaba por salir, que, a veces, lo hacía reptar por el suelo, que, otras, lo amenazaba con introducir su rostro entre las brasas de la estufa.

Además, como Paul no escribía y se sentía necesitado de ficción, Mrabet empezó a contarle historias que había oído en su pueblo —a sus padres, a los padres de sus padres—, en los bares, en las fiestas; historias que amueblaban la incertidumbre y construían una lógica aplastante y sólida sobre la que edificar el día a día. Y Paul empezó a escucharlo. Desde luego, Mrabet creía, como Ahmed, en los duendes y en el mal de ojo, en los embrujos de amor y de sometimiento, pero abominaba de las *chowafas*.

Por eso, no soportaba a Cherifa. Cada vez que la veía evitaba mirarla a los ojos, se lavaba las manos y la cara. Trató de convencer a Paul para que la expulsase del edificio. Paul le hizo saber que aquello era imposible pues Jane jamás lo permitiría. Además Paul estaba convencido de que, ellos, estaban fuera del alcance de la magia

marroquí porque no eran musulmanes. Mrabet movía la cabeza y rezongaba.

Si no hubiese sido por Paul, por su aburrimiento, Mohamed nunca hubiese escrito su primer libro. Nadie lo sabe, pero Mohamed llegó a la casa del edificio Itesa por intervención de Cherifa. Había estado en el pueblo y venía a traerle un paquete de parte de su madre: berzas, higos, peras.

Ella lo recibió como acostumbraba a recibir a sus amigos: con una cordialidad desenvuelta y muy grosera. Intercambiaron saludos y parabienes. Ella vestía pantalón corto y una camiseta de hombre, sus grandes pies calzaban chanclas. No hizo ademán de cubrirse. El pudor no contaba entre una de sus virtudes.

Mohamed enseguida vio que en la estancia había otra persona. Hundida en el diván, la mujer del Americano, diminuta, acariciaba un gato y apretaba los ojos. Al oírlo llegar, los abrió de sopetón. Cherifa lo invitó a que se sentase, como si fuese ella la anfitriona. Le explicó a Jane en una mezcla de moghrebi y español:

—Es mi vecino, solíamos jugar en el barro jimios, aplastar sapos y culebras juntos. Momo: ¿cómo está mi madre?

Una vez que Mohamed le hubo descrito, paso a paso, el estado de salud de todos los del pueblo, Cherifa tomó el relevo. La curiosidad la corría:

—Y tú, señor profesor, ¿te has convertido en un hombre de bien?

—Hago lo que puedo.

Y es que, después de la publicación de un relato suyo en el diario *Al Alam*, Mohamed se había vuelto vanidoso. Hasta se había comprado una chalina, un pantalón y una chaqueta extravagantes, una pulsera dorada de pacotilla. Ensayó un aire desentendido:

—A Dios gracias solo soy un pobre maestro. Pero ahora también me estoy convirtiendo en escritor.

—¿Sabes que mis jefes también escriben libros? El señor Paul es

un escritor famoso en América. Y esta Jane, también es escritora. Pero no escribe tan bien. Dicen todos que peor. Pero tiene varios libros que escribió. ¿Verdad, Jane? —Jane asintió.

Mohamed se removió muy incómodo. Cherifa sentada en una mecedora se balanceaba muy fuerte, como si estuviese poseída.

—Te voy a presentar al señor Paul. Seguro que se pone contento.

A Mohamed se le ocurrió que quizás Cherifa no fuese la mejor recomendación cuando vio la cara de Paul al verlos llegar. Paul estaba sentado en una silla frente al espejo del baño con una toalla sobre los hombros, mientras aquel tipo, Mrabet, le cortaba el pelo húmedo. Se estrecharon las manos.

—Discúlpeme. Le estoy molestando.

—De ninguna manera. Siéntate y enseguida estaré contigo. —Y Mohamed se sentó en el borde de una silla y trató de no fijarse en las maniobras de Mrabet sobre la cabeza del Americano. Cuando Cherifa se fue, el ambiente mejoró.

—Aquí estoy. Mrabet, sírvenos a este hijo del país y a mí un café. A menos que prefiera un coñac.

—Mejor lo segundo.

Paul puso las dos manos cruzadas sobre el regazo y me examinó.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Soy de origen humilde, aprendí el alfabeto a los veinte años y ahora, a los veintitrés, soy escritor. Como usted.

Mohamed esperó para observar el efecto de sus palabras en su interlocutor.

—He oído hablar de ti. —Paul escrutó con satisfacción los pies sin calcetines del otro, enfundados en unos mocasines muy feos. Mohamed se sintió de pronto inseguro.

—Pero, aún me falta un largo camino por recorrer. Estoy buscando algo que nadie me sabe explicar donde reside, algo que se vela y se esconde —habló muy rápido. Paul pareció perplejo—: Y esa cosa es el estilo.

—¿El estilo?

—Essabagh, el poeta, me habla del estilo muchas veces, pero no sé cómo puedo yo tener acceso al estilo, yo he comido de la basura de los ricos, he tenido piojos y sabañones, yo no puedo tener una pluma de cristal ni hablar de senos rosados.

—Afortunadamente, Mohamed —suspiró el Americano, con cansancio—. Harás lo que puedas hacer, como hacemos todos.

—¿Cómo?

—Por lo pronto, te quedas a cenar, después veremos.

XXI

LA CIUDAD ESTABA CAMBIANDO. UNOS SE IBAN y otros regresaban. Tennessee Williams seguía viniendo a veranear y era habitual verlo en el salón Porte y en Malabata haciendo gimnasia sueca con su compañero, Frank Merlo, un antiguo marine de origen siciliano con quien discutía mucho pero al que adoraba. Brion Gysin se había vuelto a Londres y Las Mil y Una Noches estuvo cerrado durante más de una década. Yo apuraba el paso cada vez que pasaba por delante del antiguo local: decían que era pasto de las ratas, y que se había convertido en el cuartel general de los maridos de Aicha Kandicha. Algunos años después se anunció el cierre del teatro Cervantes, y Lola Flores y Juanito Valderrama eliminaron a Tánger de sus giras.

Ahmed emigró finalmente a Canadá y se casó cinco veces, las cinco con chicas universitarias que lo encontraban maravilloso. Tensemani ahorró en Alemania, trabajando en la construcción.

De Carmen Aribau poco supe, sé que volvió a España en aquellos años, que nunca se separó de su marido aunque tampoco volvieron a vivir bajo el mismo techo. Leí después que estuvo mudándose de casa, y de ciudad, a lo largo de su vida. Sus hijos crecieron, se independizaron: uno se hizo cura; los otros, maoístas. Ella volvió a escribir algunas cosas, pocas y con escaso convencimiento. Se carteó con viejos autores exiliados, los amó en la distancia. Se negó a participar en congresos, en jurados de premios,

se negó a dar conferencias. En público se sentía aterrorizada, incapaz, volvía a tirar de la falda para taparse las rodillas. Luego ya se negó a hablar en absoluto.

Bill Burroughs volvió a su denostado país, donde publicó *El almuerzo desnudo* y se convirtió en una leyenda de la contracultura. Como no tenía nada que perder, y era perseverante, fue un gay longevo, sobrevivió, siguió escribiendo. Se compró un búnker sin ventanas en el Bowery de Manhattan y dejó que todos entorno a él empezaran a morir, de una enfermedad misteriosa que tardó mucho tiempo en encontrar nombre, pero que luego dio en llamarse sida.

Pero volvamos a 1959. Recuerdo el día en que me encontré a Jane en la place de France: llevaba su bolso pequeñito cogido por un extremo como si fuese una coliflor. Parecía sobrepasada por los acontecimientos. Me dijo:

—No puedo más, esto es insoportable.

—¿Qué te pasa Janie?

—Es este bolso, no lo aguanto.

—¿Qué le pasa a tu bolso?

—Todos mis problemas están dentro de él.

—A ver.

—Y además no tengo las llaves y Paul no está en Tánger y no voy a poder volver a casa.

—Bueno.

—La verdad es que no sé si las tengo o si no las tengo. Me da la impresión de que me las he olvidado. Por eso no me atrevo a mirar. Por si acaso no están.

Nos sentamos en una mesa dentro del café de París. Me dio el bolso y yo lo volqué encima de la mesa. Cayeron medio kilo de lentejas que se habían escapado de su bolsa. Un monedero de señora. Una barra de *rouge* y una polvera. Y el cuerpecillo de un pájaro casi rígido.

—Recogí este gorrión en la rue de Belgique. Está muerto y no sé

qué hacer con él.

—No es un gorrión, es un petirrojo.

Sacudí un poco más y cayeron sobre la mesa las llaves extraviadas.

Recogí a puñados las lentejas y las volví a meter en su embalaje. Envolvimos al pájaro en un pañuelo y lo enterramos en el cercano parque, delante del Consulado francés. Recitamos una oración en español y nos despedimos después, como Dios manda:

—Amén.

Luego la acompañé a casa. Vivían ya en el edificio Itesa, modesto, desabrido y de reciente construcción, cerca del Consulado americano. En la planta baja había un ultramarinos, una moto aparcada, una gallina picoteando en la basura. Janie me despidió de manera un tanto enigmática:

—Así es todo. Esto no hay quien me lo arregle.

Me empeñé en acompañarla escaleras arriba, la sujetaba del brazo y a cada tramo descansábamos. Subimos hasta el piso cuarto. En el apartamento número 8, Paul transcribía palabra por palabra un libro que aquel chico, Mohamed, le iba dictando en árabe clásico y que él traducía directamente al inglés. Supe que llevaban así semanas: escribiendo, rectificando, discutiendo en español y luego en árabe dialectal algunos términos.

—No vuelvo a traducirte nada, endemoniado —le decía Paul—. Nunca he visto a nadie más pejiguero —se dirigió a mí—, este chaval me discute los puntos y las comas.

—Señor Paul, entiéndalo, no está reescribiendo un cuento popular, esto no es oral, cada palabra está puesta ahí por algo, no quiero que me parafrasee.

—Al demonio con la paráfrasis. Emilio, siéntate ahí y cuéntame algo que me distraiga. ¿Qué se comenta hoy en el mundo real?

Me senté. Puse las manos sobre mis rodillas.

—Bueno, dicen que ayer fue fotografiada por primera vez la isla de San Borondón en el archipiélago de las Canarias.

—¿Y quién lo dice?

—Aparece a página completa en el *ABC*.

Paul arqueó las cejas, Mohamed negó con la cabeza sin entender.

—Se trata de una isla fantasma —le explicó Paul—. Los antiguos le decían a la deriva, y la situaban en un espacio tan amplio como es el que va desde el sureste de Irlanda al suroeste de las Canarias.

Intervine:

—San Borondón aparece de vez en cuando pero todos los que intentan viajar a ella fracasan en su empeño. El último avistamiento fue hace cinco años al sur de Fuerteventura y ahora parece que alguien la ha fotografiado.

—La llaman la Non Trobata, la Encubierta, la Perdida.

—En ella estaba la puerta del paraíso, dicen. Muchos se perdieron tratando de encontrarla.

Mohamed empezó a recoger sus cosas. Por alguna razón, quizás le parecimos frívolos, se levantó, prometiendo que volvería al día siguiente, y Paul empezó a hablar con más confianza.

—Disculpa que te retenga, quiero contarte algo.

—Dime. —Volví a sentarme.

—Mrabet tuvo esta mañana una disputa con Cherifa. Fue a causa de una planta. El chico había querido llevársela al piso de arriba porque estaba muy grande y le pareció que había que trasplantarla porque las raíces ya sobresalían.

—¿Y entonces?

—Pues, Cherifa, cuando vio lo que quería hacer, se puso como una fiera y lo amenazó con un cuchillo. Le dijo: «¡Esta planta no se va de aquí! Mira, que te mato».

»Pero, Mrabet cogió la planta de todas formas. Dice que le tiene miedo a la brujería pero no a los cuchillos. Al fin y al cabo, me dijo, que pensaba devolverla una vez trasplantada.

—¿Y Cherifa?

—No sé, pero cuando llegó a casa y manipuló la planta, Mrabet se encontró con una extraña bolsa maloliente entre sus raíces. Me

dijo que supo enseguida que era magia negra y que debía llevar allí oculta desde hace años.

Me quedé perplejo. Al final lo que estaba en boca de todos se confirmaba.

—Ya sabes, los occidentales comen orejas de asno.

—Tendrías que haber visto la que se montó: Mrabet se puso a gritar. Yo vine y los dos estuvimos de acuerdo en que la única persona que podía haber hecho aquello era Cherifa.

—Eso son tonterías, Paul, no me vas a decir que crees en esas bobadas propias de analfabetos.

—Mrabet insistió en lo que me viene repitiendo desde que lo contraté: Cherifa es una *chowafa* y aquella bolsa maloliente era *tseukal*. Contenía pelos, restos de menstruación y otras bazofias. Aunque, ahora, el mal ya estaba hecho.

Nos quedamos los dos en silencio. Yo seguía sin entender.

—Pero si tienes las cosas tan claras, ¿por qué no la has echado ya? ¿por qué sigue en tu casa? ¿qué haces abandonando tu mujer a una bruja?

Me callé. En el piso de abajo se oía un rumor, era alguien que se lamentaba, quizás Janie —y aquello me sobrecogió el corazón— después se oyó un bisbiseo que parecía un villancico o una nana, alguien le cantaba para que se calmase. Miré a Paul, él lo sabía y yo lo supe, nuestro pensamiento se transmitió como una evidencia culpable entre los dos: era él quien hubiese debido estar allá abajo acunando a la dulce Jane, al terror de los *cabarets* del Village, la mujer más deslenguada del barrio latino, la bebedora coja y la lesbiana de los burdeles de puerto Corazón, Jane que se había convertido en su esposa, que le había cedido su dote y su fortuna, que luego había dilapidado sus ahorros, que había llorado al ver como él se enamoraba de otros y de otras.

Pero ahora, Janie estaba en brazos de aquella harpía, que la alimentaba, le reñía, la odiaba, le imploraba prendas de amor que eran secadores del pelo, jabones, camisones. Pero que, en fin,

permanecía junto a ella noche y día y la velaba.

—Ya ves que no puedo. Mrabet cree que estoy loco pero me resulta imposible. ¿Quién se ocuparía de Janie si ella se va?

Me levanté y recogí mi chaqueta y el diario, que, plegado en dos, metí en un bolsillo. Una máscara africana nos miraba desde la pared con avidez. Pensé que aquel *finale* no era digno de nosotros. En la calle todo me pareció turbio e inhóspito. Caminé un poco. La casa se encontraba en un descampado. Entré en un café y el camarero estaba recogiendo las sillas y poniéndolas sobre las mesas. Aquello me enfureció.

XXII

CUANDO MOHAMED PUBLICÓ *EL PAN DESNUDO*, Jane acababa de morir y la ciudad era francamente otra. La novela fue producto de bastantes años de trabajo, en colaboración con Paul, y Mohamed se enfrentó a muchas dificultades a la hora de encontrar editor, incluso fuera de Marruecos. Lo acusaban de obscenidad, de violencia. Ya se había convertido en un hombre célebre pero también en un hombre mustio. Una red de rencores y secretos nos religaba a todos, ya no éramos jóvenes. Mohamed había frecuentado ajean Genet y había escrito sobre él, había roto con Bowles, al que acusaba de sisarle los *royalties*, y había vuelto, como por azar, a relacionarse con Ahmed Yacoubi.

En algún lugar leí un gracioso encuentro entre ambos en el café de París. Ahmed llevaba ya años viviendo en Estados Unidos pero ahora estaba de vacaciones en la ciudad. Los dos juntos acompañaron a Terry Williams a una agencia inmobiliaria pues el dramaturgo buscaba una villa para el verano y después se fueron juntos a almorzar una *besara* en un restaurante popular.

Ahmed se quejó.

—Aquí no hay pan de trigo puro. Vete a comprarlo a la panadería de al lado.

Cuando Mohamed volvió, Ahmed se quejó de nuevo:

—Este no es pan de trigo puro. La *besara* sin pan de trigo puro no se puede comer, todo el mundo lo sabe.

Pero aun así, ambos se pusieron a engullir con fruición y Ahmed

concluyó:

—La *besara* es la mejor comida del mundo. Tan buena para el cuerpo como para el espíritu. No hay comida más saludable que la *besara*.

Mohamed lo miraba, inexpresivo.

A Mohamed lo avisté otro día de lejos, en el bar del hotel Nationale. Había sublimado su vida, pero me pareció de todas formas un tipo triste. No me acerqué, nos saludamos de lejos. Yo me senté cerca de la puerta esperando a Pepe Carleton. Pepe llegó hecho un pincel, con su traje impecable. Nos abrazamos. Los dos habíamos cambiado mucho pero nos encontramos estupendos: seguía reinando entre nosotros la misma camaradería extemporánea de los que han criado ovejas juntos.

Pedimos unos tés y unos crepes para celebrar nuestro reencuentro. Yo llevaba casi diez años fuera y él vivía ahora entre Tánger y Marbella, donde proyectaba abrir un local inspirado en el de Gysin.

—Estás loco, lo suyo fue factible en una época y con una gente muy determinada. Eso ya no se vuelve a repetir. Será un fracaso.

Pepe, que seguía risueño a más no poder, me dijo:

—Hiciste bien en huir. Esto ha sido una pesadilla.

—¿Qué?

—Lo de Jane.

—Estuve contento de estar lejos, solo siento no haberme despedido.

—Nadie pudo hacer nada.

Salimos a la calle, oímos ladridos y chillidos, alguien había apaleado a un perro, en la rue de Belgique. Estaba a un lado de la acera, cerca de los coches aparcados. Sangraba por la boca, con un hilo blanco y rojo: tenía los ojos muy abiertos. Escuché a la gente que lo rodeaba. Un tipo decía que no podía tener la rabia; otro contestó que casi con toda seguridad la tendría. Había mordido a

una mujer. La mujer lloraba, sentada en una silla en medio de la calle.

—Si tuviese rabia seguiría ladrando.

El segundo tipo pateó al perro, lleno de odio y el perro gimió ahora suavemente.

Una extranjera empezó a increparle. El otro no la entendía y ella no lo entendía a él.

—Déjalo, ¿acaso te ha hecho algo?

Y el otro se puso a protestar sin entender:

—¡Menuda mierda de mundo dónde los perros son más que las personas!

Pepe Carleton me tomó del brazo. Fuimos hacia la marina pero todo nos pareció descolorido y sin vigor.

—Déjame al menos que te hable de Bertie.

—¿Sabes algo de él? ¿Y de Charlotte?

—Los vi en Toulouse. Están en forma, se dedican a regatear en el mercado de los sábados con sus cestos de paja rifeña, como todos los *piednoirs*. Y Bertie se ha hecho experto en juegos de estrategia. Dice que aún se fuma sus buenos *sebsis*, en el jardín.

Le sonreí apenado.

—No, en serio, están bien.

—¿Y Sophie?

—La historia de Sophie es curiosa. Sabes que se fue de aquí bien joven. Su padre se la llevó para separarla de nuestro Mohamed, esperando que la vida de Francia la recuperaría para el mundo. ¿Quién quiere un yerno rifeño?

No me reí.

—Los Aquino, desde luego, no.

—La historia la conozco. Ella le prometió amor eterno y luego se fue.

Pepe negó con la mano.

—Pero la historia no terminó así. Ella volvió. Poco antes de cumplir los diecisiete. Se empeñó en instalarse en una habitación en

la planta baja de *Mon repos*. Ella sola. Creo que llamó a una vieja sirvienta para que la acompañase, y la mujer acudió encantada.

—¿Y su amado Mohamed?

—No sé cómo fue la cosa. Solo conozco lo que me contó Bertie, que, tal y como es él, me confiaría solo la mitad. Supongo que lo habrá ido a buscar a su liceo y que el encuentro habrá sido memorable. Supongo que nuestro amigo no daría crédito a sus ojos y se habrán besado y habrán retozado día y noche por las esquinas. Y al mismo tiempo ¡menuda responsabilidad ver llegar en tu búsqueda a una pipióla sin un sitio donde caerse muerta! Porque venirse con Mohamed significaba repudio familiar, era evidente.

—Bueno, Bertie hubiese sido incapaz de desheredarla.

—No sé, la cosa se planteó de esa manera. Pero todo prometía. Mohamed era entonces un escritor en ciernes. Sophie ya había alcanzado la mayoría de edad. Encontró un trabajo en el Colegio español y ambos empezaron a llevar una vida ordenada y modesta de novios tangerinos. Paseo por el parque a la puesta del sol, pipas y almendras, cine bélico, cenas con garbanzos.

—Eres demasiado maligno, Pepe, no te aguanto.

—¿Qué te creías, Emilio? El amor es así, dura poco cuando colisiona con lo cotidiano.

—¿Cuánto duraron?

—Posiblemente no hubieran durado nada, pero resulta que Mohamed, contra su voluntad, introdujo algunos elementos románticos en la historia que la remozaron y la dotaron de nuevos ímpetus.

—¿Qué ocurrió?

—Pues ocurrió que la chiquilla Aquino se dio cuenta de pronto de que su amado estaba desmejorado, que no las tenía todas consigo. La criada Malika le había dicho: «Ese hombre no bueno. Hijo de la calle», y le había repetido: «Señorita, ten cuidado. Hombre no bueno».

Y claro, en estos casos, no le queda a uno más que ponerse el

mundo por montera e ir a ver. Y eso es lo que hizo nuestra heroína, que no era apocada, como sabemos todos, según los pormenores de su historia. Supongo que, sin ser vista, lo habrá seguido por esa infinita carretera de Fez hasta el centro y el paseo en sí habrá sido sin duda iniciático y hermoso. Siempre me he dicho a mí mismo que me gustaría bajar a pie de la montañita. Con toda esta vegetación, el ruido de las luciérnagas, los ladridos y el rumor del mar.

—Entendido.

—Pues lo siguió. Plantéate tú el periplo. El Zoco de Afuera en todo su apogeo, los vendedores con las mantas en el suelo, con *hiyabs* de todos los colores, garrapiñadas, higos chumbos, sandías y melones, ropa vieja, zapatos sin compañero, cuscuseras usadas, platos de terracota, paquetes de vasos de té verdes y amarillos.

—¿Cómo supo dónde buscarlo?

—Fue a su habitación, que seguía siendo la misma: en la pensión Fuentes. Pensó que lo encontraría allí y allí se plantó abriéndose camino entre la chusma de la calle de los joyeros. Seguro que ni siquiera iba demasiado nerviosa. Yo voto por que estaba deseando encontrarse a su amado en pleno trajín con una puta: aquello hubiese supuesto un digno fin de fiesta a su romántica historia y sobre todo le hubiese permitido a ella mover ficha. Con *grandeur*. Con *fíame*.

—Dios bendito, Pepe, ¿qué te ha pasado?

—Intento distraerte de tus negros pensamientos, ¿lo consigo? ¿Sabes que el Fuentes era el bar de los españoles republicanos y el Central el de los franquistas y que solían increparse de un lado a otro de la calle?

—Recuerda que yo fui niño en Tánger.

—Claro que sí, corazón.

—Prosigamos.

—La cuestión es que la niña se plantó en el Fuentes. Quizás haya sido objeto de requiebros, de proposiciones, de inconveniencias, pero estas chicas de ahora son incombustibles. Con

la misma llaman a un guardia o te arrean una leche. Saludó al dueño, subió las escaleras empinadas como un día sin pan, y se plantó en la habitación que había visto nacer sus amoríos. Habitación 42 digamos.

—Me temo que el Fuentes solo tiene una decena de *chambres*. Eres optimista.

—Dime mejor grandilocuente, amigo. La chica llama a la puerta y ve que nadie contesta y que no está cerrada con llave. Empuja y ¿qué ve?

—A su amado con Lola y con Juanita.

—Con Habiba y con Leila, exactamente. Desnudas en posiciones comprometidas.

—Supongo que se habrá ido a todo correr, deshecha en lágrimas.

—Según Bertie, su hija llora poco. El tipo habrá exclamado, suplicado, y ella se habrá ido sin duda. Se habrá precipitado por las escaleras haciendo caso omiso a los gritos del otro. Y luego, claro, caminando, se detuvo en el Central, se sentó y oteó desde abajó los movimientos de la ventana que suponía correspondiente a la habitación de Mohamed. Luego sacó del bolsillo tabaco y se hizo un cigarrillo. Las cosas se ven distintas con un cigarrillo en la mano.

—Esta chica Aquino está empezando a hacérseme antipática.

—La cuestión es que esperó y vio que Mohamed no bajaba ni bajaba nadie tras de él, y entonces, se relajó y decidió que no tenía prisa.

—Válgame Dios.

—Esto no es lo mejor, ten un poco de paciencia. Y ¿quién estaba, como quien no quiere la cosa, campando por las inmediaciones, como hiena? Tu reverendo amigo, el ínclito Bill Burroughs.

—Dios nos coja confesados.

—La manera que tuvieron de conocerse no la sé, quizás Bill conocía a la pequeña Aquino de algún evento entre expatriados, aunque tú bien sabes que no era muy dado a frecuentar a los

gabachos. El caso es que enseguida hicieron buenas migas, compartieron *sebsi* y confidencias. Sophie le contó a Bill su historia, Bill le contó a Sophie que la ciudad en la que se encontraban estaba construida sobre el crimen, Sodoma y Gomorra y todo el tralalá, le habló del lenguaje parásito, del amor como pozo sin fondo y de la bondad de los culos, supongo, sus temas favoritos.

—Y de la teoría del complot.

—Ahí estoy poco al día. Pero digamos que el efecto de tal avalancha de información no pareció afectar en lo más mínimo a la joven Sophie. No sé si has notado que los jóvenes de ahora parecen contar con una capacidad de síntesis mayor de la que poseíamos en nuestra generación.

—Puede ser. Y vete al grano. ¿Qué hizo?

—Pues no hizo nada. Se fumo sus porros, escuchó al alocado de Bill, que ayudó a empanarle aún más la cabeza, se pilló un taxi en Bab er Raha y, una vez en *Mon repos*, con la mirada clavada en la araña polvorienta del techo de su cuarto, en medio de brumas narcóticas, decidió que lo mejor era casarse con el pecador.

—Toma ya.

—Al día siguiente se lo comunicó a su padre por teléfono.

—A Bertie le habrá dado un soponcio.

—Casi lo ingresan.

—A ver, vete abreviando, quiero que me hables de lo otro.

—No tengas prisa.

El camarero, un español de palillo entre los dientes, vino a cobrar con mucho celo.

—Pero no se casaron.

—¿Tú qué crees? El Mohamed quedó patidifuso. A la mañana siguiente corrió a verla y se la encontró feliz como unas pascuas, como si nada hubiese ocurrido. Él venía dispuesto a entonar el *mea culpa* y a explicar que, sin meretrices, su vida carecía de sentido y que aquello no significaba que no la amase sino todo lo contrario.

—¿Llegó a decirlo?

—La verdad es que hasta ahí no llego. Bertie me contó que la

abnegación de ella le resultó tan chocante al pobre, que se fue escopetado a ver al *fqui* que le había hecho el conjuro para que se lo deshiciera.

—No me lo puedo creer.

—Pues, sí, está a la orden del día. El desgraciado le había hecho un *tseukal*. Le habría cortado un mechoncito de pelo, sin que ella se enterase, lo habría llevado al primer fulano con consulta abierta del vecindario: y de aquellos polvos vienen estos lodos. Pero el problema con el *tseukal* es que parece que funciona y después ya no hay quien lo deshaga. Hay muchas historias que acaban fatal.

—Y ¿qué pasó con Sophie?

—Pues, parece ser que, no sé si fue efecto de las maniobras del *fqui*, pero la verdad es que, de igual manera que se sentía feliz de compartir a su hombre con las damas de la noche, parece que no le gustó tanto descubrir que su pichoncito le había hecho la cama y la había seducido con artes negras.

»Con lo que, si te he visto no me acuerdo, Mohamed recuperó el sentimiento de ser víctima de terribles injusticias, todo aquello que justificaba su amargura hasta entonces y la justificaría en el futuro y, lo que es más importante, ahuyentó el fantasma de un matrimonio inminente, de las meriendas, de los paseos y de los hijos en carrito.

»Sophie, por su lado, tampoco parece haber quedado muy traumatizada, se volvió a París, sin que se le cayese de la boca la magia negra y el patriarcado. Bertie dice que se matriculó en la Sorbona, en Sociología. Lo último que sé es que estuvo muy comprometida con los comunistas, que se manifestó contra la guerra de Argelia en aquellos tiempos terribles y acabó en la cárcel de la Petite Roquette, claro. Lo último que sé de Bertie es que parece lamentar que su hija no se haya casado en su momento con Mohamed. Con lo cual, uno nunca sabe, en conclusión.

—Por cierto ¿qué fue de Bill?

—Me dijeron que tuvo problemas aquí y que puso pies en polvorosa, las razones son oscuras. Alguien presentó cargos contra él por tráfico de estupefacientes o contrabando o las dos cosas. Lo

hago en Inglaterra, o ya de vuelta en su país querido.

Era muy tarde. Nos levantamos, yo tuve miedo de que Pepe se esfumase sin relatarme aquello que más me interesaba.

—No te me vayas.

—Descuida. Vámonos a cenar, pedimos unos *whiskys* y entramos en materia.

—A Hamadi, en la rue du Telegraphe Anglais. Allí podemos hablar con tranquilidad.

XXIII

NOS APOSENTAMOS ENTRE COJINES. SONABA EL grupo de música de la casa, me di cuenta de que el mantel estaba cubierto con un hule. Los cuatro bigotudos tocaban con despiste «*Chéri* te quiero *chéri* te adoro como la salsa del *pomodoro*». Un quinto bigotudo nos trajo una ensalada decorada en forma de flores y de frutos. Pedimos de aperitivo dos copazos.

—Pues la cosa se fue agravando, querido mío. Todo ello con la incomprensión flagrante del gran Paul. Seguía empeñado en llevar la misma vida de antes, y, al no conseguirlo, pasaba los días con mala cara.

—Vaya.

—La verdad es que Jane estaba, a pesar de la enfermedad, igual de cabra loca. Entonces, lo recuerdo, le dio por enamorarse de Martha de Rúspoli, ella sabrá la razón, con lo estirada que era y lo sargenta. Es verdad que tenía una buena colección de zapatos… juraría que fue ella misma la que propagó aquellos rumores de que era descendiente no sé si de Lafayette o de Buffon.

—De Buffon no creo.

—Pensamos que todo iba a mejor. Porque, bueno, luego se enamoró de Renée Henry o al revés, primero de Renée y luego de Rúspoli, con la consiguiente alegría del marido de Renée y el consiguiente escándalo por parte de Cherifa. Y la debacle seguía su curso: Cherifa y Tetum tenían ya todos los pañuelos de Jane, su reloj; y además, a pesar del estado de Jane, Cherifa había conseguido

que esta la llevase al médico —a ella— dos veces por semana. Luego consiguió que Jane repudiase a Quinza y luego a Tetum.

Y claro, Paul empezó a desarrollar una antipatía pronunciada por su mujer. Cada vez la toleraba menos, no soportaba verla incapacitada y contenta a pesar de todo. Le parecía que se divertía teniendo a los demás pendientes de un hilo.

—Lo cual, conociéndola no es nada improbable.

—Pero aún así, a pesar de que las cosas parecían ir a mejor (Tennessee estuvo aquí varios veranos y recuerdo que era habitual verlos a los dos en el Beach club bebiendo cócteles en sus tumbonas y riéndose como chiquillos. O con Sonia Kalimar y las Gerofi en recepciones y cenas), la oruga iba avanzando.

»Todos creímos que la enfermedad se había detenido. A veces ocurre así. Yo recuerdo que en el 65, Jane me escribió algo como "quizás esté enferma pero sigo siendo sumamente encantadora, más que muchas otras damas con buena salud".

Pues bueno, Mrabet se ocupaba de ella y le dictaba cuentos a Paul, donde los animales hablaban, donde las doncellas se convertían en camellos y los fumadores de hachís eran felices, amados y venerados. Y entonces los tres empezaron a viajar a Málaga y Paul decretó que había que continuar con los electroshocks, que la enfermedad había retomado su curso. Iban allí en el ferri y Jane se hacía enchufar y luego regresaban, con Jane cada vez más lela. Una vez Paul la dejó allí y se vino a Tánger. Debía de volver en un par de días. Todos lo tratábamos con normalidad aunque tenía ya un áurea de viudo negro.

»Así: iban y venían.

»Recuerdo que me encontré a Paul una mañana de domingo en la misa del hospital español. Iba acompañado de Mrabet que sonreía de forma beatífica, dando la impresión de estar fumado, era un chico encantador. Le pregunté por Jane y fue Mrabet quien contestó:

—En Málaga. —Paul miraba al frente, como si no me hubiese oído.

Vino más gente y lo perdí de vista pero luego lo busqué en la cafetería del hospital frente al bosque de cedros. Estaba allí sentado con Mrabet, tomando un té. Me pareció malencarado, viejo. No me invitó a sentarme pero yo me senté igual. Pensé que, aunque él no quisiera hablar, yo insistiría.

—¿Qué tal está Jane?

Tardó en levantar la mirada.

—Mal como siempre.

—Si necesitas algo…

—Entendido, gracias.

Me callé. Luego me contó, alegre de poder cambiar de tema, que Larbi Layachi pasaba todos los anocheceres a visitarle a su casa.

—Parece que mi casa, en el edificio Itesa, cerca del Consulado americano, está a mitad de trayecto entre el cine y su propio domicilio. Digamos que Larbi siempre hace una parada técnica allí, se toma un té, me pregunta un par de cosas y luego prosigue su camino.

—A ese Larbi —añadí yo— lo conocí trabajando como guardián en la playa de Malabata y después como camarero en el Chato.

—Sí, lo recuerdo.

Y Paul me siguió hablando de que, el día anterior, Larbi venía de ver una película sobre el Antiguo Egipto muy preocupado porque, en la película, un incendio destruía por completo Egipto.

Paul prosiguió:

—Me preguntó si había ocurrido últimamente aquel incendio. Y añadió que no se había enterado de tal catástrofe. Yo le dije que no, que era solo una película. Y él me dijo:

—¿Entonces las películas son mentira?

Y yo le dije:

—Sí. Como los libros.

—¿Entonces todo lo que escribes es mentira?

—Sí.

—¿Pero eso está permitido? Engañas a la gente.

—No engaño a la gente porque todos saben que es mentira.

—Pero ¿lo permite el gobierno? ¿Está permitido?

—Sí. Es como *Las mil y una noches*. Tú lo escuchas y sabes que es mentira, pero te gusta.

—Eso no es lo mismo. Eso fue verdad y ocurrió todo, lo que pasa es que ocurrió hace mucho tiempo cuando el mundo era muy distinto de lo que es ahora.

—Bueno, entonces piensa que los libros son como los cuentos que cuentan los padres, los abuelos, los vecinos, los que cuentan los hachisinos en los cafés. Todos saben que son mentira pero, aun así, todos los disfrutan.

—Entonces todo el mundo puede escribir un libro. Hasta mi madre, hasta yo mismo.

Y yo le dije que sí. Él pareció bastante satisfecho. Me dijo que pensaría en algo que contar y vendría a verme.

Ya ves. Lo espero un día de estos.

Mrabet tenía la mirada perdida en las copas de los árboles y seguía sonriendo. Luego se levantó y dijo:

—Voy a dar una vuelta.

Paul y yo nos quedamos solos.

—Dime de verdad Paul. ¿Cómo está Jane?

Y él me miró. Supongo que detestaba tener que contestar. Tardó algo de tiempo en abrir la boca. Hablaba como es él, con labia, con elegancia.

—Escribí una vez un cuento sobre una pareja que toma una barcaza que atraviesa la selva en medio de la noche. Están en Costa Rica. Se acaban de casar y la mujer está nerviosa. No cesa de frotarse las manos, de lamentarse por haber subido al barco. Hace mucho calor y son los únicos occidentales del pasaje. No quieren quedarse encubierta con el resto de la gente. Tienen miedo, están nerviosos. Buscan un camarote y encuentran uno libre, solo uno. Deciden acostarse vestidos sobre los catres. La ventana no cierra bien y los mosquitos entran a manadas, como una masa sólida y espesa. La mujer, que es muy supersticiosa y a la que horroriza viajar en barco, anuncia que va a sacar una botella, porque beber será lo único que la

calme. Él le dice que haga lo que quiera. Luego ella dice que tiene frío. Y le pide que vaya a buscar una manta y a alguien del personal para que les ayude a cerrar bien las ventanas. Él se levanta y obedece. Vaga un poco, los grupos de indígenas comen bocadillos en cubierta, hablan en su lengua, hay niños que duermen, otros corretean.

»Al fin distingue a un tipo muy joven con una gorra. Su piel oscura reluce como una antorcha. Se comunican y se entienden. Él se ofrece a rociar con un bote de insecticida el camarote, dice también que intentará arreglar la ventana. El americano está encantado: le da un par de dólares y el otro demuestra su contento y le sonríe. Luego el americano va a buscar la manta. Tarda en conseguirla y vuelve a su camarote, se pierde, abre un par de puertas equivocadas, se disculpa, no lo encuentra y al final lo localiza.

»No hay nadie. Su mujer no está. Piensa: habrá salido a tomar el aire a cubierta. Hay una maleta abierta y un bote de insecticida abierto y medio derramado sobre el catre. Se dice: me voy a acostar, ya volverá. Pero se acuesta, cierra los ojos, espera y no consigue conciliar el sueño. Tiene la impresión de que necesita su presencia para dormir, la presencia silenciosa de su respiración. Le pudo haber pasado algo, piensa. Y se endereza y enciende la luz y decide buscarla por los camarotes. Fuera se presiente una vegetación dulzona y negra, de hojas gruesas. La busca fuera, sobre la cubierta, los grupos de gente están cada vez menos agitados, todos son indígenas, ella no está.

»Va mirando en los camarotes de uno en uno y luego decide ir a preguntar a la cabina de la tripulación, que está más arriba. Llega, la puerta está entreabierta. Y allí la encuentra: su mujer está allí, en el suelo, abrazada al marinero negro. Los dos están dormidos o inconscientes, medio desnudos, huelen a licor y hay una botella vacía a sus pies. Primero piensa en despertarla, pero luego se da la vuelta y se va. El barco ha llegado a su destino. Recoge las bolsas, sin perder tiempo, las cierra, se recompone y se prepara. Y desciende del barco sin mirar atrás. Tampoco hace caso cuando oye una voz

familiar que le implora desde la borda.

Estuvimos dos minutos callados. Mrabet regresó entonces y dijo, rompiendo el encantamiento:

—Fui a mear.

—Pues nos vamos ya.

Paul me estrechó la mano:

—Pepe, encantado de verte. —Y se fue, dejando unos dirhams sobre la mesa.

Yo también me levanté y estuve mirándolo partir. De pronto, me pareció ligero y yo sentí rabia. Supe después que Jane había estado ingresada en el Hospital psiquiátrico de Málaga, que había intentado escaparse un par de veces, que había perdido prácticamente la vista. Luego me dijeron que Paul había probado a dejarla en un hostal de Granada, al cuidado de dos señoras inglesas, pero Jane había hecho otra vez novillos. Entonces, Paul desistió y se la trajo de vuelta a Tánger. Se instalaron en Itesa y trataron de llevar una vida lo más normal posible, pero se peleaban todo el tiempo y Cherifa no hacía más que protestar y meter cizaña.

»Y entonces ocurrió el episodio que fue el colofón, no sé si fue en el 66 o en el 65. Jane riñó con Paul, cogió sus bártulos y decidió que se iba con Cherifa a un lugar donde pudiese hacer lo que le diese la gana (entre nosotros, al único lugar cercano donde servían alcohol). Y organizó una fuga al hotel Atlas, decidió que dejaba a Paul, que ya no volvería y se hizo habitual de su famoso bar, ya lo conoces: está desprovisto de glamur alguno, es un tugurio diminuto que ofrece pinchitos, y allí empezó a emborracharse a muerte. Se emborracharon ambas, Jane y Cherifa, todos los días, sin pausa ni prisa. Vivían en la euforia, aleteando como angelotes. Recuerda cómo era ella: beber la hacía ser feliz, sentirse viva, amar a todo el mundo.

»Aquella vez fue radical, concluyente, tuvo un éxtasis como el de algunos santos, le entró el furor de gastar, de desprenderse de todo.

Empezó a repartir sus pertenencias entre los jipis americanos, que por entonces empezaban a llegar a la ciudad en hordas, que entraban y salían del bar, como parásitos. Firmó todos los cheques de la chequera, regaló su bolso, sus vestidos.

Cuando Paul vino a detener el desastre —alguien lo había llamado—, ya era tarde. La encontró desnuda y satisfecha. Al darse cuenta de que había dilapidado todos los ahorros de su marido, lloriqueaba, besaba las manos de Paul, se excusaba: «De verdad, no fue tanto», Cherifa a su lado se reía.

—¿Y entonces? —Habíamos pedido ya el tercer *whisky*.

—Pues, entonces, Paul, sin escuchar a nadie, buscó una clínica privada en Málaga, la clínica de reposo de los Angeles e ingresó a Jane. Aquello le costó un dineral, pero no sé hasta qué punto no fue Libby Hollmann quien pagó los gastos médicos de Jane.

Ella de todas formas se sentía culpable, se excusaba. Él la iba a ver una vez al mes. Le enviaba paquetes con ropa y con comida. Las monjas dicen que ella se interesaba poco por los paquetes, y que a veces ni los abría. En cambio, le escribía mucho a Paul, cartas largas e incomprensibles, trufadas de faltas de ortografía donde le rogaba que viniese a buscarla, y donde a veces le contaba que ya estaba muerta y enterrada.

Solo una vez, cedió él. Ella le escribía: «Sácame de aquí». Él fue a buscarla, tomaron el ferri en Algeciras para Tánger. Se instalaron, de nuevo, cada uno en su apartamento del edificio Itesa. Ella se pasó los días siguientes tirada en el suelo boca abajo. O bien cruzaba la calle y se plantaba en el consulado y preguntaba por el cónsul. Todos la conocían ya. Paul venía a buscarla cuando lo llamaban.

Creo que aquello fue suficiente para mí. No quise oír el resto de la historia, no quise saber de su muerte un día de mayo, después de convertirse al catolicismo y bautizarse. No quise enterarme de cómo Paul había rehusado pagar sus gastos de entierro y cómo ella yacía ahora en una fosa común, con un número por única identificación.

—¿Sabes la historia del primer barco, el que la llevó de Nueva

York a París, cuando tenía dieciocho años?

—Forma parte de su leyenda.

—Contaba que estaba sentada en cubierta, bien tapada con mantas, porque hacía frío… Iba leyendo *Viaje al fondo de la noche*, cuando se le acercó un francés y le preguntó: «¿Qué tal el libro que lee, señorita?». «Buenísimo —contestó ella—. Louis-Ferdinand Céline es el mejor escritor del mundo!». El tipo entonces sonrió de oreja a oreja y le dijo: «Céline soy yo. Muchas gracias». Aquel era el primer escritor que conocía. A partir de ahí decidió que quería escribir.

Después de aquello, la velada me pareció demasiado dramática para regresar a casa. Y estuvimos paseando hasta muy tarde.

XXIV

Madrid. Fue en el Círculo de Bellas Artes. Carmen Adelaide no me reconociera, pero aun así me acerqué. Estaba igual de alta, tenía el pelo sin teñir con largos mechones grises. Nos dimos un abrazo. Yo había quedado con José Luis Barros en la Pecera y ella estaba esperando a alguna amiga. Aprovechamos para hablar un poco, antes de que llegasen nuestras citas. Fue como un cruce de trenes en una estación ferroviaria.

Le pregunté cómo estaba.

—Muy bien. Ahora me dedico a los pájaros y a los perros y ya no quiero saber nada de nadie.

Yo le conté que vivía a caballo entre Sevilla y Estados Unidos. Y le pregunté si sabía de la muerte de Jane. Ella me dijo:

—Sí. Me escribió desde la clínica de los Ángeles. Guardo las cartas. Son como testamentos poéticos. Nunca perdimos el contacto. Para ella yo seguía siendo siempre la jovencita inocente del café Ryad Sultán que creía en Aicha Kandicha y en los *djins*.

No le dije que yo seguía creyendo en todo eso.

—Fui a verla algunas veces a Málaga pero siempre salía de allí con las tripas revueltas y al final decidí no volver.

Asentí.

—Ahora lo lamento.

—Bueno, todos lo lamentamos. Fue triste.

—Sabes que, en el 75, volví a Tánger y fui a ver a Cherifa, a su

casa de la plaza Amrah. Salió en pijama y me pidió dinero solo por contestar a un par de preguntas. Creo que empezaba a estar acostumbrada a recibir visitas. Pasé: tenía la casa como un mausoleo, llena de objetos y prendas personales de Jane. Se me heló la sangre en las venas. Me senté allí junto al *taifor* y escuché. Ella parecía satisfecha con mi billete y me habló en una mezcla de español y de *moghrebi*. Yo iba acompañada por un amigo tangerino que me iba traduciendo. Cherifa seguía teniendo ese rostro grande e insolente, muy moreno. Sus dientes de oro relucían. Siempre comprendí que Jane la hubiese amado de aquella manera desesperada, criminal.

»Cherifa hablaba con voz fuerte, como si exigiese ser escuchada y comprendida. Me dijo que había cuidado de Jane, noche y día, que había sido la única que había permanecido a su lado, hasta el final. Que todos habían hecho lo posible por separarlas, que durante las noches seguía oyéndola llamar y que aquello le daba dolores de riñón, de hígado. Cuando le pregunté por su embrujo, ella me dijo:

—Sí. También cogí a un gato, le metí dentro de la boca una foto de Paul y luego se la cosí. Creí que así iba a poder dominar su voluntad. Pero no tuve en cuenta que los *nesrani* están fuera de nuestro poder. Al principio parecía que iba a funcionar, después ya no. Nunca me hicieron caso, jamás me respetaron.

—¿Y la enfermedad de Jane?

—La enfermedad fue el alcohol, eso todo el mundo lo sabe. Yo no soy Alá, no puedo decidir sobre la vida de la gente. Alá crea lo que quiere y lo pone ahí y nosotros debemos vivir con ello.

—Sentada en una silla una mujer anciana con el rostro pintado de azul me miraba, tenía las manos azules y asentía, moviendo la cabeza de arriba abajo.

»Ya en el umbral de la puerta, cuando íbamos a despedirnos, Cherifa añadió:

—Los *nesranis* creéis que sois vosotros los únicos que tenéis vida, que solo importa vuestra vida, pero también tienen vida los hijos del pueblo y también es trágico si ellos la pierden. También su vida es la

única vida que tienen. Ellos cuentan solo con una oportunidad como vosotros. Es igual de trágica la muerte de un muslim que la muerte de un *nesrani*.

—Claro.

—No, no está tan claro, creéis que nosotros somos las comparsas de vuestras existencias y no se os ocurre que quizás seáis vosotros las comparsas de las nuestras.

Así terminó nuestra conversación, ya llegaba la amiga de Carmen, nos levantamos, nos abrazamos. Le deseé lo mejor, hablamos de la posibilidad de citamos algún día para comer, pero nunca hicimos nada por volver a vernos. Yo saludé afectuosamente a María José Azurmendi que llegaba cubierta de pieles y que me dio dos besos. Volví a mi mesa y esperé con paciencia a mi amigo médico. La Gran Vía estaba atascada con las fiestas navideñas. Llegó José Luis, disculpándose, entusiasta y charlatán, y nos pusimos a hablar de Catherine Deneuve y de Paco Rabal con la pasión de dos enamorados.

Una hora después, cuando ya se había levantado para irse e iba de camino hacia la puerta, Carmen volvió a acercarse y me dejó una tarjeta con su nombre y un teléfono. Nunca la llamé pero me he acordado de ella muchas veces.

Epílogo

CUANDO ME PROPUSE PUBLICAR MI NOVELA SOBRE Tánger, supe que me exponía a la crítica de todos a las demandas judiciales de todos aquellos a los que, en ella, había mencionado. Sin embargo, dos razones me hicieron ignorar ese riesgo. La primera, el convencimiento de que nadie la leería; la segunda y última, la seguridad de que aquellos que la leyesen entenderían que mi ambición no era ser riguroso, sino convertir nuestra epopeya común en metáfora de algo.

Igual que yo no sabía de qué seríamos metáfora, tampoco lo supieron ni entendieron Antonio Oliver, Paul Bowles, Mohamed Chukri, Mohammed Mrabet, William Burroughs, Ahmed Yacoubi, Claude-Nathalie Thomas, Félicie Dubois y Charlotte Aquino. Todos ellos me exigieron efectuar rectificaciones públicas concernientes a fechas, acontecimientos y nombres. Algunos me acusaron de lesionar su imagen pública, otros de injurias y de maltrato moral.

De nada sirvió que yo les explicase por escrito y, en algunos casos, personalmente, que el libro era una ficción sobre hechos verdaderos y que las alteraciones habían sido manipulaciones voluntarias con un único objetivo: hacer encajar la realidad dentro del molde de la ficción como un pastel de cumpleaños.

Los más virulentos y ofendidos fueron dos escritores: Mohamed

Chukri y Mohammed Mrabet. A quien le interese le remito a la entrevista de Chukri, que todavía es posible encontrar en *youtube*, donde el autor relata su infancia en la calle, cómo fue testigo de las primeras revueltas independentistas que tuvieron su origen en la plaza del Zoco de Afuera, habla sobre la violencia, sobre su relación con la lengua española y donde concluye introduciendo un comentario directo sobre mi novela muy amargo. Dice:

«Uno queda triste al comprender que ya no puede ser narrador de su propia vida sino que otros vendrán detrás: robarán motivos, penas, fracasos e historias y confeccionarán con todo ello el más espantoso refrito del mundo. Y cuando esto ocurre en una lengua que uno respeta y aprecia como es el español, el golpe es aún más duro».

También Mrabet y Charhadi estuvieron de acuerdo en afearme la utilización de cuentos suyos sin pedir permiso y deformados, igual que la traductora de Bowles tuvo a bien recordarme que no es adecuado parafrasear los cuentos de otro e incluirlos para los propios intereses en la propia obra.

En cuanto a Antonio Oliver, este señor llegó a mandarme a un matachín con la intención de impedir que yo difundiese libelos contra su mujer y contra él, pero la distancia geográfica entre ambos obró en mi favor. Yo vivía entonces en Albuquerque, trabajaba en la Universidad de Nuevo México, y las amenazas me llegaron atenuadas.

Mayor desazón sentí, sin embargo, cuando las críticas se ensañaron con la focalización de la primera parte de mi texto. La hispanista francesa, Martha Alvares Rodrigues, insistió en tildar la voz de mi narrador cuasi omnisciente de «*fortement colonnialiste, orientaliste et pittoresque, enfin, politiquement inacceptable*», uniéndose en esta sentencia al escritor marroquí Abdelhak Elhghandor, que ya había puesto a caldo la obra de Paul Bowles y que encontró en mi narración elementos indiscutiblemente «racistas y simplificadores de

la cultura árabe y de la dignidad del pueblo marroquí».

De todas formas, el libro fue muy poco difundido y apreciado hasta, con el tiempo, convertirse en una rareza. Solo el interés de la editorial Quai Voltaire me ha hecho reconsiderar la decisión de dejarlo en el olvido.

Quisiera cerrar este texto incompleto con una última postal. En mi último viaje a Tánger fui a visitar a Mrabet, a su casa familiar de las afueras. Me recibió caluroso y reticente al mismo tiempo. No me había olvidado. Me dijo:

—Yo siempre fui amigo. Ahora soy viejo y no tengo dinero. Muchos me engañaron. ¿Conoces la historia del pájaro que vuelve a su nido y no lo encuentra y empieza a arrojar ramas y piedras contra los que pasan y luego uno de los transeúntes lo increpa y él le dice que es soldado que ha perdido a su batallón y que necesita que alguien le diga cual es la próxima batalla?

Negué con la cabeza.

—A veces me siento así. Me siento que he perdido una guerra y que no sé cual es.

Se quedó callado y me miró dulcemente y luego concluyó:

—Antes éramos jóvenes y fuertes y disfrutamos de la vida, ahora somos viejos y pronto moriremos. ¿No es maravilloso?

Sonreía.

BLANCA RIESTRA (A Coruña, 1970) es escritora y doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Borgoña, ha sido directora del Instituto Cervantes de Albuquerque (Estados Unidos), directora literaria de la colección Versión Celeste de la editorial francesa Orbis Tertius, subdirectora de la Escuela de Humanidades de IE University en Madrid, profesora en la Universidad de La Sapienza en Roma, profesora invitada en la Universidad de Franche-Comté en Besançon y profesora de CESUGA University en A Coruña. Ha residido en la Academia de España en Roma (2003/2004) y en la Cité des Arts de Paris (2014/2015), como escritora invitada. Ha publicado las novelas *Anatol y dos más* (1996), *La canción de las cerezas* (2001, premio Ateneo Joven de Sevilla 2001), *El Sueño de Borges* (2005, premio Tigre Juan), *Todo lleva su tiempo* (2007, finalista del premio Fernando Quiñones), *Madrid Blues* (2008), *La noche sucks* (2010), *Vuelo diurno* (2012), *Pregúntale al bosque* (premio Ciudad de Barbastro 2013), *Greta en su laberinto* (premio Torrente Ballester, 2015), *Noire Compostela* (2016, premio de novela por entregas de La Voz de Galicia) y el poemario *Una felicidad salvaje* (2010).